



¡Bendita Crisis!

Socialismo y Democracia
en el Chile de Allende

THEOTONIO DOS SANTOS



COLECCIÓN
ALFREDOMANEIRO

Fundación Editorial



elperroylarana



¡Bendita Crisis!

Socialismo y Democracia en el Chile
de Allende

THEOTONIO DOS SANTOS



©Theotonio Dos Santos

© 3.a edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (Digital)

© 1.a edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2009

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Editorial perro rana

Edición al cuidado de:

Jhonn Aranguren

Alfredo Canale

Douglas García

Diseño de la colección

Kevin Vargas

Dileny Jiménez

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017000221

ISBN 978-980-14-3666-9



La colección *Alfredo Maneiro. Política y sociedad* publica obras necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales, políticos y económicos que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela tiene un papel activo y determinante en la escena global contemporánea, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, surgidos del análisis y la comprensión de nuestra realidad. Firmes propósitos animan esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta y ochenta del siglo pasado; y por la otra, publicar libros que permitan difundir temas e ideas medulares de nuestro tiempo. Está conformada por cuatro series: *Pensamiento social*, *Cuestiones geopolíticas*, *Identidades* y *Comunicación y sociedad*.

Pensamiento social es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño. Igualmente, sirve para problematizar y profundizar el espíritu emancipador de nuestro continente.

Cuestiones geopolíticas sirve de foro para la creación de una nueva cartografía contrahegemónica del poder mundial, a través de la exploración en los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales de las relaciones Norte-Sur y Sur-Sur, sus estrategias e implicaciones para la humanidad.

Identidades indaga en la diversa gama de culturas ancestrales y populares latinoamericanas, en la búsqueda de los aspectos que nos definen como pueblos.

Comunicación y sociedad aborda los diferentes temas de la comunicación, a partir de sus dimensiones políticas y sociales, en relación con los problemas del mundo contemporáneo.

CARTA ABIERTA AL PRESIDENTE HUGO CHÁVEZ

Mi querido comandante:

Antes de todo, quiero saludarte por la victoria del pueblo venezolano en el plebiscito que permitió las reelecciones indefinidas en Venezuela. Primero deseo recordar las discusiones de Marx y Engels con los anarquistas sobre el rol de los líderes. Engels insistía sobre la importancia de que los movimientos populares lograsen preservarlos, mantenerlos y perfeccionarlos. La derecha ha establecido mecanismos de defensa para sus líderes y garantía de su continuidad. Desde las monarquías hasta los regímenes parlamentarios, los cuales vivían en constante amenaza por los partidos socialistas en ascenso, los conservadores han garantizado la permanencia y la defensa de sus líderes.

La pretensión de los anarquistas en eliminar a los dirigentes y sustituirlos por asambleas de masa, era claramente una desviación izquierdista de características infantiles. Esto no quiere decir que los líderes deban ser glorificados y considerados intocables. Y ahí está otro punto en el cual quiero saludarte: tu decisión y coraje de someter —siempre que sea necesario— la revolución al pronunciamiento de las masas populares. Hay mucho prejuicio contra las masas. Tanto a la derecha como a la izquierda del proceso político. Una interpretación equivocada de la afirmación de Lenin (sacada de Kautsky) sobre el rol de la teoría en la revolución usada con

frecuencia para justificar la exclusión de las masas en los procesos de decisión.

Así mismo, la defensa de la organización independiente de las vanguardias profesionales, sobre todo en situaciones de lucha clandestina, se ha generalizado equivocadamente hacia todos los partidos de izquierda para justificar las burocracias partidarias por encima de las bases partidarias.

Debemos criticar también la tesis liberal de que los plebiscitos son instrumentos del autoritarismo fascista. Como todo instrumento, su valor se define por su uso apropiado o no. Es evidente que un gobierno revolucionario con apoyo mayoritario de la población debe recurrir sistemáticamente al plebiscito para derrumbar los obstáculos interpuestos por una oposición minoritaria. La izquierda solo alcanzó la mayoría absoluta de votos muy recientemente. Allende, por ejemplo, llegó a la presidencia con treinta y seis por ciento (36%) de los votos. Y la Unidad Popular llegó con cuarenta y tres punto tres por ciento (43,3%) en las elecciones parlamentarias de 1973, bajo fuerte campaña insurreccional de la derecha. El aumento de sus votos revelaba el aumento de la revolución pero demostraba sus dificultades. Razón para que muchos negasen el rol del proceso electoral como instrumento para avanzar revolucionariamente.

Compañero: tu decisión de convocar a las masas sin recelo es una característica fundamental de la revolución que diriges. Su principal característica es el desarrollo colosal de la conciencia de las masas populares sobre el contenido de los cambios en marcha y la necesidad de defenderlos. No hay que vacilar un solo momento sobre la disposición revolucionaria de las masas. No hay que creer nunca en estas consignas conservadoras sobre el retraso de las masas, sobre sus instintos inferiores y otras descalificaciones de nuestros pueblos.

Como puedes ver en mi libro sobre la experiencia chilena que te envíé y en el cual analizo en un ítem del capítulo sobre “la revolución latinoamericana y el proceso chileno”, el destino de las dos revoluciones de 1958 (la venezolana y la cubana). En esta

oportunidad definiendo la tesis de que ambos pueblos vivieron un proceso revolucionario nacional democrático muy fuerte en la década del 50. Mientras Cuba tuvo que definirse como socialista para llevar hasta sus últimas consecuencias sus objetivos revolucionarios enfrentándose a las agresiones imperialistas, la revolución venezolana se quedó en las mallas del capitalismo dependiente. A pesar de todas las luchas revolucionarias que ahí se trabaron, el pueblo venezolano no logró afirmar su soberanía y profundizar su democracia.

El límite de la revolución significaba el límite del proceso de democratización y la exclusión de las grandes masas socialmente súper explotadas del proceso político. Esto indicaba que el proceso revolucionario venezolano quedaba trunco y tendería necesariamente a volver para completar sus objetivos.

La revolución que presides no es un fenómeno de élites ni una improvisación histórica. Desde Bolívar hasta nuestros días, nuestros pueblos aspiraron a transformaciones socioeconómicas profundas logrando victorias importantes y muchas derrotas. Pero no han desistido nunca de sus ideales. El encuentro de un liderazgo consecuente con esta subjetividad histórica, articuladora de tantas experiencias, es una situación excepcional que pocas veces se repite en la historia; privilegio que disfruta el pueblo venezolano al contar con tu liderazgo.

Los originales del libro que te envío y que deberá ser editado por El perro y la rana (este audaz proyecto del Ministerio del Poder Popular para la Cultura) recogen mis artículos durante el proceso chileno que viví muy intensamente.

Es un testimonio intelectual en la búsqueda de entender y orientar el proceso, pero es también un testimonio emocional, un ejemplo de pasión revolucionaria inspirada por mi formación militante y la acumulación de experiencias anteriores entre las cuales se resaltaba la brasileña, cuyo exilio viví en aquel momento en Chile. Pero esta pasión se inspiraba sobre todo en la fuerza de las masas chilenas y su disposición de lucha que varias veces sus dirigentes no supieron interpretar.

Creo que te hará bien, compañero y hermano, comparar muchos de los momentos del proceso chileno con el vivido en Venezuela. Cada revolución es un proceso único, pero se pueden construir leyes generales a partir de la vivencia de las luchas históricas concretas.

Con mis saludos revolucionarios.

THEOTONIO DOS SANTOS
Lima, 25 de marzo de 2009

PRÓLOGO

LAS LECCIONES DE CHILE: PODRÍAMOS VENCER

La conmemoración de los 30 años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, comandado por el general Augusto Pinochet, en Chile, provocó una ola de testimonios y relatos sobre este trágico día. Al mismo tiempo, colocó en discusión nuevamente los aspectos estratégicos y tácticos que involucran procesos socioeconómicos de esta envergadura histórica. Por esta razón, he decidido preparar como libro los textos que publiqué en los días cruciales del gobierno de la Unidad Popular. Se trata de un testimonio intelectual de importancia, debido al debate intenso que se desarrolló en aquellos días y sus desdoblamientos actuales cuando procesos similares están en curso.

Un poco de testimonio personal

En lo que se refiere al testimonio personal yo tendría mucho que contar sobre aquel día y las circunstancias que lo cercaron. Ya forma parte del folclor del golpe de Estado, el hecho de que yo era uno de los cuatro extranjeros que se encontraba en el primer bando de los buscados por la junta militar y que terminé, después de unos diez días de clandestinidad, asilado en mi propia casa.

En verdad, el día del golpe de Estado nos encerramos en el edificio del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) cerca de

40 pesquisadores y administrativos. Evitamos provocar cualquier desconfianza de que hubiera alguna presencia en el local ya que éramos de los más buscados en el país. Como la junta había establecido el toque de queda preferimos ocultarnos mientras manteníamos un vasto contacto telefónico con todo el país. De manera impresionante fuimos anotando informaciones de las más distintas fuentes que apuntaban hacia la puesta en marcha de una amplia resistencia de las fuerzas populares, con apoyo de una columna militar que bajaba del norte y otra que venía de Valparaíso conducida por el general Prats.

Según estos testimonios, todo indicaba que el proyecto de resistencia preparado por la izquierda en su conjunto estaba en marcha. Sin embargo, esta era una construcción totalmente imaginada. En realidad, quien coordinaba el plan de resistencia a un golpe de Estado era el jefe del Estado Mayor, es decir, el general Pinochet que asumiera el comando del golpe. Él conocía todos los movimientos de una posible resistencia que se hacía inviable.

Los compañeros del Partido Socialista Chileno, al cual pertenecía, al saber que mi nombre estaba en la primera lista de los buscados por la junta militar, prepararon una operación para ocultarme mientras la resistencia pudiera organizarse. Me llevaron para el departamento de una familia de pocos recursos. Él era nada más y nada menos que un funcionario de la Penitenciaría: un carcelero. Él, su mujer y su hijito de cerca de 8 meses vivían en condiciones extremadamente modestas y mi presencia, además, de un factor de pánico psicológico, representaba un costo adicional al cual no pude aportar ningún recurso pues salí directamente del CESO hacia su residencia sin ningún efectivo. Ahí me quedé sin ningún medio de comunicación, solo con un pequeño radio de pila que ellos poseían.

Solamente siete días después mis compañeros se comunicaron conmigo con noticias de mi familia y del fracaso de la resistencia. Ellos no podrían garantizar la seguridad de un extranjero buscado como yo. Tenía que asilarme. La embajada de Panamá era el único destino, donde se asilaron los últimos a buscar abrigo pues fue solo muy tarde custodiada. Por esta razón, ella fue literalmente asaltada

por unos trescientos y pico refugiados que tenían que arreglarse en unos cien metros cuadrados de un pequeño departamento en el barrio alto. Frente a la amenaza de convertirse en un grave problema de salud, el gobierno militar fue obligado a permitir el traslado de los asilados a un nuevo local con más espacio. Este local fue exactamente mi casa que recién había comprado y hacia la cual no me había cambiado aún, la cual presté (sin ninguna remuneración) al gobierno de Panamá.

José Serra, candidato derrotado a la presidencia de Brasil en el año 2002, publicó el 11 de septiembre de 2003, en el periódico *Folha* de São Paulo, un extenso artículo sobre el 11 de septiembre chileno en el cual se refiere a este episodio repitiendo un error que muchos testimonios de la época cometieron. Diferentemente de lo que escribió, yo no renté mi casa sino que la presté a la embajada sin cobrar absolutamente nada. En verdad que no esperaba a que estuviésemos ahí más de seis meses. Éramos nueve “diferidos”, es decir, aquellos que el gobierno chileno no permitió dejar el país sino después de fuertes presiones internacionales. Los centenares de asilados en mi casa se fueron una semana después, entre ellos mi esposa y mis dos hijos que se quedaron algunos meses en Panamá y se transfirieron hacia México, donde mi esposa Vania Bambirra, tenía perspectiva de trabajo. Nunca he chequeado la información salida en la prensa panameña de que la embajada había “rentado” una excelente casa para abrigar los asilados. Tal vez este fue el origen de la versión de que yo rentara la casa.

Escapa del marco del 11 de septiembre el hecho de que esta misma casa fue confiscada, en seguida a la retirada de los asilados, para convertirse en uno de los principales centros de tortura del país. Hecho que me atormentó desde que lo supe a través de uno de los prisioneros que ahí fue torturado. Me gustaría señalar también que José Serra fue quien me llevó a la embajada de Panamá para asilarme, entre varios otros brasileños perseguidos por la junta militar. El hecho que hoy día estemos en posiciones políticas diferentes no me impide resaltar la solidaridad que él y otros compañeros que tenían protección de las organizaciones internacionales

demonstraron en ese momento. El coraje de estos compañeros y algunos diplomáticos ha sido uno de los aspectos positivos destacados en medio de esta tragedia.

Habría muchas más cosas para contar, todas marcadas por un profundo sentido humano propio de estos momentos excepcionales, de estas situaciones límite en las cuales se exagera el contenido emocional y ético de las acciones humanas que adquieren entonces un significado simbólico, de modelos y arquetipos que definen los valores de la colectividad. Pero me gustaría comentar en esta "introducción" algunos aspectos estratégicos y tácticos de estos acontecimientos que se reflejan en el debate teórico contemporáneo.

El programa de la Unidad Popular y su aplicación

El programa de la Unidad Popular, que definió los objetivos centrales del gobierno de Salvador Allende, surgió en condiciones históricas muy particulares. En el final de la década de los 60, el movimiento popular mundial había alcanzado un auge espectacular y apuntaba hacia grandes cambios sociales, políticos y culturales.

Entre ellos estaba el surgimiento de la teoría de la dependencia económica, social, política y cultural que planteaba la imposibilidad de desarrollar un capitalismo nacional e independiente capaz de repetir la experiencia de los países centrales y hegemónicos en el sistema mundial capitalista. Este capitalismo dependiente se caracterizaba por la necesidad de organizarse en torno a un centro hegemónico. Se trataba de zonas dependientes o periféricas, que convivían con centros intermedios, una semiperiferia según los términos actuales o subimperialismos potenciales como el caso de Brasil en aquel momento.

En este contexto, aparecía una propuesta política original desde un país dependiente que planteaba un camino socialista como forma de superación de este capitalismo dependiente y la posibilidad de realizarlo a través de las instituciones políticas creadas por la democracia burguesa. Hasta entonces ninguna experiencia

política en el mundo se atrevió a proponer una transición al socialismo como programa de gobierno.

La Revolución rusa de octubre de 1917 proponía un gobierno obrero y campesino, basado en los consejos o *sóviets* creados en las luchas democráticas de febrero a octubre de 1917, pero solo se planteaba una transición al socialismo como resultado de una victoria revolucionaria en Europa, particularmente en Alemania. La propuesta de construir el “socialismo en un solo país” solo surgió entre 1926 y 1927, desde el gobierno soviético.

Podemos encontrar ambiciones socialistas parciales en algunos gobiernos revolucionarios y socialdemócratas. Los laboristas ingleses nacionalizaron la siderurgia y socializaron la medicina entre 1924-1926. Los suecos desarrollaron un estado de bienestar extremadamente avanzado desde los años 30. Ninguno de ellos propuso sin embargo un proceso de transición al socialismo. En el caso de la Revolución cubana, la definición del carácter socialista de la misma solo ocurrió en 1961 durante la invasión de la Bahía de Cochinos.

Llegar al poder con un programa de transición al socialismo propuesto en un proceso electoral y aplicado corajudamente después de ganadas las elecciones era una experiencia totalmente nueva. No se puede negar la influencia del avance de las Ciencias Sociales latinoamericanas en el período, como lo he demostrado en mi libro: *La teoría de la dependencia: Balance y perspectivas*, publicado en 2002 por Plaza & Janés, México y Sudamericana, Buenos Aires.

El programa de la Unidad Popular postulaba lo siguiente:

“Las fuerzas populares unidas tienen como objetivo central dentro de su política sustituir la presente estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio para iniciar la construcción del socialismo” (Véase esta cita en mi artículo “Dos momentos del proceso revolucionario” publicado en *Chile Hoy* del 30 de junio al 6 de julio de 1972,

así como la serie de artículos que publiqué en esta revista durante este rico proceso y que se reproduce en el presente libro).

Había una claridad sobre los dos aspectos o momentos de la Revolución chilena: la reforma agraria (con la destrucción del latifundio) y la nacionalización del cobre, principal producto del país en manos del capital internacional, cumplían objetivos de liberación nacional. Al mismo tiempo, ultrapasaban los objetivos nacionales-democráticos: la destrucción de los monopolios nacionales e internacionales, que daban origen a un área social de la economía, organizada por un proceso de planeamiento descentralizado y democrático, apoyado en las organizaciones de base, que se transformaban en un nuevo tipo de poder popular a ser reconocido legalmente por el Estado. Estos eran los elementos cruciales para la implantación de un nuevo tipo de Estado de carácter socialista.

El análisis de los movimientos del proceso revolucionario se encuentra en el primer artículo que publiqué con este mismo título en el semanario *Chile Hoy* que fundamos, a partir de una articulación intelectual, periodística y política que se ampliaba por toda la izquierda chilena desde el MIR hasta el Partido Comunista. En este artículo planteamos:

Según el programa de la Unidad Popular, la construcción del socialismo en Chile debería ser precedida de un período de destrucción del dominio del imperialismo, del monopolio y del latifundio. Este proceso se realizaría dentro del Estado burgués, con un gobierno popular que uniría a las fuerzas revolucionarias bajo el liderazgo del proletariado.

La Revolución chilena se divide así en dos “momentos” o fases de un mismo proceso ininterrumpido. En el primero se cuestiona el orden capitalista dependiente y se inicia la destrucción de sus bases económicas y sociales. En el segundo, cualitativamente, diferente, se empieza la construcción del socialismo, que viene a sustituir al viejo orden decadente.

Pero la fase destructiva se revelaba extremadamente compleja y producía una confrontación social cada vez más radical. Nos debruizamos en el análisis de este proceso en varias oportunidades, particularmente en el *symposium* "Transición al socialismo y la experiencia chilena" que dio origen al libro bajo el mismo título. Así resumíamos la esencia de la cuestión:

La cuestión clave que aporta el proceso chileno actual es la de disponer de un gobierno popular en el interior de un Estado burgués y de emplear su sistema legal para servir a la transformación revolucionaria que deberá destruir ese Estado y esa legalidad para sustituirla por un Estado y una legalidad socialista. Quedó claro, sin embargo, que tales cambios solo serán revolucionarios cuando se decida finalmente la cuestión del poder, garantizando a la clase obrera la dirección real del país. Quedó bastante claro también que la toma del poder ocurre a través de la constitución del poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado existente. Se trata, pues, de la necesidad, científicamente definida, de destruir el viejo Estado anárquico y burocrático y crear el nuevo Estado centralizado y planificador bajo el directo control de las masas.

La posibilidad de avanzar en esta dirección entraba en choque con el cuerpo teórico y la base social pequeño burguesa de la izquierda latinoamericana que se reflejaba en Chile. Planteábamos en esta misma ocasión:

Parece que queda claro que en poco tiempo el país vivirá una confrontación entre un proyecto pequeño burgués que va a buscar limitar el proceso de transformación que vive el país a una reforma, posiblemente avanzada, de la estructura económica y política chilena, en el sentido de ajustarla a las necesidades de una productividad más alta, a un nivel de modernización bastante importante, pero sin romper con la estructura capitalista, sino que encubriendo esta estructura capitalista con una forma socialista.

Y detectábamos los peligros del *impasse* creado por esta limitación estratégica:

Ello no quiere decir que estas posiciones sean las únicas existentes o las más viables. De hecho, históricamente, la limitación pequeño burguesa en los procesos revolucionarios no llevó a la consolidación del proyecto pequeñoburgués sino al fascismo. Las vacilaciones de la socialdemocracia alemana, de los socialistas italianos, de la República Española, no llevaron a ninguna parte sino al fascismo. La moderación pequeño burguesa puede convertirse, pues, en la antesala del extremismo fascista. En Chile hemos visto cómo sus defensores atacan tan duramente a los “grupos armados” de la izquierda y hacen vista gorda de los “grupos de autodefensa” de la derecha. La historia, pues, se repite.

La exarcebación de estas contradicciones condujo a la precipitación de la conspiración derechista que denunciarnos en varios artículos presentados en este libro. La confrontación llegó a su punto más agudo con el intento del golpe militar llamado “El Tancazo” (en octubre de 1972). Buscamos explicar las razones de la derrota del golpe en un artículo, “Las condiciones políticas del golpe de estado” donde mostrábamos que no habían desaparecido las posibilidades del golpe. En este contexto, buscamos mostrar en un artículo que se hizo célebre negativamente que titulamos “Bendita Crisis” (publicado en *Chile Hoy*, 6 al 12 de octubre de 1972). Los críticos han tergiversado sistemáticamente el contenido y el momento de este artículo. Ellos lo presentan como publicado un poco antes del golpe cuando en realidad fue publicado antes del más impresionante movimiento de masas que he conocido: la reacción de los trabajadores chilenos en contra del paro patronal que bloqueó todos los caminos en Chile y cerró las empresas privadas aún operando. Los trabajadores se desplazaron a pie o en los camiones de las fuerzas armadas para poner las empresas en funcionamiento, posesionándose de ellas e instaurando consejos de trabajadores para dirigir las.

Al mismo tiempo establecieron guardias armados para defender “sus” empresas, coordinándose entre sí a través de los “cordones industriales” que se convirtieron en un poder popular alternativo. Estos órganos del poder popular involucraban a los trabajadores de todos los partidos incluso a los demócratas cristianos. La unidad de clase se imponía sobre las divisiones creadas por la hegemonía ideológica de la burguesía. Describí esta epopeya en mi artículo “El Gigante Obrero” (*Chile Hoy*, del 1 al 7 de diciembre de 1972).

En realidad se cumplían las previsiones del artículo “Bendita Crisis”: el avance de soluciones socialistas para la coyuntura económica hacía avanzar la fuerza del movimiento popular y derrotaba a la burguesía.

Este momento crucial fue perdido:

1) Durante el fracasado golpe “El Tancazo” no se avanzó hacia la represión dura en contra de los conspiradores. Se desmovilizó a las masas y se buscó un acuerdo con el centro demócrata cristiano.

2) En vez de profundizar la gestión directa de las empresas por los trabajadores se aceptó devolver las empresas exigidas por la Democracia Cristiana y la derecha.

3) En vez de profundizar los nuevos mecanismos de distribución directa de bienes, ampliados por la aparición de la gestión obrera en las empresas, se restableció los mecanismos de mercado y la “verdad de los precios” que llevó a una inflación desenfrenada.

Al releer estos artículos 30 años después no puedo contener la emoción y avalar en cuanto eran correctos mis planteamientos. Y cuan equivocada fue la política pequeño burguesa que impuso la “verdad del mercado” en aquellas circunstancias políticas. En el artículo la “Bendita Crisis” afirmábamos:

¿Pero no vivimos una crisis de abastecimiento, una crisis de divisas, una crisis inflacionaria? Claro que sí. Pero, todos estos problemas son parte de una crisis general de crecimiento, una crisis positiva planteada por el aumento del consumo de las masas, por el aumento

de la producción, por haberse desnudado la verdadera crisis que está detrás de las apariencias. Esta es, pues, una crisis de contenido revolucionario que apunta hacia el desarrollo de las fuerzas productivas y no hacia la contención de la oferta: hacia una reestructuración del sistema productivo y del comercio exterior y no hacia un restablecimiento del equilibrio perdido. Que apunta hacia el socialismo y no hacia la miseria, el desempleo y la anarquía.

A pesar de ser económica en su origen y en su solución final, la crisis actual es absolutamente política en lo que se refiere a las condiciones para encaminar su superación. En última instancia, solo una transformación socialista puede dar respuesta a los problemas creados por la política económica en curso.

Los temas de este artículo ganaron una expresión dramática en los acontecimientos de septiembre-octubre de 1972. Me gustaría ratificar hoy día nuestras apreciaciones sobre el “gigante obrero” que se levantó en contra de la conspiración derechista:

Este es el caso de la lucha por la formación del área social de la economía. En esta tarea, la clase obrera tuvo que desempeñarse en un campo nuevo de actividades y de responsabilidades que enfrentó con gran firmeza. No solo fue su tarea “tomar” las empresas que había que requisar, controlar los actos de sabotaje de sus patrones y sustentar la lucha contra los enemigos de clase dentro y fuera de la empresa. Más importante aún fueron sus tareas después de requisadas las empresas. Abandonados por los antiguos gerentes y técnicos, frente a interventores jóvenes y en general inexpertos, los obreros lograron no solo mantener la disciplina de trabajo, sino también aumentar la producción, plantear nuevos esquemas de abastecimiento, inventar repuestos, realizar trabajos voluntarios, buscar capacitarse técnica y políticamente para las nuevas tareas. Las fábricas chilenas se convirtieron en el microcosmos de la nueva sociedad emergente en Chile.

Pero la clase obrera no se quedó encerrada en las empresas. Tuvo que enfrentar de inmediato los problemas del abastecimiento creando las Juntas de Abastecimientos y Precios (las JAP). Frente

a las amenazas de la derecha, los obreros se vieron obligados a coordinar sus actividades para vigilar y defender sus empresas y resolver problemas más amplios de abastecimiento e incluso de distribución de productos. La crisis de octubre, al obligar a la clase obrera a asumir la dirección económica del país, obligó a desarrollar estas formas de organización, consolidando a los coordinadores de los cordones industriales y creando los comandos comunales, nuevas expresiones de su capacidad orgánica.

Nos gustaría indicar a los lectores el artículo “Comandos Comunales y Elecciones”, donde profundizamos esta tesis en función de la práctica histórica chilena. En esta oportunidad y en otros artículos posteriores demostramos nuestra confianza de que el avance del poder popular en las empresas favorecería a la izquierda en el resultado electoral, como de hecho ocurrió. No se trataba de apartarse de los instrumentos democráticos disponibles en Chile sino de profundizarlos.

Frente a la victoria electoral de la Unidad Popular se desata la conspiración imperialista. Ella fue ayudada por las vacilaciones de la visión pequeña burguesa tanto de la situación económica como de la política. Nada fortalece más la agresividad imperialista y reaccionaria que la vacilación de la revolución.

La inflación tomó cuenta de la economía. Era necesario profundizar los mecanismos directos de distribución y enfrentar las fuerzas del mercado. Al contrario, el gobierno de la UP cedió a estas últimas en un momento de fuerte confrontación. Esto elevó la inflación y debilitó el gobierno. Buscamos crear conciencia en relación al peligro de la inflación y llamamos a un seminario en *Chile Hoy* con el propio ministro de la economía Orlando, reflejando la opinión de su partido (el Comunista) y de su asesoría (de fuerte inspiración estructuralista keynesiana) él subestimó nuestra crítica. La crisis cambiaba de calidad y dejaba de ser “bendita”. La Unidad Popular aceptaba el principio burgués de recuperar el “equilibrio” al controlar la demanda y ajustarla a la oferta, vía liberación de precios.

Al contrario de lo que dicen mis críticos, en vísperas del golpe no he hablado de una “bendita crisis” sino del contrario. Vea mi artículo

sobre “¡Podemos combatir la catástrofe!” del 25 al 31 de mayo de 1973, en el cual afirmábamos:

Nosotros hemos buscado en muchas ocasiones en esta revista demostrar que el momento decisivo de enfrentamiento no estaba cercano y que, en lo fundamental, los trabajadores estaban a la ofensiva y el proceso seguía un camino revolucionario. Nos sentimos con autoridad para advertir que en este momento el proceso empieza a caminar contra los partidos populares, sí ellos no asumen el control de la situación y no liquidan violenta y radicalmente la orientación económica por la consolidación que ha llevado la situación a un grado insoportable, e inmovilizado en buena medida la fuerza del movimiento popular. Aún es tiempo de conjurar el fantasma y, como lo diría Lenin, combatir la catástrofe que nos amenaza.

En realidad la debilidad de la dirección política y económica de la izquierda abrió claramente el camino para la ofensiva golpista. Nosotros lo denunciábamos de todas maneras en el periódico *Chile Hoy*. Y mi último artículo, “Sobre golpes Negros y Blancos” publicado a vísperas del golpe era bastante claro en la denuncia:

El quiebre está hecho y nadie puede jugar sus fuerzas con tal extensión e intensidad y dar marcha atrás sin haber logrado ningún objetivo concreto. Los que se han comprometido con estas maniobras derechistas esperando poder paralizar las cosas en el punto que les fuera conveniente, ya saben que esta posibilidad no existe. Así también aquellos que desde el lado de la Democracia Cristiana o de la Unidad Popular creyeron que se podría superar este enfrentamiento y ofrecer una sólida salida institucional que no pasase por un real aplastamiento de los insurrectos, los terroristas y sus estimuladores y financistas, van perdiendo progresivamente sus ilusiones. La unidad de la Democracia Cristiana después de la declaración de los 10 senadores es una utopía sin otro sentido que la cobardía de los que pretenden mantenerla. La magnanimidad

del Gobierno Popular frente a estos actos se va convirtiendo en una actividad insostenible que se vuelca en menoscabo de su autoridad. La derecha, según todo lo indica, tiene fuerza suficiente para impedir cualquier diálogo, cualquier solución “progresista” con fuerza militar. Y como los trabajadores han avanzado lo suficiente para plantear una política revolucionaria en este país, cualquier esquema centrista es una ilusión que no podrá cuajar sino por instantes muy breves. Del despliegue de poder que ha hecho la derecha queda claro que no tiene fuerza para cumplir sus objetivos; que ha tenido que caracterizarse claramente como una fuerza sediciosa sin poder hacer la sedición; se ha convertido en una minoría agresiva, desesperada, terrorista; que ha impedido al sistema que representa alcanzar metas más modestas, pero más capaces de aplazar el fin del sistema como las propuestas en los esquemas centristas que maneja un sector de la DC.

Solo nos quedaba pues la profundización de la revolución para la cual llamé en estos días. No me arrepiento y repetiría las mismas palabras de mi último artículo:

La derecha, el golpe, el centrismo con sus golpes blancos, han revelado su debilidad intrínseca. Si la clase obrera no aprovecha la coyuntura para dirigir el país contra la sedición, poniendo a su lado a todas las fuerzas vivas, completando el área social, resolviendo el problema del desabastecimiento, garantizando el control obrero del área privada, liquidando el capital especulativo y la inflación, castigando a los culpables del sabotaje económico, político y militar. Los obreros deben recuperar la confianza en sus fuerzas, no a través de expresiones minoritarias, tomas y actos que demuestran antes una debilidad que su fuerza real. El camino es el de unirse en torno de su central obrera, coordinando firmemente los cordones y los comandos comunales para dirigir el país, el país entero, junto a su gobierno, que debe adoptar claramente su plataforma. A pesar de que los enemigos son poderosos y pueden realizar bajas terribles en sus actos de desesperación, los hechos lo demuestran claramente:

ellos no pasan de tigres de papel, que asustan y muerden, amenazan e incluso matan, pero que no pueden resistir a la fuerza organizada de los trabajadores. Hay solo un grito para el momento actual: ¡Chile será socialista!

No es posible analizar en los límites de esta introducción a todas las contradicciones y los debates que se desarrollaron en el contexto del proceso de implantación del programa de la UP. Una cosa es cierta: es totalmente falsa la versión de que estos cambios económicos no contaron con el apoyo de la población. Las dos elecciones realizadas bajo el gobierno de la Unidad Popular indicaban que esta agrupación aumentaba significativamente su apoyo electoral. Del treinta y seis por ciento (36%) obtenido en la elección presidencial de 1969 se había llegado al cuarenta y tres punto tres por ciento (43,3%) de apoyo en las elecciones de 1973. Si no fuera así, la derecha no necesitaría recurrir al golpe de Estado para tomar el poder. Ningún golpe de Estado cuenta con la mayoría de la población. Hace poco tuvimos la revelación en Brasil de las encuestas realizadas por el IBOPE, en marzo de 1964, que estuvieron ocultas hasta ahora y que revelan el apoyo mayoritario que tenía el gobierno popular de João Goulart a vísperas del golpe militar de 1° de abril de 1964. Igual pasaba en Chile a pesar del mito cultivado por la derecha de un pretendido desprestigio de la Unidad Popular.

El régimen de terror establecido en este país y en otras regiones del mundo en las décadas del 60 y del 70 han impedido que se manifestara abiertamente la voluntad de las personas. En la medida en que las poblaciones van perdiendo el miedo de la represión fascista van ganando coraje para manifestar sus verdaderos sentimientos. Este es el caso de las conmemoraciones de los 30 años del 11 de septiembre en Chile. En esta oportunidad la figura de Salvador Allende renació con un vigor sorpresivo, sobre todo para aquellos que creen que las mentiras oficiales podrán imponerse sobre la memoria histórica de los pueblos.

Niteroi, 9 de octubre de 2003

PRÓLOGO PARA LA EDICIÓN VENEZOLANA

Por varias razones este libro no fue publicado en 2003. años después, el proceso venezolano, iniciado con “El Caracazo” de 1989, continuando con el levante cívico-militar de 1992, consagrado con la victoria de la candidatura presidencial de Hugo Chávez en 1999, se define como socialista y Hugo Chávez es consagrado en unas elecciones radicalizadas presentando un programa de Transición Socialista para Venezuela. Su votación supera en mucho la de Allende en 1970 treinta y seis por ciento (36%) y la de la Unidad Popular en 1973 cuarenta y tres punto tres por ciento (43.3%). Ahora, el sesenta y cinco por ciento (65%) de la población consagra la transición al socialismo como objetivo programático. Para sorpresa de la derecha y de los liberales, en Bolivia y en Ecuador votaciones de este porte apoyan a las constituciones que proponen realizar la transición al socialismo. Aquellas tesis que difundíramos en 1968 con nuestro libro *Socialismo o fascismo; dilema de América Latina* se hacían otra vez realidad. La lucha en contra del fascismo en la región latinoamericana no se queda en los límites de una democracia formal. Surge una democracia participativa que no acepta los límites del capitalismo dependiente, concentrador y excluyente, y reivindica un nuevo régimen económico, social y político en la región. Para detener estos cambios democráticos el capital internacional y el imperialismo retoman el camino de los golpes de Estado (en Venezuela, en 2002) o de la guerra civil seccionista

(Bolivia) y amenaza la región con acciones militares en contra de países vecinos (como en 2007 en Ecuador atacado por Colombia). El avance de la conciencia democrática y de la voluntad integracionista latinoamericana permite vencer estos intentos con la firme decisión de los gobiernos revolucionarios que plagan la región para desespero de los ideólogos medievales que asaltaron los medios de comunicación y las universidades desde 1980, no solo en la región sino a nivel mundial.

Es pues un ejercicio extremadamente útil repensar el proceso chileno en este nuevo contexto. Los textos que presentamos en este libro fueron escritos en pleno proceso de cambios revolucionarios. Se trata de un testimonio emocional e intelectual que espero sea muy útil para los nuevos procesos que emergen en la región, particularmente el venezolano. La lección de estos análisis, hechos al calor de los acontecimientos, es el de que la voluntad revolucionaria, la claridad y decisión de las direcciones políticas son factores esenciales en estos procesos. Y responden a necesidades sociales profundas que se van incrustando en la conciencia de nuestros pueblos y tienden a volver y volver hasta el triunfo final de sus objetivos.

THEOTONIO DOS SANTOS

Lima, 21 de octubre de 2008

PARTE PRIMERA: LA TEORÍA

CAPITULO I

CHILE: ORÍGENES Y PERSPECTIVAS DE LA UNIDAD POPULAR¹

La coyuntura internacional

Para comprender el surgimiento del gobierno popular en Chile y sobretodo su "viabilidad" histórica hay que partir de un análisis de la coyuntura internacional, particularmente continental en que aparece. Esta realidad se caracteriza por la crisis norteamericana y consecuentemente los cambios tácticos de la política externa de este país, por la división de la clase dominante estadounidense y latinoamericana respecto de la política a seguir en estos países, por el cambio de la composición de fuerzas dentro del movimiento popular latinoamericano a raíz del surgimiento político a principios del 60 del campesinado y las poblaciones "marginales", por la reciente ofensiva del movimiento de masas que cambia sus métodos de lucha y su posición ideológica superando el populismo tradicional y, por el surgimiento debido a estos cambios de los vecinos gobiernos militares progresistas de Perú y Bolivia.

Pasemos a analizar muy ligeramente cada uno de estos aspectos. Desde la segunda mitad de 1968 se hizo evidente que Estados Unidos estaba entrando en su más aguda recesión de la

¹ Este artículo ya fue publicado originalmente en la revista *Libre*, París, n.1, 1971, pp. 153 - 164.

postguerra, ocurría en un período de acentuados gastos bélicos no habiendo por tanto la posibilidad de salvarla por medio de una política que expandiera el consumo y presupuesto militar como en las cuatro recesiones desde 1945. Por otro lado, esta situación era acompañada de una tendencia inflacionaria y de una aguda crisis internacional del dólar. Desde el punto de vista político, la recesión aparece en un período en que la combatividad del movimiento estudiantil, del proletariado empobrecido (blanco y colonizado), la de las mujeres y los intelectuales, generaba una campaña en contra de la política externa e interna de las clases dominantes norteamericanas. Las huelgas y movimientos obreros, causados por la inflación y el desempleo, se venían a sumar a un ambiente de por sí cálido que podía alterar y en el futuro transformar la estructura de la vida política de ese país.

A una situación interna tan desventajosa económica como políticamente se agrega una situación internacional bastante difícil. En primer lugar, la derrota en Vietnam que se extiende a toda la región de Indochina; en seguida, una ola revolucionaria no solo en el Tercer Mundo inclusive en Francia, Italia y otros países europeos; y en lo que se refiere a América Latina, una ofensiva nacionalista que incluye los gobiernos más sumisos y una creciente movilización popular. Por último, dentro del bloque imperialista se ponen en evidencia serios roces internos con Japón, Francia y también Alemania, que hacen cada vez más precaria la situación de un país en crisis que busca asegurar a toda costa su hegemonía dentro del sistema capitalista mundial, viéndose obligado a mantener, para no perder su liderazgo, un precio artificial del dólar pagándolo con altos sacrificios de su pueblo y con una baja en sus exportaciones.

En una situación externa e interna tan desfavorable no se podía esperar de Estados Unidos una política agresiva en el plano internacional. Su agresividad será siempre el resultado de una acción desesperada, que se da en términos empíricos y vacilantes (como las invasiones de Camboya y de Laos). El conjunto de la política norteamericana desde 1968 es esencialmente defensivo y tiene

como propósito evitar la creación de nuevos focos de enfrentamiento y preservar su posición por medio de nuevas alas y nuevas fórmulas políticas. Su objetivo estratégico es esperar una coyuntura internacional más favorable para retomar el terreno perdido a través de nuevas ofensivas políticas, económicas y militares que le permita mejorar su posición. En el caso latinoamericano, su preocupación fundamental es no presionar demasiado a los gobiernos reformistas para no obligarlos a un enfrentamiento con Estados Unidos que los transformaría en una nueva Cuba².

Frente a esta situación crítica —cuya demostración no podemos profundizar por la brevedad de nuestro ensayo—, la clase dominante norteamericana se encuentra dividida. El sector más atrasado busca retroceder en el plano internacional y volverse para el interior de Estados Unidos, siguiendo las demandas de los pequeños y medianos propietarios del país, mientras que el otro sector busca crear las condiciones para una modernización doméstica e internacional basándose en los intereses de las empresas multinacionales. El gobierno Nixon ha intentado conciliar ambas tendencias, pero expresa mucho más los intereses del primer grupo.

El gran capital internacional busca crear las bases de una política audaz de socialdemocratización de Estados Unidos que lograra captar el apoyo del movimiento estudiantil, del proletariado colonizado negro, puertorriqueño y mexicano, de los movimientos antimilitaristas y femeninos, y de los gobiernos reformistas de los países dependientes. Trata de crear una política de apertura del mercado norteamericano al Tercer Mundo y de favorecimiento a la industrialización basada en el capital norteamericano o europeo-norteamericano o en su alianza con el capitalismo de Estado a través de empresas mixtas. Así quisiera asumir el liderazgo del profundo movimiento popular que crece a ojos vistos en todo el mundo, como fruto de la incapacidad del capitalismo para responder (al menos

² Hemos analizado detenidamente esta coyuntura en un libro a publicarse por Editorial PLA: *América Latina y la crisis norteamericana* (El libro se publicó en 1970).

en su forma actual, según creen ellos) a los enormes problemas planteados por el desarrollo de sus propias contradicciones.

Por otro lado, son evidentes los efectos de tales cambios políticos en las alianzas de clases en América Latina. El gran capital internacional no está dispuesto a jugársela por las viejas oligarquías agrarias, mineras y comerciales ligadas a las estructuras primario-exportadoras de América Latina. Esta actitud incluye la entrega de las empresas norteamericanas de este sector siempre que su nacionalización se pague en términos razonables. Si el gran capital recela patrocinar directamente una política de este tipo por su posible radicalización, está sin embargo plenamente dispuesto a aceptarla y aun a apoyarla siempre que fuera ejecutada por gente de su confianza. Esto no excluye, evidentemente, el favorecimiento y estímulo de una política represiva con la condición de ajustarla a las necesidades de la modernización económica y social, que sirva a la expansión de la inversión extranjera en sus nuevas formas, como es el caso típico de Brasil. Esto no significa que no persistan conflictos entre el gran capital internacional y ciertas pretensiones subimperialistas y estatizantes de los militares brasileños.

En este cuadro internacional tiene una gran importancia el cambio de composición de fuerzas del movimiento popular latinoamericano que se hizo patente en el transcurso de la década de 1960. En este período, los campesinos emergieron de su relativa pasividad convirtiéndose en una fuerza política muy respetable. La Revolución cubana había demostrado que esta fuerza tendía a transformarse en un poderoso aliado del movimiento obrero, permitiendo superar el liderazgo que habían ejercido sobre el movimiento popular la pequeña burguesía y la burguesía industrial inaugurando de esta manera una etapa de revolución socialista en América Latina. Frente a esta situación el gran capital internacional intentó a través de la Alianza para el Progreso crear las condiciones para que los líderes reformistas locales asumieran el control político de este movimiento. Las políticas de reforma agraria de Frei, de Belaúnde, de Betancourt y el pacto campesino-militar de Bolivia fueron, entre otros, ejemplos muy convincentes de este intento de

someter el campesinado latinoamericano a una dirección nacionalista burguesa de corte reformista, buscando crear en el agro una masa de campesinos ricos o acomodados para que se convirtieran en una arraigada fuerza contrarrevolucionaria.

Es innegable que esta política, aliada a la "acción cívica" de los militares en el campo, la represión al movimiento guerrillero y el uso del golpe militar siempre que se arriesgara perder el control político de la situación, obtuvo importantes victorias inmediatas. Pero al fin de la década su magia había desaparecido: se deterioraba debido al fracaso sistemático de todos los gobiernos reformistas latinoamericanos, el último de los cuales era precisamente el de la Democracia Cristiana chilena.

Estos factores permiten al movimiento popular latinoamericano, desde 1968, recobrar la iniciativa que había perdido durante buena parte de la década (ofensiva política, militar y económica, de Estados Unidos y otros factores internos que no vamos a comentar aquí³). De hecho, en todo aquel período el movimiento popular veía destruirse su viejo liderazgo populista-nacionalista sin generar los instrumentos teóricos y organizacionales para proponer una alternativa independiente. Lo que se tenía era una interpretación de la Revolución cubana que la veía originarse en un "foco", es decir, una guerrilla móvil que desafiaba el poder central y se convertía al principio en un poder militar alternativo para transformarse en seguida en un ejército. No cabe discutir aquí si esta interpretación encuentra respaldo en los acontecimientos revolucionarios de Cuba. El hecho es que tal concepción no ofrecía un instrumento de organización de clase a un proletariado urbano y rural que estaba en proceso de radicalización y que tendía a rechazar la ideología reformista que lo orientaba. Al final de la década, sea por su propia iniciativa, sea por el amplio debate ideológico que se desarrolló en el período, o por los sucesivos fracasos de los intentos foquistas, el movimiento popular latinoamericano se fue movilizándolo bajo nuevas formas. En 1968

³ Un estudio sistemático del período se hace en la introducción de Vania Bambirra al libro *Diez años de Insurrección en América Latina*, Editorial PLA, Santiago, Chile, 1970.

y 1969, violentas explosiones populares expresaron esta radicalización que buscaba una vanguardia capaz de organizarlo y conducirlo revolucionariamente. En general, este proceso se expresará por los instrumentos que encuentre a mano: en México y Brasil, el movimiento estudiantil, que obviamente no puede llevarlo a sus últimas consecuencias por sus debilidades organizativas e ideológicas; en Argentina, a través del movimiento sindical peronista, cuyas limitaciones sobre todo ideológicas (a pesar de sus avances recientes) y secundariamente orgánicas, permite obtener solamente victorias parciales; en Colombia y la República Dominicana, por medio de caudillos populistas revividos debido al vacío político de la izquierda, los liderazgos militares que en el caso de Perú llegan al poder en contra de una movilización popular aprista que las lleva a reforzar el aparato estatal paralizando la participación del pueblo, mientras que en el caso boliviano estos líderes militares se ven frente a una presión de masas constantes y cada vez más organizadas e independientes. Por fin, en el caso chileno, el movimiento popular se canaliza a través de una estructura partidaria muy sólida reforzada por la radicalización de sectores de organizaciones pequeñoburguesas que vienen a sumarse a los partidos obreros bien definidos y que habían ajustado su programa a este proceso de radicalización general.

Es importante constatar que la aparición de dos gobiernos militares de carácter progresista, y bajo fuerte presión popular en el caso de Bolivia, cambió al final de la década la correlación de fuerzas en América Latina de modo bastante sustancial. Por más limitado que sea el programa reformista de estos gobiernos no pueden de ningún modo servir a maniobras contrarrevolucionarias en contra de Chile. Por fin, las victorias evidentes aunque parciales del movimiento obrero argentino impedían cualquier maniobra contraria al mandato de la Unidad Popular. Así, el conjunto de la situación internacional y continental favorecía enormemente la asunción de un gobierno popular en Chile como ya había permitido otros menos consecuentes pero igualmente avanzados e "inconcebibles" hace cuatro años en América Latina.

La coyuntura chilena y la UP

Pero si los factores externos jugaron un papel importante en la creación de la "posibilidad" de que exista un gobierno de unidad popular en Chile, no explican por qué se produjo este hecho histórico. Solo el análisis del desarrollo de la lucha de clases dentro de Chile que, siendo condicionada por la situación internacional, es específicamente diferente al caso peruano, boliviano, argentino y opuesta al brasileño y de las determinaciones internas de la victoria de la UP, puede iluminar lo que pasa actualmente en Chile y sus perspectivas. Creemos que son cuatro los factores fundamentales que explican la llamada experiencia chilena: el hecho de que el reformismo demócrata cristiano haya sido relativamente consecuente con su programa, lo que sin embargo no impidió su fracaso; la profunda división de la clase dominante chilena, que además de inscribirse en el cuadro general de la división de la clase dominante latinoamericana tiene una larga trayectoria histórica, y se hizo más grave en la medida en que se aplicaba una parte significativa del programa de la Democracia Cristiana; la comprensión de las fuerzas básicas de la Unidad Popular en la necesidad de reformular el programa nacionalista y democrático con el cual concurrió a las elecciones de 1964 por un programa cuyo objetivo era crear las bases del socialismo, diferenciándose claramente del reformismo demócrata cristiano y al mismo tiempo neutralizando las oposiciones foquistas en plena decadencia después del asesinato del Che Guevara en Bolivia. Por fin, la especificidad de la estructura partidaria e institucional chilena hacía muy viable una victoria de la izquierda en las urnas y su asunción al poder, factor decisivo para que el pueblo confiara en el sentido práctico de apoyar una campaña electoral con un programa revolucionario. Analizamos rápidamente cada uno de estos factores.

CAPITULO II

PROBLEMAS ESTRATÉGICOS Y TÁCTICOS DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA EN AMÉRICA LATINA

La conclusión más importante del presente Seminario⁴

Son las lecciones de la experiencia chilena para el conjunto de América Latina e incluso para el movimiento revolucionario mundial. En este sentido, quiero elogiar la intervención de Pío García porque se aparta de una preocupación excesivamente chilena.

Vía pacífica, legalidad y lucha revolucionaria por el socialismo

Al respecto, considero bastante importante la discusión sobre la posibilidad de la vía pacífica, que nos lleva al análisis de los problemas concretos de la lucha política en vez de sustituir la lucha política concreta por formas generales. A mi juicio, debería de haber un desarrollo teórico más amplio de esta parte, que me parece buena como planteamiento del problema.

Creo que uno de los antecedentes más relevantes de este desarrollo, señalado en parte por Pío García, sería exactamente el prólogo de Engels a *La lucha de clases en Francia*, porque es una de

⁴ Seminario "El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile", realizado en el Instituto de Investigaciones Económicas (11-E) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1975.

las primeras veces en que un teórico marxista enfrenta de manera sistemática el problema de la lucha revolucionaria por el socialismo en condiciones democráticas, en condiciones de un régimen liberal.

Esto es muy significativo porque el grueso de la reflexión marxista sobre el problema de la revolución, como sabemos, se hizo bajo las condiciones de lo que se llamaba la revolución permanente, es decir, la transformación de una revolución democrática en revolución socialista.

Hasta la Comuna de París, las posibilidades de una revolución socialista estaban asociadas a la conversión del movimiento democrático —entonces dominante—, en poder obrero, en aquel tiempo expresión de una minoría organizada aún de manera precaria.

A partir de la creación de la Primera Internacional y del desarrollo de la socialdemocracia se empieza a plantear un problema de nuevo tipo. En primer lugar, el movimiento socialista pasa a constituirse en una fuerza cercana a la posibilidad de convertirse en mayoría. Segundo, las fuerzas del proletariado ya no tenían por qué asumir las luchas democráticas como tarea revolucionaria fundamental, puesto que estas ya se podían obtener dentro del cuadro de la reforma social.

La lucha democrática no asumía más un carácter revolucionario porque la burguesía ya había alcanzado el poder en la mayoría de los países europeos. A partir de ese momento, la reflexión estratégico-táctica tiene que cambiar su eje y la primera manifestación más coherente y sistemática es indudablemente el documento de Engels ya señalado, además de ciertas reflexiones suyas sobre el Programa de Erfurt.

En consecuencia, creo que este texto es muy importante para analizar el problema global de la lucha revolucionaria en condiciones de democracia burguesa, en condiciones en que las transformaciones democráticas ya dejaron de ser revolucionarias y las transformaciones revolucionarias son ahora socialistas; ése era el nuevo problema a discutir.

El proceso revolucionario chileno lo plantea por primera vez en América Latina, puesto que, como sabemos, todo proceso

revolucionario latinoamericano anterior era necesariamente democrático. Anteriormente ningún proceso revolucionario latinoamericano se planteó programáticamente como socialista. En las últimas décadas, las luchas de carácter democrático antiimperialista asumían un contenido revolucionario más avanzado, que se desarrolló en socialista en el caso de la Revolución cubana. En casos anteriores habían adoptado una tendencia socialista que fue cortada por los golpes de Estado. Con posterioridad a la Revolución cubana, las experiencias tendieron hacia un definido carácter socialista antes de resolver el problema democrático y antiimperialista. Esto reflejaba una nueva etapa del proceso revolucionario en el subcontinente.

En el caso chileno es la primera vez en América Latina que se plantea claramente, como objetivo explícito de la toma de poder, la creación de una economía nacional y de un Estado socialista. Es un problema absolutamente nuevo en América Latina como era nuevo para Engels en la Europa de 1895. Pero hay que señalar, sin embargo, el sentido aún más amplio de la experiencia chilena pues, como sabemos, los movimientos socialdemócratas europeos terminaron por convertirse en reformistas, es decir, por creer en la posibilidad de que las transformaciones socialistas se dieran en el marco de la reforma burguesa o en el marco de la reforma al interior de la sociedad burguesa y, después de la II Guerra Mundial, incluso caen en la posición de abandonar el objetivo socialista. Al respecto es preciso destacar lo siguiente: no se trata simplemente de la traición de un grupo de personas, sino de partidos que representan indudablemente a la mayoría del proletariado en sus países. Nosotros sabemos que la socialdemocracia alemana tiene el control político del proletariado alemán, el Partido Laborista lo tiene en Inglaterra, es decir, este cambio estratégico tiene un significado político, social e ideológico muy importante y hay que comprenderlo con el máximo rigor teórico posible.

Y sabemos que, por primera vez, incluso en escala internacional, se constituye un Gobierno elegido en las urnas que tiene por objetivo una transformación socialista. Una novedad práctica

que plantea problemas teóricos enormes y que ha transformado el proceso chileno en fuente de reflexión para el movimiento obrero internacional. Por eso yo sugeriría que diéramos especial atención a la reflexión dialéctica de Engels sobre el problema de la legalidad. Según Engels, el uso de la legalidad —en términos revolucionarios—, por el proletariado, haría necesariamente que la burguesía abandonara su propia legalidad y se lanzara contra ella.

Sabemos que este proceso, en cierta forma, se expresó en Europa en los años 20 y 30; y que el fascismo es una expresión del fracaso de la social democracia entonces mayoritaria para tomar el poder revolucionariamente. Desde el momento en que ve amenazada la supervivencia del orden capitalista, la burguesía abandona su concepción liberal del mundo, de la economía y del Estado y adopta política e ideológicamente una concepción fascista. ¿Y por qué? Porque en gran medida el proletariado había logrado un control político del Gobierno, sin transformaciones esenciales del Estado, en una dirección socialista. Tal situación impedía la acumulación de capital en la escala capaz de permitir un desarrollo capitalista monopólico y hacía necesario para la burguesía recurrir a la ilegalidad e, incluso, a otra ideología distinta de la burguesa liberal, para poder destruir el poder obrero creciente.

Yo creo que en Chile esa situación se manifestó de manera muy clara. Creo que la exposición de Eduardo Novoa fue bastante explícita en el sentido de mostrar cómo la legalidad se fue convirtiendo en una fuerza dual, ambigua: de un lado la burguesía abandonaba la legalidad y por otro lado la Unidad Popular se aferraba a ella como una forma de defensa de las posiciones conquistadas. Vimos sin embargo que eso era insuficiente para resolver el problema político concreto: la lucha de clases ya había puesto la lucha política en un nivel superior, como Engels ya lo preveía en el texto citado. Hay un momento dialéctico en que es necesario cambiar las formas de lucha, es decir, hay un momento en que el uso de la legalidad se convierte en un instrumento contrario a los intereses de la burguesía, la burguesía quiebra la legalidad y en ese momento no

es con la legalidad burguesa que se va a lograr romper la oposición burguesa.

Indudablemente este momento en la experiencia chilena se definió con el intento golpista frustrado de junio de 1973, que se conoce como “El Tancazo”. Fue un momento de gran tensión social, que provocó muchas inquietudes, muchos problemas, pero no se forjó realmente una nueva alternativa estratégica y táctica para la situación concreta. Habría que buscar las razones profundas, sociológicas y sobre todo ideológicas, que explican esa incapacidad de la izquierda y del proletariado chileno.

El problema de las Fuerzas Armadas

El otro aspecto de máxima importancia, que Engels señaló en ese artículo, fue el problema de las Fuerzas Armadas, Engels mostraba la superación de las formas tradicionales de insurrección y la necesidad de una lucha interna dentro de las Fuerzas Armadas para ganar a un sector de ellas para la revolución. Esta posición fue muy bien asimilada por los bolcheviques y por las masas rusas en el proceso de la Revolución de Febrero de 1917.

La revolución se hizo fundamentalmente cuando se logró el apoyo de la mayoría aplastante de las Fuerzas Armadas, particularmente de los soldados, para entonces dar el paso hacia la toma del poder. La institución del Estado soviético, en Rusia, combinó este control político de las Fuerzas Armadas con una brigada militar propia: la Guardia Roja, algo absolutamente original política y militarmente.

Sabemos que en China el proceso de conquista de la mayoría de las Fuerzas Armadas tomó una forma mucho más compleja con la integración del Partido Comunista en las Fuerzas Armadas democráticas y su expulsión de las mismas en 1927, su retroceso hacia el campo y la formación, a largo plazo, del Ejército Rojo, apoyado en la fusión de los obreros revolucionarios con las amplias masas campesinas. Este proceso, absolutamente original, no fue comprendido en el primer momento por la dirección de la III Internacional.

En el caso latinoamericano, en el seno de las Fuerzas Armadas se dan ciertas constantes que se presentan en Brasil, en Santo Domingo, en Bolivia y en otros países: una tendencia a su división entre fuerzas democráticas nacionalistas y fuerzas liberales ortodoxas. El desarrollo de la revolución socialista en América Latina en la década del 60 empieza a originar dentro de las Fuerzas Armadas un sector socialista minoritario que, en el caso de Chile, se combina con un sector democrático antiimperialista que apoya hasta cierto límite la experiencia allendista, la cual no hubiese sido posible si no hubiese existido una mayoría democrática expresada en la corriente que encabezaba el general Prats, hasta vísperas del golpe.

El problema es que un nuevo paso hacia el socialismo, después de cumplidas las tareas antiimperialistas, antilatifundistas y en parte las antimonopólicas, con las cuales no había un desacuerdo básico, exigía un cambio de concepción de la relación del gobierno con las fuerzas armadas. Implicaba, al mismo tiempo, desarrollar la capacidad del proletariado de crear una fuerza militar que llevaría a un nuevo tipo de acuerdo con las fuerzas armadas y que condujera a la formación de un Gobierno Popular con la participación de militares revolucionarios. Respecto a la necesidad de una alianza entre los obreros y las fuerzas armadas, el general Prats estableció una doctrina, pero ella tenía una debilidad interna bastante grave: el sector hegemónico eran las fuerzas armadas que, como vimos, estaba guiado por fuerzas reaccionarias al socialismo. Para resolver este problema, el proletariado tenía que aumentar su influencia en las capas intermedias y bajas de las fuerzas armadas y desarrollar una capacidad militar autónoma que impusiera su hegemonía en el proceso.

Este fue un límite fundamental en el proceso chileno que es un poco difícil de resolver a posteriori. ¿En qué medida una cierta capacidad de desarrollo autónomo del proletariado (como se planteó un poco antes del golpe, con la posibilidad de milicias) hubiese permitido cambiar la correlación de las fuerzas en el proceso? Escuchamos hace poco al presidente de la CUT, miembro del Partido Comunista Chileno, decir que, si el proletariado chileno

hubiese estado armado, otro hubiese sido el destino del proceso chileno; sabemos que la CUT en cierto momento quiso o buscó esa alternativa, pero no pudo organizarla por muchas razones.

Por lo tanto, yo creo que la discusión sobre el problema de las Fuerzas Armadas tiene que ser profundizada e incluso vinculada a otros procesos latinoamericanos con el objeto de determinar en qué condiciones las Fuerzas Armadas latinoamericanas, bajo presión de la lucha de clases, podrán convertirse en factor revolucionario: ¿es necesaria una guerra, como hubo en la Rusia zarista?, ¿es necesario un proceso de lucha armada a largo plazo, una lucha democrática como hubo en China? Hemos visto que la situación ha llegado a momentos críticos en la lucha de clases recientes en América Latina, esto revela que ella tiene la fuerza para que, en un momento dado, una situación de ese tipo se resuelva a favor del proletariado. Esa situación puede producirse en América Latina, porque se produjo en Brasil en 1964, en Santo Domingo en 1966, en Bolivia en 1971 y en Chile en 1973, de manera cada vez más radical. Es posible que esa situación se plantee otra vez; entonces debemos tener las antenas bien preparadas y la visión abierta para encontrar la solución del problema.

El poder popular

Por fin, el problema que también me parece que está insuficientemente desarrollado es el del poder popular, otra constante de la lucha política latinoamericana que tiene que ser asimilada. El problema es saber hasta que punto un poder popular similar al que emergió en todas estas situaciones puede convertirse en alternativa revolucionaria.

En el caso de Brasil, en 1964 surgieron intentos de conformar un poder político autónomo, el Frente de Movilización Popular, en torno de los sindicatos, del movimiento estudiantil y campesino, el que tuvo un carácter esencialmente de cúpula; en Bolivia se constituyó la Asamblea Popular, cuya principal limitación era su carácter exclusivamente obrero en un país campesino; en Chile se constituyeron

expresiones de poder popular, que de alguna forma buscaron combinarse con el Estado burgués existente y que no lograron —esa es la realidad— convertirse en una alternativa nacional, pero representaban una tendencia en esa dirección. Creo que posiblemente la combinación del poder popular con el poder institucional fue un intento por resolver la situación con un compromiso concreto en las condiciones del proceso chileno: un poder popular emergente que se combinase con un gobierno reconocido por este mismo poder popular, planteando una nueva forma de Estado en oposición al Estado burgués en proceso de disolución por la crisis general de la sociedad chilena. No se logró articular las dos fuerzas y quizás esta hubiese sido una forma de haber ganado la legitimidad para la constitución de milicias populares, la legitimidad de apoyo del sector militar más radicalizado a este nuevo poder emergente. Este proceso no llegó a concretarse, pero había quizá una tendencia en esa dirección. El mismo presidente Allende, que durante mucho tiempo no apoyaba estas nuevas formas de poder popular, porque las veía como un desafío a su propia autoridad, un mes y medio antes del golpe llamó a la constitución de órganos de poder popular como una manera de tener un punto de apoyo de masas más orgánico que permitiese combinar el poder popular emergente con su poder legítimo de gobernante del Estado burgués en decadencia.

Creo que estas cosas se deben presentar dialécticamente, es decir, enfrentarlas como problemas, como procesos que llegan a un cierto nivel sin desarrollarse completamente; ésa es la forma en que debemos tenerlos analizados para enfrentarnos a las nuevas situaciones.

Creo que sin 1905 no habría 1917, sin el fracaso de la revolución en Bolivia y Guatemala no habría Revolución Cubana. La victoria y efectividad de un movimiento revolucionario nace de su capacidad para asimilar correctamente las lecciones de sus derrotas. Estas experiencias son —como se decía en el lenguaje marxista, en la década de los años 10 y 20— “ensayos generales” que tenemos que tener claro en la cabeza, pues esta es una obra en que somos todos actores (hasta ahora muy frustrados).

Flexibilidad táctica e inflexibilidad estratégica

Cabrían algunas reflexiones finales sobre el problema de la táctica, es decir, del cambio brusco y radical de las formas de lucha que todo proceso revolucionario plantea. Si nosotros pensamos más en detalle un proceso como la Revolución Rusa, por ejemplo, podemos ver cómo hay cambios tan importantes de táctica en su transcurso.

Entre todas las marchas y contramarchas de este proceso, y una sugestiva para entender un problema como el chileno, es la posición bolchevique sobre la Asamblea Constituyente. Su convocación era parte del programa bolchevique, pero cuando se plantea su elección, Lenin llamaba a la insurrección en condiciones de lucha interna dentro del Partido Bolchevique. Participar en la elección de una Asamblea Constituyente significaba en tales condiciones reforzar un poder democrático burgués en oposición al nuevo poder absoluto de los sóviets que Lenin veía como el centro del nuevo poder. Lenin está en contra de la participación del partido en las elecciones de un órgano que creía necesario derrumbar. Sin embargo, el partido participa en las elecciones, en las que midió sus fuerzas y sacó el veintisiete por ciento (27%) de la votación, lo que demostró que realmente era el partido más fuerte de las zonas urbanas.

Pero aún era minoría, mientras era mayoría en los sóviets obreros y de soldados (solo era minoría en los sóviets campesinos, donde tuvo que establecer una alianza con los eseristas de izquierda para constituir una mayoría). El partido tenía, por lo tanto, condiciones mucho más favorables en los sóviets que en la Asamblea Constituyente. Ninguno de esos movimientos tácticos impidió sin embargo realizar el acto supremo revolucionario y tomar el poder. Lo hacen en nombre del poder soviético que pasa a gobernar al país. ¿Qué hacer, en tales condiciones, con la Asamblea Constituyente basada en listas conformadas en una situación anterior? Los bolcheviques no se sienten con fuerzas para impedir la elección, cuyos resultados ponían políticamente en minoría a los mismos militarmente victoriosos bolcheviques.

Los bolcheviques no se sentían suficientemente consolidados para desafiar completamente a la Asamblea Constituyente; incluso hay intentos de discusión con los mencheviques para llegar a un acuerdo en torno de una fórmula de compromiso entre el poder soviético y la Asamblea Constituyente, conformando en esta una coalición de las fuerzas socialistas que reconociese el poder de los sóviets. Estas negociaciones son conducidas por Zinóviev y Kámenev; Lenin estaba en contra de ellas, pero acepta que se hagan (una situación paralela a las negociaciones con la Democracia Cristiana en Chile). Al fin queda claro, como Lenin lo había planteado, que los mencheviques no iban a llegar a un acuerdo sino que iban a exigir la entrega del poder a ellos, porque eran mayoría en bloque con los socialistas revolucionarios y otras fuerzas de la Asamblea Constituyente. ¿Cuáles eran sus exigencias? Terminen con el poder soviético, que los bolcheviques no podrían aguantar y establecer todo el poder en la Asamblea Constituyente, dentro de la cual se garantizarían los derechos democráticos a los bolcheviques para convertirse en una oposición legal.

Es entonces cuando Lenin decide la situación y dicta el decreto de disolución de la Asamblea Constituyente. Este es uno de los más bellos ejemplos de la flexibilidad táctica que se conjuga con la inflexibilidad estratégica. Cuando Lenin disuelve la Asamblea Constituyente no intenta disfrazar el contenido de este acto de fuerza y plantea muy claramente el derecho de los bolcheviques a retener el poder que reposa en los sóviets y en el gobierno constituido por los sóviets. La Asamblea Constituyente tenía una mayoría contraria a ese poder, la que correspondía a una correlación de fuerzas anterior, por eso se disolvía la Asamblea Constituyente. Este era un acto de gran coraje político pues, como era previsible, toda la social democracia europea se volcó en contra de ellos, lo que ayudó mucho a la movilización de la guerra civil en contra del poder bolchevique, pero había que pagar este precio por una decisión revolucionaria.

Hay un momento en el proceso chileno en que se plantea la necesidad de un cambio de táctica. No estoy de acuerdo con los que creen que se pudiera llegar de otra manera a la situación revolucionaria. La

forma para llegar a la situación revolucionaria, con todos los errores cometidos en el aprovechamiento más intenso y ofensivo de la situación legal, era la que se desarrolló. Pero creo que llegó un momento en que había que cambiar la forma de lucha y en este momento no había la educación política, la capacidad política y la decisión política para hacerlo. Eso es evidente. Esa es la lección que tenemos que aprender. Porque es un error tomar las lecciones no dialécticamente, confundir el conjunto del proceso con sus momentos cruciales y plantear una estrategia que solo tiene que ver con los momentos cumbres, a los cuales nunca se llega porque no se es capaz de producir las situaciones intermedias que permiten generarlos.

Eso no es ser revolucionario, esa es una posición intelectual, un problema de valores, de ideas utópicas que nada tienen que ver con el proceso sociopolítico concreto. En ese sentido, la Unidad Popular representó una enorme contribución en cuanto a la manera de conducir la lucha, de sumar fuerzas, de crear una situación revolucionaria, pero, al mismo tiempo, también dio una demostración de falta de flexibilidad y falta de capacidad para prepararse, para las situaciones que rompían con su esquema rutinario de lucha. En ese sentido quiero señalar un punto adicional: que faltaba visión política no solo a los compañeros que tenían una educación más parlamentaria, más reformista que digamos, sino también a los compañeros que tenían una formación esencialmente militarista, los que no tenían ninguna proposición concreta sobre las cuestiones económicas y políticas centrales. No tenían preparación para enfrentar los problemas sociales que generaba la situación revolucionaria, como las medidas económicas, que creaban importantes confrontaciones populares de masas.

Y así era porque ellos concebían la lucha desde el punto de vista de un grupo de personas militarmente organizadas y entregaban a los "técnicos" esas cuestiones económicas y a los políticos las luchas legales, etcétera, ya que creían que las cuestiones fundamentales se decidirían en el enfrentamiento armado. Enorme fue su perplejidad cuando llegó el momento de la confrontación y descubrieron que no eran una alternativa real, porque la lucha de clases no se

decide por un grupo de gentes bien preparadas para luchar. Este es un aspecto importante de la resolución de la lucha de clases, pero esa gente militarmente preparada puede ser reclutada, a veces, hasta en el campo del enemigo. Los bolcheviques durante la guerra civil reclutaron a los oficiales burgueses bajo la dirección de los comisarios políticos; los reclutaron para que dirigiesen técnicamente la lucha en contra de la derecha, se les pagaba profesionalmente, se les sometía políticamente. Este es un caso extremo y no constituye la regla, pero nos muestra que no es tanto el aspecto técnico el que decide, sino el político global. En este sentido era que la educación política de estos cuadros era incompleta y los mostró absolutamente incapaces de estar a la altura de los acontecimientos tan importantes que decidieron el proceso chileno.

En síntesis, el proceso chileno nos obliga a repensar varios problemas estratégicos y tácticos. Afirma la importancia de la lucha legal para reafirmar la tesis de Engels de que la legalidad burguesa termina quebrada por la misma burguesía. Muestra la evolución histórica, en su sentido socialista, del proceso revolucionario en el continente, que se expresa en la definición de un programa socialista de las fuerzas populares; en la formación de un sector socialista en las Fuerzas Armadas, aún minoritario, que solo parece asumir un carácter ofensivo si cuenta con el apoyo de milicias populares; en la tendencia a constituir poderes populares durante las situaciones democráticas avanzadas, los que aspiran a constituirse en la base del nuevo poder. En fin, llama la atención sobre la necesidad de desarrollar una flexibilidad táctica que permita desatar la ofensiva final en el momento en que, para las grandes masas, resulte evidente el abandono de la legalidad por la burguesía.

CAPITULO III

LA UNIDAD POPULAR CHILENA Y EL CONTEXTO TEÓRICO E HISTÓRICO LATINOAMERICANO⁵

Durante la década del 50 y principio de los años 60 las luchas revolucionarias en América Latina estaban orientadas por un marco de análisis común, según el cual vivíamos en una sociedad de carácter semifeudal y semicolonial o colonial con la presencia de una oligarquía agraria que servía a los intereses del capital internacional. En consecuencia, la revolución latinoamericana pasaba fundamentalmente por la destrucción del latifundio, la recuperación de las riquezas nacionales de nuestros países y el establecimiento de las bases para la democracia, el desarrollo económico y una mejor redistribución del ingreso. A partir de estas nuevas condiciones generadas por dicho proceso revolucionario se plantearían las etapas siguientes de la lucha del pueblo latinoamericano.

Este programa revolucionario estaba enmarcado dentro de los márgenes de una revolución democrática nacional y los gobiernos llamados a ejecutarlos se definían como nacionalistas y

⁵ Este artículo corresponde a un capítulo del libro en preparación sobre *Transición al socialismo y programa de la UP* y recoge las ideas expuestas en una reunión realizada en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 19 de marzo de 1973.

democráticos. En consecuencia, las clases que lo apoyaban y que de una u otra manera deberían participar en ellos, serían, de un lado, la clase obrera cuyos intereses eran profundamente antilatifundistas y antiimperialistas y también democráticos; del otro, el campesinado directamente afectado por el latifundio y eventualmente por el imperialismo, como en el caso de los países donde la economía agraria estaba controlada por el capital extranjero, como por ejemplo Guatemala; en fin, las burguesías nacionales que se suponía estaban interesadas en la lucha contra el imperialismo para garantizar su dominio sobre el mercado interno, fuente de su riqueza.

El modelo "desarrollista"

Este esquema básico se fundamentaba en los análisis de la economía latinoamericana realizados por los teóricos, tanto de orientación nacionalista como marxista. Los primeros desarrollaron un análisis bastante sistemático de lo que han llamado el desarrollo "hacia afuera" de nuestras economías. En dicho análisis muestran que ellas se formaron fundamentalmente como economías exportadoras de bienes primarios (materias primas, productos agrícolas), lo que dio origen a una oligarquía rural y comerciante que era la propietaria de este sector exportador (eventualmente, las propias empresas extranjeras asumieron el control de la producción y el comercio exterior). Dichas oligarquías contaban con el apoyo de un importante sector de las clases medias, el cual les aseguraba su dominio político obteniendo en cambio la posibilidad de consumir bienes importados, a precios baratos según cánones internacionales, lo que le permitía un nivel de consumo bastante elevado.

Así, nuestras clases medias podían alternar el acceso a los bienes de consumo disponibles en el mercado mundial, producidos por la técnica más moderna, con el "confort" de explotar los servicios de los trabajadores latinoamericanos a precios bastante baratos. Apoyados en esta situación, la oligarquía nacional y los sectores de las clases medias a ellas ligados, adoptaron firmemente

un sistema de pensamiento liberal en lo económico, basado en la tesis de la ventaja que suponía el que nuestras economías actuaran en el interior de la economía internacional bajo los principios del liberalismo, los cuales suponían su especialización en la producción y exportación de bienes primarios y la importación de bienes industrializados.

Este esquema económico se veía complementado con un profundo elitismo y aristocracismo, tanto en lo cultural como en lo político. No solo se restringe la participación política y cultural a una reducida élite al día con el mundo cultural europeo, sino que se crea un esquema de poder y de pensamiento que garantiza la permanencia y el perfeccionamiento de la vieja infraestructura colonial exportadora. Fue en contra de este esquema de poder ideológico y político que se lanzaron sectores de pequeños comerciantes, de artesanos, de las nacientes burguesías industriales, del proletariado urbano desarrollado con ellas, del campesinado (que empezaba a exigir una mejoría en las condiciones de vida en el campo), y por último, un nuevo sector de las clases medias ligado a la industria, más moderno, de formación técnica, interesado en el desarrollo económico y en la industrialización de nuestros países.

Todas estas clases o fracciones de clase formaban entonces una coalición bastante amorfa cuyo sector dominante sería la burguesía industrial que luchaba en nuestros países por el desarrollo económico, por la industrialización de la economía, por el proteccionismo cambiario que permitiera esta industrialización (oponiéndose por lo tanto al liberalismo económico), por la democratización de la enseñanza y la implantación de una cultura más técnica, ligada a los problemas de la producción y al desarrollo de las ciencias. En fin, sus teóricos planteaban que este desarrollo capitalista industrial permitiría una mejor distribución del ingreso, favorecería el desarrollo del mercado interno y, por lo tanto, interesaría al desarrollo industrial. Así se produciría también una democratización a nivel económico. En este esquema teórico cabía a la burguesía industrial un papel hegemónico y se suponía que ella lo ejercía. Desde el punto de vista de la forma política, estas ideas se expresaban en

un pensamiento y un método de acción populista con un programa nacionalista democrático. Muchos movimientos latinoamericanos nacieron y se desarrollaron dentro de esta perspectiva. Posiblemente el más coherente de ellos fue el APRA, peruano, también la Acción Democrática, venezolana, posteriormente el MNR boliviano, y también otros movimientos similares con figuras bastante significativas como Juan Bosch, Velasco Ibarra y otros. Pero indudablemente estas ideas ganaron una mayor consistencia, viabilidad y coherencia económica cuando se proyectaron a los países de mayor desarrollo industrial, como son los casos de Brasil, Argentina y México.

En México, Cárdenas, ya en la década del 30, expresó muy directamente las formas más de vanguardia de este pensamiento nacionalista. Posteriormente, Vargas en Brasil adoptó la misma postura, sobre todo después de su golpe de estado del 37 y por fin, Juan Domingo Perón, en Argentina, asumió bastante sistemáticamente esta postura política, logrando una influencia aún más sólida que la de Cárdenas y Vargas en el movimiento obrero, quizás porque el surgimiento del peronismo se dio en un período posterior y porque necesitó más fuertemente del apoyo obrero para poder levantar un programa de industrialización nacional y, además, debido a la importancia política que tenía el proletariado en Argentina.

Para consolidar el desarrollo de estos gobiernos populistas y darle una elaboración teórica más consistente, se formó la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas (Cepal), que con el liderazgo intelectual de Raúl Prebisch dio una sistematización bastante sólida a este pensamiento. Así, en la década del 50 el nacionalismo había logrado llegar a un nivel de consistencia teórica bastante grande, pero, como lo veremos posteriormente, exactamente en este momento estaban llegando a su fin las posibilidades reales del nacionalismo en América Latina.

Al mismo tiempo que en América Latina se desarrollaba este pensamiento, también en Asia y en África los movimientos de liberación nacional asumieron un dinamismo muy grande, logrando conquistar varias posiciones e incluso triunfar en algunos países

bastante significativos. La India, el más importante de ellos, logra su independencia en la posguerra y pasa a ser un nuevo centro de irradiación del pensamiento nacionalista y anticolonialista, inspirado por Nehru, al lado de Sukarno en Indonesia y otros líderes asiáticos. También en África varios movimientos importantes, de carácter nacionalista y líderes bastante significativos pasan a formar un cuadro general de pensamiento en esta dirección. En Europa y EE.UU. los intelectuales existencialistas, los economistas, los científicos, políticos, etcétera, se sensibilizan por estas ideas; avanza significativamente la teoría del desarrollo económico, surge el concepto de subdesarrollo que busca plantear el carácter estructural de la situación de los países más atrasados y demostrar que en ellos no hay solamente un retraso en relación a los países desarrollados, sino que existe una estructura económica y social precapitalista que tiene que ser transformada para permitir que estos países entren en una etapa de desarrollo económico significativo.

Así, la teoría económica burguesa, la teoría política, la sociología, etcétera, van entregando elementos al pensamiento social de nuestro tiempo logrando una influencia bastante importante en lo que se ha hecho en las últimas décadas en cuanto a ciencia social y a lucha política. No hay duda que este pensamiento recogió muchos elementos aislados del marxismo, por la sencilla razón de que el pensamiento económico burgués —en general— no dispone de categorías teóricas que le permita analizar fenómenos de cambio de estructura. De hecho, habría que volver o a la Economía Política clásica —que se había preocupado por ese tipo de fenómenos—, o al marxismo —que había integrado estos fenómenos en una metodología dialéctica materialista—, o a ciertos sectores de pensamiento burgués —que habían ocasionalmente planteado problemas similares—, como por ejemplo, los estudios teóricos de List en Alemania, así como eventualmente a algunos teóricos asiáticos y africanos, o a sectores de la socialdemocracia europea o el populismo norteamericano que se habían identificado bastante con las luchas en contra de sus enemigos monopólicos internos.

Desde la década del 50 en adelante, no serán solamente los sectores populistas, socialdemócratas y antimonopólicos los que se identificarán con los intereses de la industrialización de los países subdesarrollados y se interesarán por una teoría del desarrollo económico y del subdesarrollo. Como lo veremos, la propia burguesía monopolista norteamericana, ligada a la inversión en el exterior, pasará a estimular e interesarse por apoyar una política de industrialización en los países dependientes en la medida en que se hiciera a través de la penetración del capital extranjero.

Verdad que fueron sectores pequeños y minoritarios de la burguesía norteamericana que en el comienzo entendieron todas las posibilidades de este proceso de industrialización de los países dependientes, pero fueron los suficientes como para estimular misiones comerciales a la América Latina y apoyar la política de descolonización en África y Asia en contra del dominio colonial europeo.

En todo caso, sobre todo en el período de posguerra, el pensamiento antiimperialista y anticolonialista va siendo progresivamente menguado e integrado en un nuevo intento sistemático de conciliación entre los intereses de la industrialización de los países dependientes y los del capital internacional.

Cambios en la correlación internacional de fuerzas

¿Qué pasaba en el otro lado, en la otra corriente de pensamiento que partía, sin embargo, de supuestos similares respecto de nuestra sociedad, es decir, la corriente marxista? Era tradición bastante antigua del marxismo considerar como esencialmente democrática la revolución en los países dependientes. Es así desde las discusiones que se suscitaron en Rusia antes de la revolución; posteriormente en las discusiones que se hicieron sobre China y otros países coloniales; en las elaboraciones de Mariátegui en Perú y muchos otros teóricos e intelectuales de formación marxista; en la III Internacional, en todas esas oportunidades hubo varios intentos

de interpretación de las condiciones de los países coloniales o semicoloniales.

Este no es el lugar para hacer un recuento de dicha elaboración, pero es necesario señalar que desde 1917 se considera la existencia de un vínculo orgánico entre el proceso de liberación nacional en las colonias y la Revolución rusa.

A fines de la década del 40, con la victoria de la Revolución china, era el pensamiento de Mao Tse-tung el que representaba de manera más elaborada la visión marxista del problema en los países coloniales y semicoloniales. En su análisis de la realidad china, Mao caracterizaba a ese país como semicolonial, semifeudal y feudal. En base a ese análisis de la sociedad china, combinado con el análisis de la revolución en el plano mundial, Mao dedujo el carácter de la Revolución china. Según él, esta revolución tenía el carácter de liberación nacional (en su aspecto inmediato de lucha contra los intereses internacionales imperialistas) a la vez que democrática, al volcarse en contra de la dominación feudal. Pero, como también lo demostraba Mao, estos cambios en la época actual no tenían un sentido estricto de liberación nacional, puesto que nuestra época era, a nivel mundial, la de la revolución socialista, a partir de la Revolución rusa de 1917. De tal forma que el proceso revolucionario chino y de los países semicoloniales debería inscribirse en el contexto de la revolución socialista mundial. Y, por lo tanto, las tareas de liberación nacional y democrática que se cumplían en China debían inscribirse en el contexto de una revolución socialista.

Dado el carácter socialista de este proceso, cabría a la clase obrera en su conjunto dirigir incluso las tareas de liberación nacional y democráticas, formando para tal efecto un amplio frente en el cual se integraba, bajo la hegemonía de la clase obrera, y consecuentemente de su partido, al campesinado, principal interesado en la lucha contra la sociedad feudal y el imperialismo, a los intelectuales y sectores democráticos de la pequeña burguesía, y a las burguesías nacionales (sector más vacilante de este frente, que

ahora apoyaba el movimiento revolucionario, y tendía a comprometerse con el imperialismo).

Tales transformaciones se realizarían dentro de una república democrática de nuevo tipo, que tendría un carácter distinto al de la democracia burguesa fundamentalmente por su base social, su organización desde abajo hacia arriba y sus objetivos finales los cuales serían socialistas. Las tesis de Mao se habían planteado en su trabajo *La nueva democracia*, escrito en 1939, pero su influencia solo viene a ejercerse de manera significativa con el triunfo de la Revolución china en 1949, lo que llevó a los partidos comunistas del llamado “Tercer Mundo” a postular esas mismas tesis para sus respectivos países, en una asimilación muchas veces bastante mecánica. A partir de 1954, después de la muerte de Stalin y después de la caída de Mólotov, que representaba el sucesor de Stalin más directamente ligado a la política del “zdanovismo” que predominó entre 1946 y 1952, dentro del movimiento comunista mundial empezó a afirmarse una nueva corriente que vino a imponerse definitivamente en 1958, después de una breve transición entre 1954 y 1958 en que se produjo una amplia discusión dentro del movimiento comunista mundial, en la cual la influencia yugoslava ejerció un papel bastante importante sobre todo después de la reconciliación entre la URSS y Yugoslavia.

Durante este período de discusión en Chile se desarrolló con una fuerza política bastante significativa, un intento del Frente de Trabajadores entre el Partido Comunista y el Socialista, bajo una inspiración más bien socialista, que recogía las tesis del frente único de 1920 y que seguía una línea teórica en esa dirección. Después de 1958, en que triunfó definitivamente a nivel internacional la concepción jruchevista de la coexistencia pacífica, se impuso la interpretación de la lucha en los países coloniales y dependientes como de contenido nacionalista y democrático, conformando por lo tanto un amplio frente en el que participaba la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía, las clases medias asalariadas y las burguesías nacionales. En algunos casos

se planteaba la posibilidad de que incluso algunos sectores latifundistas integrasen ese frente en la medida en que ellos tuviesen intereses antimperialistas.

Según esa concepción, la contradicción principal de la sociedad latinoamericana era entre las naciones que la componían y el imperialismo, y por lo tanto este era el enemigo principal del movimiento popular.

En segundo término, se encontraban sus aliados internos: la oligarquía, sus socios locales y sus agentes. Estos estaban representados por el latifundio (a pesar de que, como vimos, en algunos casos particulares se admitía la posibilidad de que sectores latifundistas tomaran una posición antiimperialista), los comerciantes dedicados al comercio exterior (en general aliados al imperialismo), sectores de la pequeña burguesía y de la clase media vendidos al imperialismo, partes del aparato de represión, etcétera.

Contra estos enemigos se planteaba el amplio frente nacional y democrático. Por lo tanto, la hegemonía obrera no era una condición para formarlo sino que era un elemento a disputar y luchar por ella en su interior. De acuerdo con esta concepción, se apoyó al gobierno de Frondizi en Argentina, se participó en los gobiernos de Kubitschek y Goulart en Brasil y de Sukarno en Indonesia, se apoyaron a los candidatos del Partido Demócrata en los EE.UU., se planteó una política europea bastante pasiva, sin un programa de gobierno definido, sino más bien apoyando o atacando ciertas medidas concretas de los gobiernos burgueses.

Muchos ejemplos más podrían ilustrar esta política internacional jruchevista prolongada hasta 1968 cuando, bajo el impacto del problema checo, del Mayo francés y otros movimientos de masa similares, de los efectos de la más importante crisis del capitalismo norteamericano y europeo en la posguerra, se empezó a notar un importante cambio en las líneas políticas de los partidos comunistas definidas por una posición más ofensiva en el plano internacional.

Como reacción a la política jruchevista y como consecuencia de ciertos aspectos de la política asiática del PC-URSS y del modelo de relaciones entre los partidos comunistas, surgió la oposición del

PC de China, primero dentro del movimiento internacional comunista entre 1958 y 1961, luego provocando divisiones y formando facciones en varios partidos comunistas y, finalmente, siendo excluido de las reuniones internacionales (a pesar del fracaso de Jrushchov en lograr una declaración explícita de exclusión del PC chino de la comunidad internacional de partidos comunistas).

La polémica chino-soviética, con su intercambio de cartas, declaraciones e insultos, fue un factor fundamental en la coyuntura internacional de 1958 a 1968. Durante este período el imperialismo se había visto profundamente sacudido, principalmente entre los años 1958 y 1961. La economía norteamericana había vivido una rápida pero profunda depresión en 1958, seguida de una pequeña recuperación en 1959 y un semiestancamiento en 1960 y comienzos de 1961. A este receso y estancamiento se sumó una fuerte inflación que hacía prever una difícil recuperación económica. Tales hechos se hacían aún más dramáticos al constatarse los altos índices de crecimiento que mostraban Europa Occidental y Japón en la década del 50, los cuales posibilitaban un cambio en la correlación de fuerzas en el interior del mundo capitalista. El desempleo y la política antiinflacionaria llevó a fuertes enfrentamientos del gobierno republicano con las directivas sindicales y puso en el orden del día el carácter anticíclico de la industria de guerra y la acción poderosa del "complejo industrial-militar" que denunció el propio Eisenhower, en 1958.

Asimismo, Estados Unidos en su conjunto estaba perplejo por el lanzamiento del *Sputnik* por la Unión Soviética, que además de haber demostrado una evidente superioridad técnica sobre el gigante norteamericano, parecía permitir la posibilidad estratégica de bombardear a EE.UU. desde la estratósfera. En las esferas económicas, políticas y militares de la clase dominante empieza un amplio debate sobre la manera de contrarrestar el avance soviético, la crisis económica, la inquietud obrera y las consecuentes dificultades internacionales de EE.UU.. De este debate surgió el programa de gobierno de Kennedy caracterizado por una enorme ofensiva norteamericana en todos los planos.

Las revoluciones latinoamericanas en la década del 50

Fue en el contexto de esa política de los partidos comunistas y de tal coyuntura internacional que se produjo el proceso revolucionario cubano, que modificó profundamente el cuadro político latinoamericano.

La experiencia más avanzada del nacionalismo democrático en América Latina se había desarrollado en Bolivia como producto de la revolución de 1952. Esta revolución había sido realizada por obreros y campesinos y dirigida por importantes sectores de la pequeña burguesía. Los obreros y campesinos destruyeron el ejército regular y organizaron un poder revolucionario en base a las milicias obreras y campesinas, realizaron la nacionalización del estaño, que pasaron a explotar a través de una empresa estatal bajo el control de los obreros, y realizaron una reforma agraria de contenido esencialmente democrático, basada en la división de las tierras (hay que señalar, sin embargo, el contenido pequeño burgués de la reforma agraria boliviana que buscó formar un campesinado de pequeños propietarios y minifundios antieconómicos). Dada la ausencia de un fuerte desarrollo capitalista hacia el mercado interno y dada la inmensa población campesina de origen indígena en relación a la pequeña extensión de la tierra dividida, que alcanzó solamente la zona más habitada del altiplano, estos pequeños propietarios no llegaron a desarrollar una agricultura capitalista, quedándose más bien en una economía de trueque directo y minifundista. En las regiones donde había mejores tierras, en general aún vírgenes, se produjo posteriormente una concentración de tierra en base a la colonización agrícola, la más importante en el estado de Santa Cruz, en la frontera con Brasil.

Respecto a la clase obrera, esta estaba fundamentalmente vinculada a la extracción y, a pesar de su intento de formar una empresa de fundición del estaño, industrializar el país y utilizar más racionalmente los recursos naturales, su política de desarrollo fue fundamentalmente perjudicada por el sabotaje que sufrió la economía boliviana, como consecuencia de una baja en el precio

del estaño (en parte dentro del movimiento de baja global de las materias primas después de la guerra de Corea, pero también en buena parte por las presiones de los grupos económicos internacionales, en particular la poderosa familia Patiño, en contra de este país). De esta manera, los excedentes producidos en las mismas se redujeron mucho, disminuyendo enormemente las posibilidades de importación de maquinarias, etcétera, para realizar una industrialización importante.

La dirección política pequeñoburguesa, nacionalista y democrática, al ver las dificultades con que tenía que enfrentarse y temiendo la materialización de las tendencias radicalizadoras del movimiento obrero, buscó retomar el contacto con el imperialismo en busca de ayuda económica. Esta le fue dada bajo condiciones muy estrictas, exigiendo la liquidación del movimiento sindical y obrero boliviano, tarea cumplida con gran dedicación y brutalidad.

La dirección del movimiento en mano del MNR logró una gran escisión entre el campesinado y la clase obrera, facilitada en gran medida por ciertas tendencias obreristas dentro de la izquierda boliviana, la cual no fue capaz de estructurar un programa para el campo y realizar una efectiva alianza de clases con el campesinado (habría que tomar en consideración el carácter nacional indígena del campesinado boliviano y las dificultades políticas que tal hecho representa). De tal forma que ya a fines de la década del 50 asistimos a varios enfrentamientos entre milicias campesinas y milicias obreras. Al mismo tiempo, el MNR fue organizando una policía que se convirtió en la base del futuro ejército boliviano, el que posteriormente se adueñó del poder en sustitución del MNR, como fruto de sus divisiones internas y de su incapacidad de generar un camino revolucionario consecuente para Bolivia.

De esta forma, la Revolución boliviana ya a fines de la década del 50 había demostrado su fracaso; que no bastaba que la clase obrera y el campesinado destruyesen la oligarquía y el ejército prooligárquico; que no bastaba que se liquidase el latifundio y que se nacionalizase la principal empresa productora y exportadora; que no bastaba que se formasen milicias obreras y campesinas

para con esto asegurar el paso hacia una sociedad democrática y nacionalista; como se esperaba. Hubiera sido necesario dar continuidad al proceso revolucionario hacia etapas superiores, mantener la unidad obrero-campesina, desarrollar la economía sobre bases estatales, en fin, sentar las bases para la construcción del socialismo.

Por otro lado, en Guatemala, en 1954, se abre una nueva experiencia, luego del largo período del gobierno de Arévalo, en la cual se presenta una agitación bastante grande en contra del gobierno republicano de EE.UU. y del dominio imperialista de la United Fruit, empresa norteamericana exportadora y dominadora de la producción agrícola de este país. El general Jacobo Árbenz, elegido presidente en un vasto movimiento popular, en el cuadro de una América Latina que todavía estaba bajo el impacto de la Revolución boliviana, del peronismo, del varguismo y de otras expresiones populistas, se plantea una reforma agraria para Guatemala que habría de empezar con la afectación de propiedad de la United Fruit.

Inmediatamente después, el imperialismo organiza, a través de la CIA, una operación hoy día pública y confesa: la invasión de Guatemala, que contó con el apoyo de los sectores de la oligarquía y del ejército, que se habían asustado con las medidas de carácter nacionalista y democrático que anunciaba Árbenz. Las masas populares se levantan y exigen armas a Árbenz. Pero Él prefiere retirarse para evitar la guerra civil. La experiencia boliviana ya había demostrado que una guerra civil significaba que las milicias obreras y campesinas asumirían un papel muy relevante, creando una situación bastante difícil para las direcciones nacionalistas pequeño burguesas.

También Perón en Argentina había sido obligado a renunciar al gobierno por un golpe de estado militar y, a pesar del vasto apoyo de masas que recibió, prefirió entregar el poder a llevar a su país a la guerra civil. Es decir, a llevar al país a una lucha de contenido revolucionario que rebasaba sus concepciones políticas populistas y nacionalistas. Lo mismo pasó con Vargas en Brasil quien, frente a

un complot públicamente dirigido por Carlos Lacerda, con apoyo claro de la embajada norteamericana, no retrocede en su programa nacionalista pero prefiere el suicidio, dejando una carta testamento en manos de su sucesor político Joao Goulart, en que plantea dramáticamente su política nacionalista y llama a los trabajadores a dirigir ellos mismos este programa de lucha en contra del imperialismo.

También en Chile González Videla, que había llegado al gobierno con el apoyo de un sector del Partido Socialista y que anunciaba una política de tipo populista, e incluso una alianza con Perón y Vargas, retrocede en sus posiciones bajo fuerte presión internacional, rompiendo con el ala izquierda de su gobierno y entregándose al FMI y a la política imperialista. Fue en este contexto continental, que supone una amplia acumulación de experiencias en el cual, en 1958, se realizan dos procesos revolucionarios en América Latina, la Revolución cubana que derrumbó la dictadura de Batista y la Revolución Venezolana que derrumbó la dictadura de Pérez Jiménez.

Dos caminos divergentes del 60: Cuba y Venezuela

Estos dos procesos revolucionarios siguieron caminos bastante distintos. En el caso de la Revolución cubana, el movimiento revolucionario llegó en un primer momento —en forma limitada—, a ser dominado por una fracción del movimiento liberal, que tomó el poder luego de la fuga de Batista, antes de que las tropas revolucionarias llegasen a La Habana y que, bajo la dirección de Urrutia, formó un gobierno provisorio que entregó al comandante del Ejército Revolucionario la Comandancia Militar. Se intentaba así establecer un esquema de conciliación entre las distintas fuerzas que emergieron luego de la caída final de Batista, es decir, el grupo liberal, el Movimiento 26 de Julio y el PSP (Partido Socialista Popular), que dirigieron en gran parte la huelga general de trabajadores; el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y que junto con el 26 de Julio dirigieron la resistencia urbana, y por último el Ejército Rebelde, que había dirigido el movimiento armado en su

conjunto al conducir las acciones guerrilleras, las acciones regulares del ejército, la resistencia urbana, la huelga general, etcétera y, por lo tanto, se había convertido en la verdadera fuerza unificadora y centralizadora para el derrocamiento de Batista.

La pretensión del gabinete Urrutia de establecer una democracia liberal en Cuba significaba de hecho una desviación del proceso revolucionario, que en su fase final habría de transformarse en una profunda alianza entre el campesinado revolucionario dirigido por el Ejército Rebelde, el proletariado rural y urbano presente en la resistencia y en la huelga general, y la pequeña burguesía representada también en la resistencia urbana. Estos sectores eran las fuerzas dominantes y fundamentales del proceso revolucionario. A diferencia del sector que había intentado usurpar el proceso, para ellos la lucha en contra de Batista no tenía solamente un contenido liberal. La dirección política de la revolución había conocido de cerca la experiencia de Bolivia, donde había estado Raúl Castro, y la experiencia en Guatemala, donde había estado el Che Guevara. Fidel y el Che habían conocido también la experiencia boliviana en su fase fracasada. Estos revolucionarios asimismo conocían la experiencia de Perón y de Vargas, y no estaban dispuestos a aceptar esta usurpación y la limitación del proceso revolucionario a contenidos meramente liberales. Ellos estaban dispuestos a llevar hacia adelante la reforma agraria y crear las condiciones para la industrialización, moralizar la vida pública y establecer la verdadera independencia del país frente al imperialismo. Sabían que para dar la lucha había que disponer de fuerzas populares movilizadas y armadas, como lo había demostrado la situación en Guatemala, y necesitaban llevar adelante el proceso revolucionario hasta las últimas consecuencias, para evitar una situación similar a la de Bolivia.

Las condiciones estructurales de la economía cubana posibilitaban una evolución distinta de la que se dio en esos países del proceso revolucionario. Por un lado, la unión entre el campesinado y la clase obrera era cada vez más factible y directa, pues el desarrollo del capitalismo agrario era enorme y gran parte del

proletariado cubano era más bien un proletariado rural semindustrial ligado a la economía agroindustrial del azúcar o del tabaco. Por otro lado, el movimiento democrático cubano tenía una larga tradición de vínculo con el movimiento popular, lo cual se había manifestado desde la época de Martí, quien había impuesto ya en aquel entonces un contenido democrático social al proceso de liberación nacional de Cuba.

Igualmente, el pensamiento de la pequeña burguesía cubana estaba impregnado por un fuerte antiimperialismo norteamericano debido a la experiencia directa de violación de su independencia nacional por parte de EE.UU. Todos estos factores generaban la posibilidad de una alianza profunda de la pequeña burguesía revolucionaria, el campesinado y el proletariado cubano. Fue así como Fidel Castro, poco tiempo después del ascenso de Urrutia, cuestionó el camino liberal formal que este planteaba y que consistía en postergar las cuestiones fundamentales como la reforma agraria, la moralización pública y la lucha antiimperialista, para poner en primer plano la cuestión constitucional y electoral y es así como en una enorme manifestación en la Plaza de la Revolución, el campesinado y el proletariado cubano junto al Ejército Rebelde exigen la abdicación de Urrutia y colocan a Fidel Castro como primer ministro, exigen la reforma agraria y empiezan un proceso revolucionario de consecuencias muy profundas para América Latina.

Los difíciles caminos de la Revolución cubana y latinoamericana se convirtieron en una importante fuente de enseñanza para los pueblos de nuestro subcontinente, a pesar que, muchos buscaron copiar sus aspectos exteriores y no su contenido esencial. Tenemos el caso del vecino país venezolano. En este, las fuerzas revolucionarias que derrumbaron la dictadura de Pérez Jiménez, en las cuales predominaban Acción Democrática, el Partido Comunista y amplios sectores nacionalistas y democráticos de las fuerzas armadas, dejándose llevar por el camino "electoral" canalizando el proceso revolucionario hacia la instalación de una república burguesa. Los resultados fueron evidentemente desastrosos. Luego del golpe, Venezuela cambió su estructura social de modo notorio en favor de

las masas, pero Rómulo Betancourt, llevado al poder por las elecciones, siguió su camino derechista, recurriendo incluso a la represión y al fortalecimiento de las fuerzas armadas como única fórmula para paralizar las reivindicaciones del ala izquierda de Acción Democrática (que vino a dar origen al MIR venezolano), del Partido Comunista y otras fuerzas democráticas que expresaban las inquietudes del movimiento estudiantil, de los sectores más pobres de la población urbana (los "ranchos" de Caracas) y del campesinado.

Es así como Venezuela se ve conducida a una intensa guerra civil entre estas fuerzas populares unificadas en el Frente de Liberación Nacional y las fuerzas liberales, fuertemente sustentadas en el ala derecha de las fuerzas armadas (un sector izquierdista de las mismas se adhirió a la izquierda, en los levantamientos de Carúpano, Puerto Cabello y en otras oportunidades menores), en el imperialismo y en el gran capital nacional. Al lado de los fuertes instrumentos de represión que creó, Betancourt tenía a su favor la fuerza de la lucha democrática en contra de Pérez Jiménez y algunas reformas sociales que realizó su gobierno (distribución de tierras, plan escolar de habitación, etcétera), con lo cual logró aislar a las fuerzas insurreccionales. Al mismo tiempo, contó con el apoyo de la Alianza para el Progreso y una política externa norteamericana flexible y ofensiva, sobre todo en los planos, solo contradictorios en apariencia, las reformas, por un lado, y la acción militar antiinsurreccional, por el otro. Asimismo, la recuperación y el boom económico de los años 1961-1966, dotaban a EE.UU. y al mundo capitalista de un mayor poder de maniobra y de hecho se convirtió en la base para la política internacional ofensiva de Kennedy y Johnson, hasta su fracaso entre 1967 y 1968.

De esta manera, el movimiento revolucionario venezolano se estrelló contra fuerzas sociales y económicas muy poderosas y fracasó frente a la democracia burguesa que él había ayudado a consolidar y frente a la cual después se rebeló sin ninguna posibilidad de triunfo. La diferencia con la Revolución cubana se hizo así notoria y ha servido de marco a una profunda reflexión posterior. De un lado, se hizo una crítica sectaria y equivocada del proceso venezolano, entre otros, por parte de Régis Debray (en su libro de 1966, *Revolución en la*

Revolución) quien explicaba el fracaso venezolano por el papel dominante del Partido Comunista y de las direcciones urbanas, creyendo encontrar la solución del fracaso en la "purificación" del movimiento revolucionario sometiéndolo totalmente a la dirección guerrillera. Esta concepción fundamentó en gran medida el intento guerrillero del Che Guevara en Bolivia y otras experiencias realizadas en el marco de la OLAS entre 1967 y 1969, siendo desarrollada posteriormente por los movimientos de guerrilla urbana de 1969 en adelante, inspirados en los Tupamaros de Uruguay, ellos hacían énfasis en la organización militar urbana y no en la guerrilla rural.

Por otro lado, Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, dirigentes del PC venezolano, una de las principales bases del Frente Armado de Liberación Nacional, iniciaron un proceso de autocrítica que empezó por plantear la tesis del repliegue y posteriormente de la tregua o la "paz democrática", y terminó por desechar completamente la lucha armada como método de lucha inmediata. Posteriormente, en 1971, los dirigentes del MIR que no siguieron a su primer teórico y dirigente, Domingo Rangel, quien primero autocrítico el camino guerrillero, continuaron por este mismo camino, quedando así en las montañas solo pequeños grupos guerrilleros. De esta manera, la oposición de izquierda venezolana (hoy día aumentada por la escisión en Acción Democrática, dio origen al Movimiento Electoral del Pueblo, en claro proceso de radicalización ideológica y política), en el contexto de la crisis mundial que se inicia en 1968, se vio en la situación de no poder utilizar las circunstancias revolucionarias y de tener que conformarse con ser una oposición ideológica y política al interior del régimen que, de una u otra manera ella misma ayudó a crear. Hoy día las fuerzas de izquierda venezolanas recomienzan el arduo camino iniciado en 1958 y repentinamente abandonado en 1961, dando origen a un enfrentamiento armado frustrado. Los partidos de izquierda se presentan a las elecciones de 1973 divididos en dos candidaturas presidenciales.

El ejemplo venezolano es muy importante. Revela que la historia no brinda en todo momento la alternativa revolucionaria. Incapacitados para profundizar el movimiento revolucionario

de 1958, cuando se presentaba la oportunidad histórica, los revolucionarios venezolanos lo intentaron mucho después, cuando la democracia burguesa ya empezaba a consolidarse. Por otro lado, los revolucionarios venezolanos mantuvieron como bandera un programa nacionalista y democrático que Acción Democrática y posteriormente la democracia cristiana no tuvieron ningún problema en agitar (realizándolo en una parte no fundamental, pero suficiente para contentar a la pequeña burguesía). La radicalización en sus métodos de lucha, su inflexibilidad táctica, su confusión programática, no podían resolver la situación contradictoria en que se había ubicado la izquierda venezolana.

La experiencia latinoamericana y la UP

La experiencia de la Unidad Popular surge en el marco de este proceso histórico tan complejo. Por varias razones, la izquierda chilena tuvo mucho qué aprender con estos hechos.

Primero, porque ella se encontraba lo suficientemente fuerte e ideológicamente madura como para acumular conocimientos y no dejarse arrastrar por una imitación de las tácticas de la Revolución cubana, como lo hicieron otras fuerzas políticas, principalmente grupos venezolanos, guatemaltecos y peruanos, entre otros. Esto no quiere decir que en Chile no surgieron intentos, ellos no prosperaron suficientemente y fueron matizados por un realismo político que venía de las ricas experiencias de la vanguardia chilena. Tampoco se encontraba esta bajo la hegemonía burguesa o populista como la izquierda brasileña y argentina antes de 1964-65, cuando estos países se lanzaron en un camino derechista dando origen a otro cuadro político de tipo insurreccional, pero esta vez bajo una fuerte influencia foquista, de un lado, o anarquista ("marxista", como se la ha designado), de otro.

Segundo, porque ella pudo, apoyada en esta fuerza, mantener un clima democrático de libre información que le permitía estar al día con el proceso latinoamericano de modo muy directo.

Tercero, porque la experiencia del reformismo democrático-cristiano, con la ayuda de la Alianza para el Progreso, había llevado hasta sus últimas consecuencias el programa modernizante del imperialismo y de los sectores burgueses nacionales, mostrando sus verdaderos límites a las grandes masas.

Es importante también tomar en consideración el papel que desempeñó en este proceso el clima intelectual generado por la conjunción en Chile de teóricos e investigadores latinoamericanos, que habían vivido importantes experiencias económicas y políticas nacionales, que intercambiaron sus experiencias con los científicos chilenos para hacer de este país el centro irradiador de una corriente de pensamiento que, a través de una redefinición del estudio del subdesarrollo y de la dependencia, dio origen a un importante conjunto de ensayos, artículos e investigaciones sobre la dependencia y su nuevo carácter.

Estos estudios mostraron varias tesis importantes: en primer lugar, que América Latina no era feudal, sino que correspondía más bien a una especie de economía capitalista dependiente y que no se justificaba caracterizar su revolución como nacional y democrática, tesis que al final fue comprobada en la práctica por la Revolución Cubana. Algunos teóricos han deformado esta tesis planteando que América Latina siempre fue capitalista y que la revolución latinoamericana, por ser socialista, no suponía una etapa esencialmente democrática y antiimperialista. Pero, la riqueza del debate teórico-político en el país permitió corregir este error y comprender no solo que había importantes rasgos precapitalistas en América Latina y en Chile, debido a lo cual la revolución tendría que cumplir con una primera etapa —dentro de un proceso general socialista— de destrucción de la dominación imperialista-monopólica y oligárquica, para, en base a esto, iniciar un desarrollo socialista.

En segundo lugar, se pudo demostrar, a través del análisis de experiencias económicamente más avanzadas que la chilena, como son la brasileña y la argentina, que el desarrollo industrial capitalista dependiente se hacía a través de un proceso de desnacionalización de la propiedad industrial, concentración económica y

del ingreso, creciente dependencia tecnológica del imperialismo, endeudamiento acumulado, etcétera. Al analizar la experiencia chilena se pudieron detectar estos mismos procesos en fuerte aumento durante el gobierno demócrata cristiano. Muchos intelectuales que creían en el camino reformista de la democracia cristiana fueron convencidos por los hechos de las consecuencias desastrosas de la política del “desarrollo en libertad”

En el plano de la reforma agraria, estos mismos intelectuales habían visto los límites del reformismo, su imposición de arriba hacia abajo a los campesinos y el restablecimiento de nuevos mecanismos de explotación dentro del campo reformado. Se desmoronaba así el mito de la reforma agraria campesina, y se mostraba claramente la necesidad de que, en términos capitalistas, se crease una economía rural moderna, de grandes empresas y asalariados o, de otra manera, se opusiera a esto un desarrollo socialista de la agricultura.

Tanto las relaciones con el imperialismo como la manera en que se realizó la reforma agraria, demostraron claramente que el camino capitalista solo podía consolidarse por el uso creciente de la fuerza, hecho evidenciado por los muertos de El Salvador, los muertos de la huelga general de 1968, los crímenes de Puerto Montt, etcétera y la aparición de un caudillo militar jefaturando un intento golpista disfrazado de movimiento reivindicativo de las fuerzas armadas. Así se hacía evidente, que el camino del capitalismo dependiente (a fin de superar las nuevas necesidades de la acumulación del capital en la fase de monopolización violenta, agravada por las condiciones de dependencia que sometían la mano de obra a una superexplotación) llevaba necesariamente a gobiernos fuertes en dirección al fascismo, como único régimen permanente capaz de consolidar tales gobiernos. Demostrándose así que el camino brasileño —y en parte el argentino que fracasó en 1973— no era un accidente, sino que representaba la única salida viable a corto plazo para el capitalismo en América Latina.

Todos estos factores tienen un papel decisivo en la elaboración del programa de la Unidad Popular en un momento en que el movimiento obrero en el plano internacional despertaba del largo sueño

de la posguerra, cuando el capitalismo pasa a vivir su más importante crisis económica de este período iniciada en 1967, atenuada en 1968 y reabierto entre 1969 y 1971. En el contexto de esta crisis —muchas veces comparada con la de 1929 por los propios teóricos y dirigentes económicos burgueses—, se desarrollan el Mayo francés, el verano caliente italiano, el Cordobazo argentino, el movimiento de masas mexicano de 1968, la marcha de los 100 mil en Brasil, la Asamblea Popular Boliviana, las “huelgas salvajes” europeas, los movimientos de masas japoneses, etcétera. Tales hechos eran correspondidos en el mundo socialista por la Revolución Cultural China, la Rebelión estudiantil y después obrera de Polonia, la Primavera de Praga, el nacionalismo rumano, etcétera.

En este nuevo contexto, los partidos comunistas reunidos en Moscú en 1969 llegaron a importantes cambios de orientación política, planteando una etapa de “una ofensiva más amplia contra el imperialismo, contra las fuerzas de reacción y la guerra”. Para el caso latinoamericano, habría que tomar en cuenta que entre estos partidos debe considerarse al Partido Comunista Cubano, lo que puede explicar en parte las resoluciones que en la Conferencia se admitiesen: “En esa zona del mundo se desarrollan combativos movimientos democráticos y antiimperialistas, así como procesos revolucionarios que abrirían el camino al socialismo”.

Si sumamos a este hecho la tradición de unidad socialista-comunista en tres procesos electorales y en el viejo Frente Popular y el planteamiento del Partido Socialista del Gobierno de los Trabajadores; podemos encontrar gran parte de los elementos que van a servir de marco de orientación al programa de la Unidad Popular⁶.

Problemas del Desarrollo, N° 16, México, 1973

⁶ Véase el “Programa Básico de la Unidad Popular” en *Problemas del desarrollo*, año II, No. 5, octubre-diciembre de 1970 pp. 138-157. [N. de Ed.]

CAPITULO IV
PROBLEMAS DE LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO
Y LA EXPERIENCIA CHILENA
UN BALANCE DEL SYMPOSIUM⁷

Sintetizar las discusiones sostenidas en el sobre "*La transición al socialismo y la experiencia chilena*", es tarea bastante difícil, pero necesaria. Los debates intelectuales, en general, se caracterizan por la concepción académica de que las discusiones no deben terminar, de que no hay que sacar una consecuencia directa de ellas. Y no podemos quebrar completamente esta regla académica, porque aquí hay muchas posiciones opuestas; no estamos en un partido político y podemos, en todo caso, extraer de la discusión algunos elementos que permitan una cierta acumulación de conocimientos, así como pasar a un nuevo nivel de discusión. Tal es el intento que voy a hacer y pido que se me excuse el carácter incompleto que necesariamente tendrá la relación.

En primer término, me gustaría llamar la atención sobre la riqueza de los debates, no por tratar de valorizar formalmente el *symposium*, sino porque me parece que se configuraron varias posiciones en choque, dentro de un cuadro general del pensamiento marxista. Es verdad que faltaron ciertos matices y posiciones, pero ello no se debió a fallas organizativas, sino a razones

⁷ Publicado en: Varios autores, *Transición al socialismo y la experiencia chilena*, Editorial PLA, 1972, pp. 313-352

que nosotros no pudimos controlar. En primer lugar, faltaron en el debate algunas posiciones representadas por figuras muy importantes que no pudieron venir por razones de última hora, como Althusser, Mandel y Samir Amin. Lamentamos mucho estas ausencias porque ellos hubieran matizado y enriquecido mucho más las discusiones y abierto aún más el abanico de los debates. También estuvo en nuestras preocupaciones hacer un análisis de las experiencias soviética, china, cubana, de Europa Oriental, etcétera. Pero la Comisión de Organización se vio imposibilitada para cubrir todo ese campo, que exigiría casi un nuevo *symposium* con este único tema. Lamentamos, asimismo, en la discusión chilena, la no intervención del presidente de la CUT, que tenía a su cargo un tema fundamental: el de la participación de la clase obrera en Chile.

Realmente el *symposium* quedó trunco por la ausencia de este tema, y nosotros lo lamentamos mucho, pues las conclusiones que tenemos en nuestras manos en este momento, están incompletas por falta de este elemento fundamental del debate. Pero, a pesar de todas estas limitaciones, podemos sacar una lección general muy importante: después de un largo período de profundo sectarismo, de dueños absolutos, el marxismo hoy día permite en su interior un debate bastante amplio, permite una actitud de colaboración intelectual, aún cuando las posiciones sean bastante divergentes. Es decir, este *symposium* expresa un hecho fundamental: dentro del pensamiento marxista, no solo hay en nuestros días un enriquecimiento de posiciones, sino además una disposición al debate, a la discusión, que no conocíamos hasta hace muy pocos años.

Situación actual del debate

A partir de esta consideración general, me gustaría establecer, más que un resumen, algunas impresiones generales, a título de visión de conjunto. La primera es que el marxismo, hoy día, se ha dividido en algunas direcciones de pensamiento más o menos bien definidas, que merecen análisis especial y que exigen una reflexión global y sistemática.

La historia del marxismo está ligada a la historia del movimiento obrero. Su primer gran momento fue la Primera Internacional, en que Marx enfrentaba el anarquismo, aliándose a los cartistas, período en el cual Inglaterra era el centro del movimiento proletario mundial. Este período, terminado con la Comuna de París y con la extinción de la Primera Internacional, abre el nuevo período de la Segunda Internacional, en que el movimiento obrero se hace marxista en su mayoría, con el Partido Social Demócrata alemán como principal centro de ordenación. Este período se termina con la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, y con la apertura de un nuevo período histórico, en que el Partido Comunista de la Unión Soviética pasa a ser el elemento ordenador del movimiento comunista mundial, del movimiento proletario mundial; la Unión Soviética pasa a cumplir la función que anteriormente habían cumplido Inglaterra y Alemania. Este período es bastante importante para la comprensión de las discusiones que tuvimos y de las líneas que el marxismo sigue hoy día. Podemos afirmar que, durante él, el leninismo pasó a ser el centro de ordenación del pensamiento marxista. La doctrina leninista tenía como principales elementos la teoría del imperialismo, la teoría del partido y la teoría del poder político de los sóviets. Esto la individualizaba frente a la elaboración teórica anterior. Sin embargo, el pensamiento leninista a finales de la década del 20 se separó en dos grandes corrientes: una aplastante y absolutamente dominante; otra, bastante minoritaria y casi residual que fueron, de un lado, el stalinismo, y de otro, el trotskismo. Realmente, existían otras corrientes pero ellas quedaron profundamente aplastadas. Tal es el caso de los seguidores de Bujarin, que formaron una tendencia específica en los años 20 sin lograr continuidad, a pesar de la influencia intelectual que él ejerció en un cierto período de la Internacional. Igualmente, el de una corriente muy residual, que fue la corriente brandleriana, el grupo alemán que se desprendió de la Internacional, en las luchas del 25 y 26, reunido en torno a Thalheimer y Brandler. En fin, en este conjunto, el elemento dominante era innegablemente el estalinismo, y como vimos en nuestras discusiones, él se caracterizaba, en primer lugar,

desde el punto de vista político, por la teoría de la construcción del socialismo en un solo país, es decir, por la justificación de la Unión Soviética como país socialista; en segundo lugar, el estalinismo se basaba en la definición de la Unión Soviética como base del internacionalismo y como patria del socialismo, y de la defensa de la Unión Soviética como tarea fundamental del movimiento comunista mundial; en tercer lugar, se caracterizaba por un concepto bastante específico del partido revolucionario, entendido como fuertemente monolítico, sin fracciones ni tendencias. Todas estas tesis eran presentadas como una aplicación sistemática del leninismo. El peso de esta corriente sobre el pensamiento contemporáneo marxista es indudablemente muy fuerte. Antes que nada, por los ejemplos históricos que la Unión Soviética ha dado, sea a través de la construcción material del socialismo, sea por la victoria sobre la invasión nazi, o por su gran desarrollo tecnológico después de la Segunda Guerra Mundial. Estos éxitos han garantizado el prestigio soviético a nivel internacional, como asimismo, su papel de orientador del movimiento comunista mundial. Por otro lado, también es necesario tomar en consideración que algunas corrientes no leninistas subsistieron en el marxismo, particularmente en torno a la orientación luxemburguista, que mantenía su posición marxista sin adherir al leninismo. Estas corrientes se referían a una cuestión de partido y a la relación vanguardia-masa.

La posguerra empieza a crear, con el surgimiento del bloque socialista, una gran diversidad de experiencias concretas de transición al socialismo y, al hacerlo, empieza a generar las condiciones para un mayor debate y una mayor diversidad de posiciones dentro del marxismo. La Revolución Yugoslava, sobre todo, abre camino a una corriente de derecha, en torno a una concepción del humanismo abstracto y tomando al liberalismo, al reformismo y al pacifismo como sus principales banderas, abre camino a un tipo de revisionismo contemporáneo que es de gran significación en el cuadro actual del pensamiento marxista, porque hay que incorporar a él todas estas corrientes que se dicen marxistas, para rechazarlas en el curso del debate general. Por otro lado, las revoluciones

de liberación nacional en los países subdesarrollados, han abierto camino a una reivindicación del marxismo por parte de movimientos de tipo fundamentalmente nacionalistas; asimismo, la experiencia del movimiento estudiantil de los años 60 abrió otras corrientes marxistas, con la evolución de la “nueva izquierda”, la cual se inicia en una perspectiva liberal radicalizada y se orienta hacia una perspectiva marxista bajo la influencia del Tercer Mundo. Así también se ve a la nueva izquierda, preocupada en los problemas de las sociedades avanzadas, la cuestión tecnológica, la sociedad de masas, el “nuevo proletariado”, etcétera. Todo esto genera un nuevo marco problemático del cual tiene que dar cuenta el pensamiento marxista. Sartre y Marcuse se mezclan a los movimientos estudiantiles y estos con el movimiento obrero, particularmente en mayo de 1968, en Francia. Por fin, la Revolución Cultural China es otro elemento importante que plantea nuevos problemas dentro de la experiencia histórica del marxismo y replantea la cuestión de la revolución mundial. Creo que este amplio abanico que se fue abriendo dentro del marxismo crea hoy día una situación de cierta confusión aparente, e indudablemente hace del estudio histórico del marxismo, de la distinción entre las diversas corrientes, un problema concreto en la definición política, intelectual y metodológica; no es posible que todas estas corrientes sean marxistas, es decir, considerando al marxismo una ciencia, no es posible que todas estas orientaciones sean correctas. En algún momento, el debate va a tener que establecer una posición dominante otra vez, por razones de corrección de pensamiento.

El *symposium*, en cierta forma, nos permitió ver realmente que este abanico existe y que hay una actitud de debate bastante honesta por parte de las distintas fuerzas que componen el panorama general. Pero habría que precisar un poco más los elementos en debate; tal es la segunda impresión que me parece dejar el *symposium*, además de una profundización en la discusión metodológica, que aquí se dejó en plano muy secundario. Es necesaria una profundización en la teoría económica, social y política y, particularmente, una apertura hacia una problemática nueva; no

históricamente nueva, porque tiene una tradición más o menos larga y no es un problema que se está planteando por primera vez, sino que se retoma ahora en un marco nuevo y más complejo. Se puede afirmar que hay un camino abierto, hay una temática constituida en torno al problema de la transición al socialismo. Al respecto, me parece que el *symposium* permite demostrar que lo más importante es sobre todo el intento de rediscutir el socialismo como modo de producción o como formación social. Y estos intentos no son absolutamente nuevos, hay algunos precedentes en esa dirección. Sin embargo, parece haber una cierta aceptación general de que estos precedentes no son suficientes, que no se llegó a un nivel teórico suficientemente desarrollado para tener bases sólidas en que apoyarse. También vimos que hay todavía una tendencia de estos estudios a quedarse en un nivel esencialmente analítico, como lo dijo Paul Sweezy hoy en la mañana. Es decir, se trata de precisar los conceptos, de separar los elementos que componen este conjunto nuevo a estudiar, que es la sociedad de transición. Pero creo que podemos llegar al acuerdo general de que las interpretaciones históricas son bastante insuficientes y que los estudios históricos están todavía en estado muy preliminar, y ellos se hacen necesarios para que estas categorías puedan operar, realmente, sobre los procesos concretos y enriquecerse como categorías que expresan un movimiento histórico concreto, un proceso dialéctico. Finalmente vimos en el cuadro de esta discusión, a pesar de que este aspecto fue en cierta forma subestimado en el *symposium*, que no hay duda de que la visión del proceso internacional es un elemento fundamental que hay que tomar en cuenta para poder estudiar esta formación socioeconómica de transición como ella existe, es decir, en relación con una estructura capitalista mundial, como posibilidad de desarrollo histórico. De esto surgiría la tercera impresión que me parece dejar bastante clara el *symposium*: el debate y el estudio de los problemas de la transición están todavía en un estado inicial, deben pasar por cierto período de demistificación que sería bastante largo todavía, puesto que hemos reconocido, casi unánimemente, que existen contradicciones en el interior

de las sociedades socialistas, y, por lo tanto, existen intereses en ellas y en el movimiento obrero mundial, en el cual vamos a tener que clarificar ciertos términos y admitir ciertas cosas. Creo que ya ganamos históricamente una situación que nos permite admitir ciertos hechos que no se podían admitir hace muy poco tiempo atrás. Parece quedar bastante clara de este *symposium* la impresión de que la definición del comunismo como régimen económico-social ya no es un problema académico, sino una cuestión presente en nuestros días, quizás no en la exigencia de una solución inmediata, sino en la exigencia de un planteamiento correcto para orientar las transformaciones revolucionarias en la actualidad. Esto como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas en los países socialistas, que parece cuestionar las formas de organización social, económica y política de estos países en forma mundial, pero también, y sobre todo, como resultado de la gran ola revolucionaria, del gran desarrollo del movimiento popular en los últimos 3 ó 4 años, no solamente en Europa. Nosotros vimos los fenómenos del 1968 europeo, no solo en Europa, donde alcanzó su auge con el Mayo Francés, sino también en Japón, en Latinoamérica. Los "cordobazos" deben tener para nosotros la misma importancia política, la misma importancia teórica que el Mayo Francés, en las condiciones nuestras. La experiencia mexicana tiene que ser incorporada en nuestra problemática; la experiencia de los movimientos revolucionarios recientes de América Latina, tienen que inscribirse, realmente, en la temática teórica latinoamericana, y tiene que haber tenido consecuencias sobre nuestro desarrollo teórico; además, evidentemente, la experiencia que empezó hace 10 años, pero que aún está viva y presente, de la Revolución cubana.

Creemos, y es esta una impresión que nace también de este debate, que los países subdesarrollados no tienen más un rol pasivo en el proceso de esa transformación internacional. Nosotros fuimos relegados durante un largo período histórico a ser especialistas de nosotros mismos. El máximo que Estados Unidos y Europa nos han permitido por mucho tiempo era el derecho de hablar sobre América Latina, pero evidentemente el pensamiento

latinoamericano no entraba en el nivel de la discusión teórica general del marxismo. Esto se reforzaba, además, en los años 50, porque los propios latinoamericanos, asumiendo una perspectiva existencialista, buscaban afirmar su originalidad regional y nacional. Esta actitud formaba parte del intento de afirmación cultural de las burguesías nacionales. Pero el elemento ideológico es muy fuerte, y nosotros nos habíamos determinado a reducirnos a la condición de analistas de nosotros mismos, con instrumentos teóricos generados afuera y revisados a la luz de nuestra experiencia. Este *symposium* de alguna forma demuestra que nosotros ya podemos ocupar un papel en la elaboración de los propios instrumentos teóricos; que nosotros podemos superar la condición de ser simplemente aplicadores de instrumentos teóricos generados en el exterior. Esta nueva situación expresa no solo el desarrollo intelectual latinoamericano, sino que yo creo que representa, sobre todo, la afirmación histórica del proletariado latinoamericano. Creo que el proletariado latinoamericano empieza a entrar en la historia del proletariado. Y al entrar en la historia se entra en la historia del mundo y no solamente en la historia de América Latina. Básicamente, desde este punto de vista, hay que considerar que la posición que ocupamos en el sistema económico internacional nos hace percibir de manera mucho más aguda muchos problemas y nos obliga a redefinir una serie de cuestiones teóricas importantes. La preocupación metodológica se acentúa cada día, y se acentúa no como producto de discusiones académicas, puesto que nosotros debemos entender que teoría y academia no son la misma cosa, a pesar de que tendemos muchas veces a identificarlas, que ellas elevan el nivel del debate teórico y el nivel de las preocupaciones y que la propia realidad exige una redefinición metodológica, para poder aprender una serie de fenómenos que no estaban en el centro de preocupación del pensamiento europeo, incluso del pensamiento marxista. Por ello pienso que difícilmente se podría realizar en este momento, en Europa, un *symposium* como este, con la cantidad de participantes y el nivel de participación a que se

llegó, desde un punto de vista general, a pesar del interés que existe por el marxismo en todo el mundo.

Las cuestiones más relevantes

Después de referirme a estas impresiones generales, creo que es tiempo de intentar resumir los puntos que quedaron en el tapete para su discusión. Es decir, abrir camino a un programa de estudio que, como propuso hoy día Hinkelammert, debe ser un programa de estudio común. Creo que debemos intentarlo no sólo nosotros en Chile y otros países de América Latina, sino también Italia, EE.UU., Francia y otros países, haciendo un trabajo de estudio común de algunos problemas cruciales para el desarrollo del movimiento comunista internacional.

De los problemas que discutimos aquí, quedó en el centro de las discusiones: ¿Cuándo empieza la transición al socialismo? La pregunta se formula considerando la actual experiencia chilena, que es de difícil definición. Se abrieron algunos caminos para su respuesta. Antes que nada, solo se puede hablar de una transición al socialismo desde el momento en que el poder pasa a la clase obrera.

Esta afirmación, muy general, tiene varias consecuencias; dado que en Chile no hay aún un Estado obrero ¿cómo caracterizar el período que vive en este momento? Las discusiones no respondieron muy claramente esta pregunta y me gustaría intentar responderla. Hay momentos históricos muy importantes que quedan olvidados y poco estudiados, porque una etapa histórica posterior los anula, y se tiende entonces a creer que el período no tuvo importancia. Yo llamaría la atención, por ejemplo, hacia períodos como aquel entre la primera y la segunda revolución de 1917 en Rusia, es decir, el período que va de febrero a octubre. No hubo casi en la discusión marxista una preocupación en definirlo. Recuerdo que Lenin lo definió como un período esencialmente democrático, en que se creaban las condiciones para una democracia total; Lenin dice:

aquí, en este momento, en Rusia, nosotros vivimos las condiciones más democráticas del mundo, y sepamos utilizar estas condiciones. Es decir, un período en que la derecha pierde su poder, pierde su capacidad de hacer una ofensiva, de controlar la situación política y las masas ganan entonces una gran capacidad de acción propia.

Me parece bastante claro que en estos períodos nacen o se crean condiciones para desarrollar aquello que Lenin va a caracterizar en abril como una dualidad de poderes. Es decir, estas condiciones democráticas permiten el surgimiento de un poder obrero frente a un poder burgués que se presenta entonces como un poder reformado. Nuestras discusiones, sobre todo en lo que se refiere a la cultura, demuestran que el poder burgués, hoy día, en Chile —y siempre en estos países, y en estos momentos— es un poder burgués reformado; no se presenta más con la cara anterior. Esta situación se traducía en Rusia en el hecho de que, en la confrontación entre los sóviets y el gobierno provisorio, los mencheviques y los partidos burgueses buscaban transformar los sóviets, es decir, el poder obrero y campesino naciente, en órgano de colaboración del gobierno provisorio. Situaciones similares se pueden encontrar otra vez en la historia con ritmos distintos, en períodos más o menos largos. Yo llamaría la atención sobre la necesidad de caracterizar el período que va, entre 1945 y 1949, en China, y entre 1947 y 1948, en Europa Oriental, es decir, el período de la alianza entre socialdemócratas, liberales y comunistas en Europa Oriental, el cual lleva a un choque posterior entre las fuerzas que componían esta alianza y que terminó en una confrontación entre esas fuerzas y en la imposición, en la mayoría de los casos, de los partidos comunistas, apoyados en los movimientos obreros y en el ejército rojo. Llamaría, asimismo, la atención sobre un período de la Revolución cubana, al que no se ha dado casi ninguna importancia: el que va desde la toma del poder por una coalición de fuerzas, una de las cuales solamente era el ejército rebelde, la cual lleva a Urrutia al poder. En este período tiene un rol muy importante la definición política del ejército rebelde, que cuestiona en cierto momento la incapacidad

de Urrutia de tomar cualquiera de las medidas democráticas, que se habían planteado en el período anterior y que entrega el poder al Comandante Fidel Castro, convirtiéndose en la fuerza revolucionaria, en el nuevo poder en Cuba. Y creo que se puede decir que vivimos un período similar en Chile. Digo similar por dos razones: primero, porque no se caracterizó todavía en la situación chilena la dualidad de poderes. Vimos en las discusiones que hay dos formas de concebir la dualidad de poder en el caso chileno: para algunos, ella aparece como resultado del hecho de que el gobierno tiene una rama ejecutiva del poder, faltándole ganarse las otras ramas del Estado existente; para otros, hay dos poderes que se están gestando, es decir, un poder nuevo que se está creando a través de la participación obrera, a través de la organización de los campesinos, de la organización de los barrios, etcétera, el cual puede convertirse en algún momento, en poder alternativo del Estado burgués. Es necesario señalar que hasta ahora no se ha convertido en tal, que no ha asumido este carácter, pero indudablemente se trata del germen de este poder alternativo.

El segundo punto a ser discutido es el de la irreversibilidad. La cuestión es: ¿cuándo se puede decir que un proceso revolucionario se hace irreversible? Parece que se apuntaron algunas respuestas a este problema. Se caracterizaron bastante claramente los elementos fundamentales para alcanzar esa irreversibilidad. Ella solo existe cuando, constituido un poder político revolucionario de la clase obrera, se inicia la destrucción del Estado burgués y, dependiente de una discusión más profunda, se realiza la participación obrera en la dirección de las empresas. En lo que respecta a este último aspecto, hay acuerdo general sobre su necesidad, pero queda por discutir cuál es el grado de participación, cuál es su importancia en la definición final de lo que es el socialismo, y cuál es la capacidad de esta participación, de cambiar realmente las relaciones de producción, en la medida en que se conserven en la sociedad elementos de las relaciones de valor. La cuarta y decisiva condición para que se haga irreversible el proceso revolucionario es, evidentemente, la instalación de la propiedad colectiva de los

medios de producción y la adopción de la planificación, como principio ordenador de la producción, la distribución y la vida económica y social.

El tercer punto que me parece quedar pendiente para la discusión, es el referente al objetivo del período de transición. Es decir, si se trata solamente de la destrucción del Estado burgués y de la creación de un Estado obrero, o si hay implicaciones más profundas en el proceso. Habría que retomar la concepción clásica, de que el Estado obrero inicia la destrucción del Estado en sí mismo y que, por lo tanto, hay que impedir en el máximo la consolidación de la burocracia estatal durante el periodo de transición al socialismo. Hay que impedir que el Estado se separe del ciudadano, hay que restringir el aparato burocrático a un mínimo esencial, la planificación debe ser el elemento organizador de la producción, sometándose completamente las supervivencias del mercado; es necesario que se desarrollen nuevos valores culturales como producto de la acción del pueblo, de las masas; es necesario que se cambien, por lo tanto, los principios y los métodos de organización política, de movilización social y de producción cultural. Hemos visto también que es fácil plantear en general estas cuestiones y llegar a un cierto acuerdo sobre ellas, pero sabemos todos que su realización histórica es muy compleja y depende de muchos factores que exigen un estudio mucho más profundo.

Un cuarto punto que quedó por discutir se refiere a la caracterización del periodo propiamente socialista. En este caso, el problema de la dirección proletaria de la sociedad y la desaparición posterior de las clases sociales, quedó innegablemente como aspecto fundamental de la discusión, así como se debatió hasta que punto el paso del socialismo al comunismo era algo absolutamente nuevo o muchas de sus características son inherentes al periodo anterior. Se trata de saber hasta que punto las leyes del comunismo están presentes en la etapa socialista, en la formación socio-económica socialista. Queda por discutir aún hasta que punto el socialismo constituye un modo de producción propio o es simplemente una amalgama del modo de producción comunista y

del modo de producción capitalista, y otros anteriores que superviven en esta etapa.

Termino refiriéndome a un problema que todo el tiempo se plantea: ¿qué gana Chile con estas discusiones, que pueden parecer a muchos excesivamente teóricas para la realidad concreta del país, para su capacidad de asimilación y para el desarrollo de las masas?

En primer lugar, llamaría la atención acerca del peligro de la pregunta misma, no en el sentido de que ella sea errada, sino en el sentido de que puede ser hecha de una manera errada. Porque puede llevarnos a un pragmatismo peligroso, a una posición bastante peligrosa frente a la teoría. Nosotros no podemos tomar de la teoría solo los aspectos que nos gustan, o los aspectos que nos parecen importantes para resolver problemas concretos. Desgraciadamente, la teoría forma un cuerpo general, un sistema de pensamiento, una unidad sistemática e integrada, y no podemos desarrollar solo las partes que están directamente relacionadas con los problemas que queremos resolver. Si los rusos no hubieran discutido a fines del siglo XIX el problema de la reproducción capitalista, si Lenin no hubiera logrado resolver el problema de la reproducción capitalista, difícilmente se hubiera logrado una comprensión correcta del imperialismo, y difícilmente se hubiera sabido aprovechar las condiciones revolucionarias que se crearon en Rusia como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Las discusiones abstractas sobre *El Capital*, que se hacían en Rusia en ese periodo, formaron un estilo de pensamiento, un estilo de rigor intelectual, que marcó definitivamente a la historia y a la revolución rusa. Indudablemente que la Rusia de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, fue uno de los países donde se llevó la discusión del marxismo a nivel teórico más abstracto posible. Se puede decir que eso no tuvo nada que ver con lo que pasó posteriormente, pero yo creo que sí tuvo que ver, y mucho. Este grupo tan impresionante de intelectuales, que nunca más se juntaron en ningún proceso revolucionario, no fue producto solamente de la riqueza del proceso objetivo que estimulaba esa discusión, sino

también del hecho de haberse llevado el debate hasta sus últimas consecuencias teóricas.

Así es que, si queremos realmente resolver los problemas prácticos enormes que la sociedad chilena y latinoamericana están planteando en este momento, porque lo que pasa en Chile es solo una parte de lo que pasa en América Latina, donde tenemos los complejos procesos en curso en el Perú, en Argentina, en Brasil, y una cantidad de fenómenos en Uruguay, la intelectualidad latinoamericana tiene que saber interpretarlos con un rigor teórico muy grande. La pregunta será, pues, correcta, si se toma en consideración el hecho de que nosotros vivimos un proceso revolucionario concreto y tenemos que dar cuenta de este proceso; pero la pregunta se hará peligrosa y equivocada si conduce a la idea pragmática de que hay que extraer de la teoría aquellas partecitas que nos sirven, dejando el resto a un lado. Como resultado de esta posición no se tendría la teoría para analizar los procesos concretos, a no ser que otros ya hubieran resuelto los problemas teóricos más generales para nosotros y pudiéramos tomar eso y aplicarlo; pero, como hemos visto, el marxismo hoy día es algo tan complejo, tan lleno de posiciones, de tan rica diversidad (lo que no es malo para un sistema de pensamiento) que ello nos impide tomar una posición simplemente pragmática.

Retomemos la pregunta: ¿qué gana Chile con estas discusiones? Lo primero que habría que destacar es que hemos logrado definir algunos problemas importantes, como por ejemplo la necesidad de precisar el periodo actual vivido por Chile. Esta necesidad de precisar este periodo, nos parece una conquista definitiva que espero no sea una mera adquisición de intelectuales, sino que debe llegar a las más amplias masas en el país. En segundo lugar, creo que se han entregado elementos importantes para la comprensión del carácter del periodo actual, sobre todo al establecerse que el centro de la preocupación revolucionaria tiene que ser la toma del poder. Y vimos que en algunos sectores responsables de las decisiones políticas del país, esta necesidad se siente y esta concepción es tomada en consideración. Vimos también que el problema fundamental

dentro de esta caracterización de la situación actual es, por lo tanto, cómo utilizar el Gobierno para llegar al poder, es decir, estos son los problemas teóricos y prácticos que nacen de esta situación objetiva. No se trata simplemente de decir “se está en el gobierno, pero en el gobierno no se puede hacer nada, pues hay que preparar la revolución”. En el gobierno no se puede hacer nada, pues hay que preparar la revolución”. En el gobierno sí se puede hacer algo: crear condiciones para la toma del poder.

La cuestión clave que aporta el proceso chileno actual es la de disponer un gobierno popular en el interior de un Estado burgués y de emplear su sistema legal para servir a la transformación revolucionaria que deberá destruir ese Estado y esa legalidad para sustituirla por un Estado y una legalidad socialista. Quedó claro, sin embargo, que tales cambios solo serán revolucionarios cuando se decida finalmente la cuestión del poder, garantizando a la clase obrera la dirección real del país. Quedó bastante claro también que la toma del poder ocurre a través de la constitución del poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado existente. Se trata, pues, de la necesidad científicamente definida de destruir el viejo Estado anárquico y burocrático y crear el nuevo Estado centralizado, planificador y bajo el directo control de las masas.

En seguida, las discusiones también ofrecieron elementos importantes para la definición de las tareas del próximo periodo. Parece claro que la etapa fácil o relativamente fácil, la etapa en que las decisiones no conducen a una reacción muy violenta por parte de la clase dominante está relativamente agotándose y se plantea una situación de crisis en una nueva etapa.

En todas las exposiciones que tuvimos, fuesen ellas a nivel económico, cultural o institucional, ha quedado en claro que el empate político existente en la actualidad no permite el desarrollo de la situación a nivel económico, cultural e institucional. Especialmente de la participación de Alberto Martínez, quedó bastante claro que la ayuda que el gobierno pudo dar a lo político empieza a perder su fuerza, y que ahora se espera que lo político pueda ayudar al gobierno, es decir, que un cambio de correlación

de fuerzas políticas pueda permitir que se den los nuevos pasos administrativos en todos los niveles. Vemos surgir una dialéctica entre el uso de los elementos administrativos y el desarrollo de la situación política; esta empieza a configurarse como una dialéctica concreta de la situación chilena. Es decir, se dispone de algunos elementos administrativos de gobierno; se utilizan estos elementos de gobierno, esto crea una nueva situación; esta nueva situación exige una nueva correlación de fuerzas; esta nueva correlación de fuerzas va a permitir nuevos cambios; estos nuevos cambios van a exigir nuevos cambios de correlación de fuerzas, hasta que en un determinado momento la situación creada exija un cambio suficientemente cualitativo de la correlación de fuerzas para que no se pueda simplemente pensar en usar los mismos métodos que sirvieron para resolver la crisis anterior. En resumen, en cada uno de estos momentos dialécticos, se necesitará utilizar métodos distintos.

En lo que respecta a la nueva etapa que se anuncia, se configura bastante claramente la complejidad de la relación dialéctica entre la destrucción de la vieja sociedad y la construcción de la nueva. Nosotros lo hemos visto en el plano económico y al discutir el problema del poder. Al discutir teóricamente estos problemas, quedó claro que la destrucción del orden oligárquico, monopólico e imperialista era un momento que en sí no caracterizaba la constitución de un sistema nuevo. Se trata de una tarea destructiva que, tomada en un contexto abstracto, tanto puede llevar al fortalecimiento del Estado y conducir al socialismo como puede ser la base de la recuperación del capitalismo a través de las reformas realizadas. En el contexto concreto de la situación chilena y latinoamericana, los huecos dejados por la destrucción del monopolio exigen medidas inmediatas de recuperación económica y desarrollo que nos llevan instantáneamente a las necesidades de la planificación, de la articulación de los elementos ahora dispersos que componen el área social, así como se plantean sus relaciones con las otras áreas de la economía.

También en el plano agrario queda claro que la nueva forma de organización de la estructura agraria pasará a ser el problema fundamental, en muy poco tiempo. Superada la etapa inicial de la destrucción del latifundio, se planteará la cuestión del carácter socialista o privado de la nueva explotación agrícola. A nivel institucional, quedó claro que la relación entre las nuevas instituciones de poder popular que se están creando entran en contradicción con los centros de poder que mantiene la derecha, en una relación de tensión que tiende a crecer.

En el plano cultural, se planteó que la resolución de una serie de problemas exige una definición más clara de la política cultural, en choque con la cultura dominante. Vimos aún que la posibilidad de utilizar los medios de comunicación existentes no es suficiente para producir un cambio cultural cualitativo y que se hace necesario transformar la relación entre la producción de cultura, las masas y la recepción de la cultura. Se trata de superar el uso de los medios de comunicación, para una economía de mercado que determina las leyes de la actual cultura de masas.

Parece que queda claro que en muy poco tiempo el país vivirá una confrontación entre un proyecto pequeño burgués que va a buscar limitar el proceso de transformación que vive el país a una reforma, posiblemente avanzada, de la estructura económica y política chilena, en el sentido de ajustarla a las necesidades de una productividad más alta, a un nivel de modernización bastante importante, pero sin romper con la estructura capitalista, sino encubriendo esta estructura capitalista con una forma socialista. Hemos visto cómo este proyecto se manifiesta en el plano de la cultura, pero su peligro real está en el plano económico. Las fuerzas y las tendencias que buscan dar un contenido proletario al proceso de construcción de la nueva sociedad tienen que insistir en el problema de la toma del poder; del desarrollo del poder alternativo; en la necesidad de desarrollar las nuevas relaciones sociales; en la creación de una nueva cultura que no sea un simple revestimiento populista de la anterior; tienen que insistir en la creación de una estructura agraria socialista.

En todos los aspectos de la vida, se planteará el conflicto entre estos proyectos alternativos. No hay duda de que, como pasó en otros períodos revolucionarios, la burguesía va a cambiar su cara; ya cambió, está cambiando, y no va a presentar su proyecto de supervivencia con la vieja cara, sino con una nueva. La cara pequeño burguesa, pues es ella el sector más importante que puede dar una base social real al enfrentamiento con la clase más importante y puede dar una base social real al enfrentamiento con la clase obrera. Esta lucha se va a definir, evidentemente, en un proceso más bien largo, porque el ritmo de las transformaciones no es muy rápido en Chile. Hay países en que las cosas no son así, en que en dos o tres meses se cambia totalmente la correlación de fuerzas. Aquí en Chile es un poco difícil que se produzcan situaciones tan violentas, tan radicales. Esto no cambia el hecho de que el proceso global se desarrolla en el sentido de una creciente radicalización entre las posiciones alternativas aquí bosquejadas. Ello no quiere decir que estas posiciones sean las únicas existentes o las más viables. De hecho, históricamente, la limitación pequeño burguesa de los procesos revolucionarios no llevó a la consolidación del proyecto pequeño burgués sino al fascismo. Las vacilaciones de la socialdemocracia alemana, de los socialistas italianos, de la República Española, no llevaron a ninguna parte sino al fascismo. La moderación pequeño burguesa puede convertirse, pues, en la antesala del extremismo fascista. En Chile hemos visto cómo sus defensores atacan tan duramente a los “grupos armados” de la izquierda y hacen vista gorda de los “grupos de autodefensa” de la derecha. La historia, pues, se repite.

Finalmente, quiero llamar la atención sobre un aspecto muy importante de la discusión. Si es verdad que el enfrentamiento principal se va a dar en la construcción de la nueva sociedad, sería un error terrible por parte de las fuerzas proletarias desplazar el problema hacia el momento de la construcción de la nueva sociedad. Es indudable que solo se podrá asegurar la victoria de las posiciones proletarias en la medida en que ellas sean conductoras

de la etapa destructiva. El hecho de que en la constitución del área social, la clase obrera ha desempeñado siempre un rol importante, y adoptado las iniciativas fundamentales, quizás nos pueda dar una gran esperanza de que realmente este proceso va a permitir a la clase obrera chilena derrumbar a este terrible mundo pequeño burgués, que la implica, y quizás pueda convertirse realmente en la conductora del proceso. Si el proceso de destrucción va hasta sus últimas consecuencias, y si al mismo tiempo de él nace realmente el socialismo, ello será evidentemente como una gran contribución del proletariado chileno al desarrollo del movimiento revolucionario mundial.

PARTE SEGUNDA: LA PRAXIS

DOS MOMENTOS DEL PROCESO REVOLUCIONARIO

Si leemos con detalle el programa que las fuerzas populares chilenas elaboraron en 1970 vemos que su objetivo es “terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile”. Llamamos la atención de los lectores sobre estas dos palabras terminar e iniciar y su necesaria sucesión.

En otra parte del mismo documento se reafirma esta idea al decirse: “Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo”.

Quizás durante la formulación del programa no se haya dado suficiente importancia a esta distinción. Ella tiene, sin embargo, consecuencias teóricas y prácticas muy importantes, se refiere fundamentalmente al tema del gobierno de transición.

Según el programa de la Unidad Popular, la construcción del socialismo en Chile debería ser precedida de un período de destrucción del dominio del imperialismo, del monopolio y del latifundio. Este proceso se realizaría dentro del Estado burgués, con un gobierno popular que uniría a las fuerzas revolucionarias bajo el liderazgo del proletariado.

La Revolución chilena se divide así en dos “momentos” o fases de un mismo proceso ininterrumpido. En el primero se cuestiona

el orden capitalista dependiente y se inicia la destrucción de sus bases económicas y sociales. En el segundo, cualitativamente diferente, se empieza la construcción del socialismo, que viene a sustituir al viejo orden decadente.

Estos dos momentos no son necesariamente excluyentes en el tiempo. Sus elementos se mezclan y entrecruzan. Lo fundamental es determinar el aspecto esencial y dominante en cada uno de ellos.

En la primera fase se trata de utilizar, de un lado, el poder estatal que se dispone y del otro, la creciente fuerza de las masas —liberadas de la represión ejercida por los gobiernos burgueses— para destruir el monopolio nacional e internacional y el latifundio y gestar las bases de un nuevo poder revolucionario.

En la segunda fase se trata de construir un nuevo Estado basado en estos nuevos poderes populares gestados anteriormente lanzar las bases de la planificación económica y social. Es decir, se trata de construir un nuevo orden social: el Socialismo.

SOCIALISMO O LIBERACIÓN EN EL PROGRAMA DE LA UP

El debate estratégico que vive el país en este momento tiene como centro el programa básico de la Unidad Popular. Éste es ampliamente reconocido como correcto en la actualidad. Sin embargo, por una parte, las críticas que se le hacen desconocen su verdadero sentido y por otra parte, se deforma su carácter buscando reducirlo a un programa democrático de liberación nacional para justificar posiciones reformistas.

El programa de la Unidad Popular ha logrado crear un sólido movimiento de masas y ha dado orientaciones fundamentalmente correctas a la política económica del gobierno popular. Por esto es oportuno recordar los objetivos básicos de este programa en una coyuntura tan compleja como la actual.

El programa de la Unidad Popular representa una asimilación científica de la experiencia revolucionaria y del desarrollo del pensamiento y la investigación marxista latinoamericana en los últimos veinte años. Rompió con una larga tradición popular que propugnaba la creación de gobiernos nacionalistas y democráticos, antiimperialistas y antif feudales (este fue el carácter del programa FRAP y de casi todos los movimientos populares del período) y formuló un objetivo estratégico "antiimperialista, antimonopólico y antilatifundista de transición hacia el socialismo".

Según el programa, "Chile es un país capitalista dependiente del imperialismo". Esta definición corresponde a una posición

nueva. No se refiere, como hasta entonces, a un país feudal. Se reconoce, al contrario, el carácter capitalista de nuestra sociedad y se clarifica la forma específica que este asume al ser condicionado por la dominación y la explotación imperialista. La dominación imperialista ya no se entiende como una fuerza que se impone desde el exterior sobre una burguesía nacional autóctona, sino que, por el contrario, se reconoce que los sectores dominantes de la burguesía se encuentran “estructuralmente ligados al capital extranjero”.

Este paso teórico determina la caracterización de la Revolución chilena como “antilatifundista, antiimperialista y antimonopólica, hacia el socialismo”. El enemigo principal se define claramente: “el monopolio extranjero y nacional”. La conclusión es clara. La derrota de estos enemigos significa la quiebra de la espina dorsal del sistema capitalista en el plano nacional. Y como no es posible, en nuestra época, un desarrollo capitalista no monopolístico (que llevaría a la posición utópica de los terceristas de la democracia cristiana, que hablan de un desarrollo no capitalista) la única alternativa posible es el socialismo. El alto desarrollo del monopolio, del capitalismo de Estado y la empresa agrícola capitalista moderna ha preparado a la economía chilena para dar el paso hacia el socialismo sin grandes crisis económicas.

De esta manera, el latifundio, que había sido considerado durante tantos años como el enemigo principal, pasa a ser considerado por el Programa de la UP como un aliado secundario y debilitado del capital internacional y nacional. El reconocimiento de este hecho surge no solo de una apreciación sobre los cambios de estructura provocados por el desarrollo industrial de los últimos 30 años, sino también de la política de la Alianza para el Progreso, que ya demostró claramente que el imperialismo estaba dispuesto a sacrificar el latifundio si se le abrían campos de inversión industrial en las ciudades o agroindustriales en el campo.

El caso peruano y otros antecedentes demuestran también que el imperialismo está dispuesto a entregar sus centros mineros si se le paga un precio y se le abren oportunidades de inversión en las zonas

urbanas. No se ataca, por lo tanto, al imperialismo solo al nacionalizar el cobre. Es necesario bloquearlo en los nuevos campos de inversión.

El Programa de la Unidad Popular reconoce claramente este carácter del desarrollo del imperialismo y señala: “como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia, su papel de socio menor del capital extranjero”.

La conclusión de tal análisis es solamente una y el propio programa la formula así: “La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile”.

Sería pues absurdo confundir (sea para atacarlo así deformado, sea para defenderlo en esta versión reformista) el programa básico de la Unidad Popular con un programa restringido a las tareas de liberación nacional o de carácter socialdemócrata. Sus términos son muy claros sobre el carácter de la Revolución chilena. Habría que discutir otros aspectos para entender claramente sus objetivos y las varias etapas en que se desdobra este proceso revolucionario de carácter socialista, pero esto sería más bien tema para otro artículo.

En la fase de destrucción del monopolio y del latifundio, el proletariado urbano y rural tiene como aliados a los trabajadores y sectores de la pequeña burguesía. Al mismo tiempo, puede lograr neutralizar a sectores medios y pequeños de la burguesía urbana y rural. Esto se debe al hecho de que ellos se oponen desde una perspectiva distinta a la del proletariado al desarrollo del capital monopólico que destruye con violencia y sin piedad sus bases económicas. Frente a un movimiento obrero ofensivo y por no disponer de una perspectiva económica propia, estos sectores tienen en la práctica histórica y concreta que optar entre ser destruidos más o menos a corto plazo por el avance del monopolio, sobre todo internacional, o tratar de postergar esta destrucción

negociando con el proletariado su supervivencia en el interior de la nueva economía a implantarse.

Sus negociaciones tienen, sin embargo, dos objetivos básicos. Se debe garantizar, en primer lugar, la supervivencia del capital privado, aún bajo una forma secundaria y sometida y se debe garantizar, en segundo lugar, la supervivencia de un régimen político liberal y de institucionalidad burguesa que permita una eventual vuelta al poder, en una coyuntura más favorable. No deja de existir la aspiración final de reorganizar la economía sobre bases más favorables al capitalismo.

La sutileza de la táctica política llevada por estas fuerzas impidió una división de aguas en el país entre socialismo y capitalismo. La ofensiva de masas desencadenada por el movimiento popular en 1970 no logró superar esta situación y en el momento actual el proletariado revolucionario se enfrenta a un ofrecimiento de acuerdo provisorio planteado por estas fuerzas. El proletariado no logró abrir hasta el momento otra alternativa para destruir el monopolio. En política solo se gana si se arriesga perder. La democracia cristiana, expresión de estas fuerzas, ofrece una buena parte de los monopolios a cambio de las garantías de su supervivencia política y económica. Si se logra liquidar el monopolio con este acuerdo se abrirá un nuevo período histórico, una nueva etapa de luchas entre el proletariado y la pequeña y mediana burguesía.

¿Cuánto tiempo durará esta nueva etapa y cuál será su resultado? Todo dependerá de la profundidad con que se golpee al monopolio y al latifundio ahora, y de la disposición revolucionaria de las masas para abrirse camino hacia el socialismo. Para hacerlo, ellos tendrán que pasar por arriba de las sutiles versiones del "socialismo" en las cuales estos sectores burgueses buscarán enredar a la clase obrera, en una profunda y dilatada lucha. Para lograrlo, el movimiento popular tendrá que mantener la ofensiva, poner los términos de la lucha política y buscar resolver la cuestión crucial: el problema del poder político.

Chile Hoy, 30 de junio al 6 de julio de 1972

EL DEBER DE COMBATIR LA IDEOLOGÍA DOMINANTE

Este reportaje nos ha demostrado el descontento relacionado con la prensa de izquierda, que se revela en su tiraje limitado, en el fracaso de algunas publicaciones, en los reclamos de los líderes políticos y en la ácida crítica de los trabajadores y campesinos que presentamos.

Quien lee la prensa de izquierda en el país no logra tener una visión del proceso revolucionario en curso. Este aparece más como un resultado de acciones de gobierno que como una sustancial modificación de la conciencia y de los métodos de acción de las masas. Ni los reportajes, ni los artículos, ni las fotos, ni los dibujos reflejan un país en proceso revolucionario. El debate ideológico es pobre ¿Será esto un reflejo de la realidad? ¿Será qué no hay cambios sustanciales en el comportamiento de la gente?

Aquí viene el primer reclamo de los trabajadores: la prensa no refleja lo que pasa entre nosotros, le falta objetividad. ¿Pero los periodistas de izquierda no han insistido en que la objetividad es un arma de la burguesía? Este es el primer engaño que hay que corregir. No hay que confundir objetividad con neutralidad. Ser objetivo no quiere decir ser neutral, no estar comprometido políticamente. Los obreros no quieren que los hechos les lleguen cocinados. Quieren saber todos los hechos, conocer correcta y honestamente la opinión de los adversarios, separar la opinión del informe objetivo de los hechos. No quieren ser manipulados, es una cuestión de respeto al lector.

Los trabajadores reclaman un periodismo serio y no un periodismo fácil. Quieren que se vaya a la esencia de los problemas y no a los aspectos superficiales, que desaparezca el sectarismo de la prensa de izquierda. La lectura de la mesa redonda entre los trabajadores y *Chile Hoy* y las respuestas de los campesinos nos muestran que tenemos que aprender mucho con ellos y que tenemos un público de alta categoría y conciencia al cual debemos tratar con respeto y no como a niños.

Este fue el periodismo que hicieron los grandes maestros del movimiento obrero, Marx, Engels, Lenin, Rosa, Luxemburgo, Trotsky, Stalin, Kamenev, Zinoviev, Bujarin, todos los grandes líderes políticos del movimiento obrero fueron excelentes periodistas. Hay una tradición en el movimiento obrero que vincula directamente la dirección política con el contacto periodístico del más alto nivel profesional con los cuadros partidarios y con las masas. En esta tradición —que incluye a ese gran periodista de televisión que es Fidel Castro— los dirigentes se preocupan de explicar diariamente sus pasos a las masas a través de la prensa escrita, hablada o televisiva. Esta es la más pura tradición revolucionaria que liga la acción política y de gobierno con el desarrollo de la conciencia de las masas. Esta es la tradición inaugurada en Chile por Emilio Recabarren.

Si hay una tradición de periodismo revolucionario en el país, ¿por qué no se logra estar a la altura de los cambios actuales?

En primer lugar, gran parte de los dirigentes políticos está dedicada a tareas de gobierno o preocupada con resoluciones políticas muy complejas. Esto los hace creer que no “tienen tiempo” para explicar sus decisiones y conductas a las masas y ganarlas para su posición. Esto es un error. Las masas solo pueden avanzar si entienden claramente las razones que orientan la política y la acción de gobierno.

En segundo lugar, hay un cambio de ritmo de los procesos sociales. Hoy día “pasan” muchísimas cosas más que antes. Los viejos hábitos de trabajo ya no sirven. Hay que aumentar muchas veces su ritmo, agilizar el reporte, ir al terreno con más frecuencia

para poder captar lo nuevo en la realidad; hay que crear nuevas secciones, descubrir nuevos métodos de participación de los trabajadores y campesinos en la prensa (como lo exigen ellos). Hay que romper, por lo tanto, con la rutina y hacerse carne y hueso con las masas.

En tercer lugar, la ampliación de la conciencia colectiva y de la responsabilidad política de la izquierda, hoy en el gobierno, pone en el tapete nuevas realidades periodísticas. Por primera vez la izquierda tiene posibilidades y recursos para entrar en el campo de la llamada "gran prensa", que es muy diferente de la prensa de partido que practicamos habitualmente. En ella hay recursos para cubrir todos los aspectos de la vida nacional. En ella lo político no se expresa directamente, sino a través de las otras esferas de la vida. El crimen, el sexo, el deporte, el entretenimiento, la educación, forman parte de la vida cotidiana. Las personas necesitan informarse sobre estas cosas. Todas están impregnadas de la visión burguesa del mundo, pues la ideología de la clase dominante es la ideología dominante en la sociedad. ¿Cómo develar su contenido ideológico y abrir camino a una nueva moral y una nueva visión del hombre?

En primer lugar, generalmente, los periodistas son víctimas de esta ideología. La prensa de izquierda está llena de "machismo", de "paternalismo", de "elitismo", de todos los valores de la sociedad burguesa. ¿Cómo entonces "comunicar" a los lectores la nueva moral? Así como para que la prensa de izquierda pueda "comunicar" una posición política correcta, tiene que ser hecha por militantes activos como los que citamos; así también, para que la "gran prensa" de izquierda pueda reflejar el hombre nuevo, tiene que ser hecha por gente que esté buscando esta nueva ética.

Pero el público es el viejo público. Nosotros competimos con la prensa burguesa, que se aprovecha de los valores establecidos y se apoya en la rutina y la costumbre. ¿Cómo podremos competir con ellos en un campo donde tienen muchas ventajas? Sí, es verdad, pero también es verdad que vivimos un momento altamente creador. La propia prensa de derecha se adaptó a esta situación buscando soluciones nuevas, politizando aspectos de la vida

cuya esencia política ocultaba. El público busca algo nuevo, quiere novedad, creación, nuevas experiencias, quiere estar al día con los cambios vertiginosos que vive el país.

Este es el gran desafío a la prensa de izquierda. Creer en su público, respetarlo. Hacer una prensa para la pequeña burguesía, pero no partiendo del supuesto de que la pequeña burguesía (a la cual pertenecen los que hacen la prensa) es una clase o grupo social sin ningún aspecto positivo, riéndose de su cultura, de sus intereses más amplios. Hacer una prensa para obreros y campesinos, sin caer en un tono paternalista, creyendo que ellos no pueden razonar por cuenta propia y siguiendo ciegamente las consignas. La prensa burguesa respeta su público, no como seres humanos, sino como compradores y estudia muy bien su "mercado" para orientarse. La prensa de izquierda debe descubrir su público como clases sociales, como seres humanos, como revolucionarios, como constructores de lo nuevo, pues serán estos hombres que aquí están quienes construirán el socialismo y lanzarán el germen del hombre nuevo. Quien no confía en estos hombres que están aquí no confía en la revolución.

Chile Hoy, julio de 1972

SOBRE LA DUALIDAD DE PODERES

El ritmo intenso con que se viene desarrollando el proceso político chileno puso en el orden del día la discusión sobre la cuestión del poder dual. Las medidas de liquidación del monopolio y del latifundio, de estímulo a la participación popular, de reforma del aparato del estado, de creación de una nueva legislación social vienen encontrando por parte de la mayoría parlamentaria y de ciertos sectores de la justicia una oposición militante que para muchos parece ser un impedimento definitivo al cumplimiento de la etapa actual. Como es natural, paralelamente a la estructura de poder vigente se van creando nuevos organismos de poder popular a nivel de empresas, barrios, comunas, etc., que buscan garantizar las conquistas obtenidas y gestar los mecanismos administrativos que permitan hacer funcionar la nueva estructura que está naciendo.

Las preguntas que surgen de esta situación son básicamente dos: ¿estos nuevos órganos de poder constituyen una estructura dual de poder? y ¿si esta estructura no existe, no sería el caso de llamar a su creación lo más rápido posible para realizar las transformaciones que el aparato institucional existente resiste? En este artículo pretendemos responder estas dos preguntas.

En primer lugar, es necesario tener claro lo que se llama dualidad de poderes. Este concepto surgió por primera vez cuando Lenin buscó expresar la situación revolucionaria existente en

Rusia entre febrero y octubre de 1917, cuando se crearon de un lado un gobierno provisorio dirigido por la burguesía y una organización nacional que reunía los diputados elegidos por los consejos obreros, campesinos y de soldados. Para Lenin, estos dos poderes se oponían radicalmente, porque uno de ellos representaba la democracia burguesa y el otro la democracia proletaria, construida desde abajo por las masas. La dirección pequeño burguesa sobre los sóviets apoyaba el gobierno provisorio y sometía el poder obrero y campesino a la burguesía. Era necesario mostrar a los obreros que había que derrumbar el gobierno provisorio y establecer el gobierno de los sóviets en base a un nuevo tipo de Estado.

Como se ve, la fórmula surgió en condiciones históricas muy específicas, como todos los conceptos marxistas. Con posterioridad se desarrolló teóricamente el concepto para definir una situación prerrevolucionaria en que se supone que hay siempre una expresión de dualidad de poderes que se resuelve revolucionariamente por la destrucción del poder burgués y la imposición del poder revolucionario. La realidad histórica demostró que todas las revoluciones importantes de nuestro tiempo resultaron del desarrollo de un poder paralelo, pero que este poder adquirió las formas más imprevisibles, como las fuerzas de resistencia en Yugoslavia, las bases revolucionarias dirigidas por el Ejército Rojo en China, etcétera.

Esta introducción conceptual nos ayuda a entender el fenómeno chileno y a responder la primera pregunta. Las formas de poder popular que están naciendo en Chile no constituyen, aún, un poder paralelo al estado burgués. Ellas tienen fundamentales objetivos locales y específicos, de carácter esencialmente administrativo. Les falta función legislativa, judicial y carácter nacional para constituirse en un poder paralelo. La tarea inmediata que se plantea es la de coordinar desde abajo los poderes locales y darles un nivel provincial buscando aumentar sus funciones y poderes. Esto no significa, sin embargo, que se constituyan ya en una Asamblea Popular, pero lo específico de la situación chilena es que estos poderes locales se combinan con un gobierno popular que ha iniciado, dentro de los recursos legales existentes, la destrucción

del poder económico de la burguesía monopólica nacional e internacional y del latifundio. Este gobierno puede así proteger y combinarse con este nuevo poder naciente y tiene la posibilidad de formar una mayoría parlamentaria que permitirá en el futuro legalizar este poder, en la medida en que él se haya desarrollado desde las bases y se haya afirmado por la propia fuerza de las masas.

Así entramos en la segunda pregunta: recordemos el desprecio de Lenin por las formas abstractas y muertas dentro del marxismo. No se trata de discutir el poder dual en abstracto, sino en las condiciones específicas que él podrá asumir en Chile. Es decir, en las condiciones de existencia de un gobierno popular. No en el sentido de que este gobierno popular conforma un poder dual por disponer de la rama ejecutiva del poder, pues esto transformaría la dualidad de poderes en una lucha en el interior del aparato del Estado burgués entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial. En este caso, la dualidad de poderes se resolvería por la conquista del Estado existente y no por la transformación de las nuevas formas de poder popular en base de un nuevo Estado. La existencia de un gobierno popular permite que este poder popular sea apoyado desde arriba, sea legitimizado y sea por fin legalizado a través de una mayoría parlamentaria, que cree un nuevo tipo de asamblea del pueblo, que podrá constituirse en gran parte con diputados o representantes de estas nuevas formas de poder.

Por lo tanto es temprano plantear la formación inmediata de este poder en el plano nacional, mucho menos si se les apoya en estructuras partidarias poco sólidas o en movilizaciones de los cuadros de vanguardia solamente. Esto sería hacer perder y desgastar la esencia del proceso revolucionario, el poder popular, poder de las masas y no de las vanguardias, poder de las mayorías y no de los grupos dirigentes. El paralelismo de poder no se crea a través de una consigna por la formación del poder dual, sino por las medidas concretas de transformación económica y social que, ayudadas por un correcto trabajo de agitación y propaganda, lleven a las grandes masas a comprender el carácter de estas transformaciones y a participar activamente en su realización. Solo en esta

medida el poder dual será una realidad práctica y no una consigna partidaria.

Desesperadas con las resistencias opuestas por la mayoría del parlamento y de la justicia, las masas buscan desesperadamente conformar sus propias formas de poder, ganan iniciativa, se movilizan. En este clima es fácil intentar un salto cualitativo para el cual la realidad no creó aún las condiciones. En la revolución, como en las guerras, el mayor peligro es lanzar las fuerzas disponibles contra objetivos falsos, desgastarlas antes de las grandes batallas, no saber acumular fuerzas para usarlas en el momento exacto. La dualidad de poderes se gesta en Chile como resultado de la profunda concientización que ganan las masas en las transformaciones actuales y como una necesidad objetiva planteada por estos cambios. Entenderla en su especialidad, estimularla, orientarla correctamente y combinarla con las medidas del Gobierno Popular y la lucha institucional es la esencia de la revolución chilena.

Chile Hoy, 4 al 10 de agosto del 1972

CONDICIONANTES DE LA ESTRATEGIA IMPERIALISTA EN CHILE

Para comprender la política norteamericana en los últimos años hay que insertarla en el contexto de una grave crisis económica de carácter internacional que condujo a este país a una recesión bastante grave desde 1969. Recién en el primer trimestre de 1972, la economía norteamericana puede ser considerada en una situación de recuperación económica. Esta recuperación es, sin embargo, muy moderada, considerándose que se acompaña de una alta tasa de desempleo e inflación y de la amenaza de una nueva desvalorización del dólar en un período más o menos corto. Al mismo tiempo, la recuperación norteamericana actual se acompaña de una difícil situación del comercio mundial capitalista y de una grave recesión económica de los principales países capitalistas como Alemania y Japón, sin contar la gravísima crisis italiana.

En este contexto, no es de suponer que Estados Unidos pueda elaborar una política externa ofensiva. De hecho, en el período más agudo de su recesión, Estados Unidos se vio amenazado por sus propios aliados y por una política flexible y ofensiva del bloque socialista. La gran tarea de la diplomacia norteamericana en el período actual, en la medida en que se sienta respaldada por una recuperación económica firme, es recuperar las posiciones perdidas en los últimos años.

En el caso de América Latina, el dominio norteamericano sobre el continente sufrió duros golpes en estos últimos años. La expropiación de la International Petroleum Company (IPC) en Perú, la nacionalización de la Bolivian Gulf Oil Co., en Bolivia, la política casi unánime y victoriosa de exigir las 200 millas marítimas como mar territorial en América del Sur, el aumento de la participación estatal del gobierno venezolano en el petróleo, las dificultades para controlar los ricos yacimientos petrolíferos descubiertos en Ecuador, la presión creciente del gobierno panameño para controlar el canal de Panamá forman una gran cadena de ataques tácticos de los pueblos latinoamericanos para tomar posesión de sus propias riquezas cuyo punto culminante fue la nacionalización de las compañías del cobre en Chile. Durante esta oleada nacionalista, acompañada de importantísimos movimientos de masas de tinte revolucionario, de formación de gobiernos progresistas y de aumento de conciencia popular, el gobierno norteamericano no tuvo otra alternativa que bajar la cabeza y asegurar firmemente su bastón repartiendo los golpes bajos que le era posible dar en los momentos más favorables. Entre ellos se cuenta el derrocamiento del gobierno populista de Juan José Torres en Bolivia, la represión de masas contra los revolucionarios uruguayos, el impedimento de la posesión del victorioso frente comunista-demócrata-cristiano en El Salvador, etcétera.

En este contexto general se debe situar la política de la administración Nixon en relación con el Gobierno Popular chileno. Política ni económicamente Estados Unidos puede realizar una intervención militar directa o indirecta en cualquier país latinoamericano, mucho menos en Chile. Esto excluye, como lo planteó Nixon a los funcionarios de la International Telephone and Telegraph Corporation (ITT), una política tipo República Dominicana en Chile, que sería la hipótesis más extrema. La posición legalista del ejército chileno y el fracaso de los intentos golpistas excluyen también de inmediato una política de tipo golpista.

Por otro lado, el carácter progresista del gobierno peruano, el rumbo antibrasileño de la política argentina y su búsqueda de

liberalización interna para salvar la grave crisis política que vive el país, las dificultades internas que vive el gobierno boliviano conforman un cuadro poco favorable para realizar una provocación externa a Chile. Al mismo tiempo, la posición complaciente de la social democracia europea hacia el gobierno chileno, manifestada en el último congreso internacional de esta fuerza política, la simpatía que este gobierno tiene en los pueblos de todo el mundo y el apoyo político y económico del bloque socialista conforman un cuadro internacional difícil para realizar una política abiertamente ofensiva en contra del Gobierno Popular. En estas circunstancias al gobierno norteamericano le quedan solamente dos tipos de presiones que tienen el doble objetivo de crear dificultades económicas para el gobierno chileno favoreciendo a sus sectores internos y fomentar su aislamiento internacional. Se tratan de las presiones económicas y diplomáticas.

La presión económica consiste básicamente en la utilización de mecanismos internacionales de que dispone Estados Unidos en contra del Gobierno Popular. Paralizar toda ayuda y la entrada de canales; utilizar el poder de veto de Estados Unidos en las agencias internacionales de crédito para cortar los financiamientos a Chile; presionar para cobrar las deudas contraídas por el gobierno anterior en forma de mantener al país bajo constante amenaza; presionar a gobiernos europeos en la misma dirección; crear todo tipo de dificultades para la venta de repuestos para el cobre y otros sectores, todo esto forma una terrible cadena que se llamó "el invisible" en contra de Chile. Su objetivo central es entregar argumentos a la oposición interna para atacar "el descalabro económico del gobierno".

En la medida en que el pueblo chileno vaya derrotando esas tácticas de agresividad "moderada", según los portavoces del gobierno americano, la presión y los métodos se irán haciendo cada vez más duros. Por otro lado, importantes sectores del capital internacional localizado en Estados Unidos buscan abrir fórmulas para mejorar las relaciones con países con gobiernos progresistas. Se trata de crear empresas mixtas entre el Estado y

el capital extranjero, la venta de patentes incluso el uso de estos países como intermediarios para vender hacia el bloque socialista. Si este sector lograra aplastar la hostilidad del grupo conservador del capital extranjero, se cambiaría la estrategia: en vez de hostigar las compras externas de Chile, tratarían de aumentar el control sobre ellas profundizando la dependencia del país y empujándolo hacia un camino reformista. En gran parte expresa los intereses de este sector y del gran capital en Estados Unidos. Si no fuera por sus vinculaciones con la joven izquierda norteamericana, cada vez más antiimperialista, por su política redistributiva del ingreso en contra de las ganancias, por algunas de sus ideas internacionales, estos sectores podrían apoyarlo sin mayores reservas. Chile no puede, sin embargo, esperar los acontecimientos en Estados Unidos para definir su política frente al capital internacional. Cualquiera que ella sea se volcará en contra de los designios revolucionarios del pueblo chileno. Y por más que muestren posiciones tácticas distintas, estratégicamente el imperialismo norteamericano no tiene otro designio que impedir la revolución en Chile y en cualquier parte del mundo.

Chile Hoy, 11 al 18 de agosto de 1972

¿DEFENSA DE LA LEGALIDAD CONTRA LA INICIATIVA DE LAS MASAS?

Según el programa de la Unidad Popular, “el triunfo popular abrirá paso al régimen político más democrático de la historia del país”. El propio gobierno de la Unidad Popular tiene como tarea principal desarrollar las condiciones económicas y políticas que liberen a las masas de la opresión secular a que están sujetas y abran camino para su iniciativa revolucionaria.

Hay, sin embargo, una contradicción entre la necesidad de abrir paso a la iniciativa de las masas, dejándola libre para desarrollar las bases de poder de la nueva sociedad, y la tarea de ejercer el poder ejecutivo, garantizar el orden actual, que es en esencia contrario a la nueva institucionalidad que nace de las bases y que tiene un objetivo revolucionario.

La tarea del gobierno popular que precede al futuro Estado socialista es la de resolver creadoramente esta contradicción. El ordenamiento jurídico en que vivimos es fruto del desarrollo de la socialdemocracia a principios de siglo y prevé la posibilidad de transformación institucional del régimen a través de la reforma constitucional. A pesar de que sus concepciones ideológicas hayan logrado imponer este principio en el derecho contemporáneo, ningún partido socialdemócrata logró fundar una nueva legalidad socialista. ¿Cuál es la trampa que implica tal principio?

La trampa fundamental está en el hecho que el gobierno elegido según la legalidad reformable tiene como tarea expresa defender esta misma legalidad hasta que se den las condiciones de su transformación total. Una concepción reformista ortodoxa defenderá la tesis de que la nueva legalidad tiene que emerger de los órganos actuales de poder previstos constitucionalmente. En este caso, la trampa está armada y el gobierno popular, si siguiera tal camino, se convertiría en un gobierno socialdemócrata más entre los tantos que precedieron la victoria del nazismo entre las dos guerras o que llevaron a la Europa de la posguerra hacia la crisis económica, social y política generalizada anunciada en nuestra década.

¿Cómo escaparse de esta trampa? Esto solo es posible si la actual legalidad es usada como un instrumento para su propia destrucción y la creación de una nueva legalidad socialista. Pero es necesario concretar aún más el planteamiento. Una nueva institucionalidad no puede nacer de la cabeza de los juristas de la Unidad Popular. Ella tiene que nacer de la libre iniciativa de las masas que van forjando las bases de esta nueva sociedad; a los juristas les cabe simplemente expresarla y a los órganos legislativos legalizarla. Pero solo a las masas le es dado el poder de crearla a través de la práctica social y la tarea del gobierno popular es usar su poder para estimular y sobre todo legitimizar el nuevo orden en el interior del viejo.

El Gobierno Popular es así el instrumento de resolución dinámico y concreto de la contradicción entre la iniciativa revolucionaria de las masas y la supervivencia de un orden institucional que les niega esta iniciativa y logrará cumplir esta tarea en la medida en que actúe con un claro principio político en todos los sectores. Como típico gobierno de transición, su tarea no es imponer un orden, sino destruirlo. Sus funcionarios deben estar sometidos a la más férrea disciplina para no intentar sustituir la iniciativa de las masas, resolver los problemas desde arriba con la excusa de una aparente eficacia, buscar perpetuarse en el aparato del Estado en vez de ceder su lugar progresivamente a los órganos de poder creados por las masas. Pero al mismo tiempo que abre paso a un nuevo orden, el Gobierno Popular tiene que defender el orden en

que se asienta su legitimidad y le da fuerza de ley y poder sobre los sectores de la población que no le apoyan políticamente, así como le da derecho a utilizar el aparato represivo del Estado burgués para defender su política.

Pero aquí hay otra terrible trampa potencial. Si el gobierno popular utiliza el aparato represivo del Estado burgués para defender la legalidad en abstracto, está haciendo el juego de la autoconservación del Estado burgués, pues la única legalidad que existe es la burguesa, hasta el momento (a pesar de todos los elementos contradictorios que la lucha del proletariado le agregó). Aquí se plantea un difícil e intrincado problema teórico y práctico. Intentemos abordarlo.

El camino adoptado por el gobierno popular fue el de utilizar todos los recursos de intervención económica que había creado la burguesía industrial chilena para facilitar su desarrollo con otra intencionalidad y sirviendo a los propósitos de la creación de un área social y de una política económica redistributiva e intervencionista. Al mismo tiempo, a través de las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP) se utilizó el poder de represión económica del capitalismo de Estado creado por la burguesía para delegarlo a sectores de masas organizadas. Así, al legalizar la formación del área social, ella será más bien el acto de reconocimiento de las transformaciones sociales realizadas por las masas y el gobierno. La misma orientación caracterizará la política de participación de los trabajadores en las empresas.

Si en el campo económico, cuya importancia es fundamental, se han podido poner en marcha procesos de contenido revolucionario evidente, en los otros campos la marcha de las transformaciones es mucho más lenta. Entre otras razones, esto se explica por el hecho de que la conciencia política de las masas y las necesidades reales de la revolución, se concentran en gran medida en las transformaciones económicas. Pero cuando estas transformaciones se van operando, se produce un cuestionamiento de todo el orden social y se agudiza la necesidad de tener un programa claro de acción en los otros sectores.

Los acontecimientos en Lo Hermida demuestran la necesidad de que los mismos métodos se apliquen en el orden represivo-policial. La función policial no tiene por qué ser ejercida solamente por profesionales. No hay ningún impedimento legal ni teórico en la legislación vigente que impida al Estado actual delegar progresivamente las tareas de defensa del orden a las bases, a los órganos de dirección y administración populares. Así como los miembros de las JAP son investidos de autoridad represiva sobre los acaparadores y los que realizan el mercado negro, las direcciones comunales y de pobladores pueden recibir la delegación legal y explícita para garantizar el orden en sus barrios y poblaciones contando con el respaldo del aparato policial. Es evidente que este tendría que ser reformado en sus métodos y concepciones para poder cumplir semejantes tareas. Pero ya no es posible que la criminalidad continúe siendo tratada como una cuestión aislada de las condiciones de vida y de la presión moral de los vecinos.

Los criminales son en general protegidos por las masas pobres, porque ellas saben que la criminalidad no es una maldad, sino una necesidad creada por la pobreza. Hay un evidente apoyo moral para tales conductas. Un gobierno popular tiene que hacer desaparecer la causa principal de la criminalidad que es el desempleo. Algo se ha hecho en este campo y mucho se tiene que hacer en el futuro. Teniendo confianza en este hecho los pobladores estarán dispuestos a cooperar activamente en el sentido de resolver este problema.

En muchos otros aspectos se hace evidente que la tarea de garantizar el orden del período de transición es sobre todo una tarea de legitimización del gobierno popular frente a las masas, de confiar en ellas y en su iniciativa, de saber legitimizar estas iniciativas utilizando todos los aspectos positivos de la legalidad actual, creando así las bases del nuevo Estado. Las masas sabrán garantizar estas nuevas formas de poder que ellas creen durante este período de transición y la unidad política nacional y la conducción correcta del proceso podrán facilitar que el reconocimiento legal (la institucionalización de este nuevo orden) se haga pacíficamente o con

un mínimo de enfrentamiento. Negar, sin embargo, la necesidad de este cambio cualitativo, no entender el carácter contradictorio del proceso que se vive y la necesidad de comprender su carácter transitorio, no entender la necesidad de la formación del futuro en el presente y de profundizar las contradicciones creando, al mismo tiempo, los aparatos e instrumentos para superarlas positivamente, es negar lo esencial del programa de la Unidad Popular y su contenido revolucionario.

Chile Hoy, 19 al 26 de agosto de 1972

CONSPIRACIÓN CONTRA CHILE: ¿PARANOIA O REALIDAD?

En los últimos días el pueblo chileno fue amenazado por la compañía Kennecott con el embargo internacional de las ventas realizadas por el Estado chileno. ¿Qué importancia tiene esta compañía y hasta qué punto ella puede desafiar a un Estado y un pueblo a nivel internacional? En segundo lugar, habría que preguntarse: ¿que relación tiene este acto con otros semejantes protagonizados por la famosa ITT, la Anaconda Co., la Ford Motors Co. (que paralizó repentinamente su producción en Chile) la Boeing Co. (que "aceptó" pasivamente la pérdida de un cliente por ausencia de financiamiento del Estado norteamericano), etcétera? Habría que preguntarse, asimismo, si estas presiones están relacionadas con los permanentes ataques contra el gobierno chileno y las mentiras constantes sobre el desarrollo político y económico del país que se encuentran en el *Time*, en el *Wall Street Journal*, en el *Business Week* y hasta en el liberal *New York Times*.

Los científicos sociales de izquierda son acusados, a veces con razón, de manejar una torpe teoría de la "gran conspiración" internacional del imperialismo que ve a la CIA y a los grandes trusts por detrás de cada acontecimiento. Nosotros no compartimos este método y creemos que hay que analizar objetivamente cada acontecimiento en sí y enseguida buscar sus relaciones con el contexto internacional y con los grandes trusts así como con los gobiernos

que representan sus intereses. Creemos que las formas de operación del imperialismo a escala internacional tienen muchas mediaciones y contradicciones internas y estas lo devoran y llevan a su superación histórica.

Pero es un hecho indudable que el gran aumento de la concentración económica en Estados Unidos, la centralización de las decisiones políticas en manos del ejecutivo, integrado en la mayoría de los casos por hombres directamente ligados a los grandes negocios, la relación creciente entre el Estado, las grandes empresas, la prensa y, en fin, el desarrollo de los servicios de inteligencia, particularmente la CIA, conforman un cuadro tan complejo de interrelaciones que hacen muy difícil saber qué hechos están aislados entre sí y cuáles forman parte de un solo plan de acción.

Esta constatación se hace aún más evidente cuando conocemos documentos tan reveladores como los memorandos secretos de la ITT, los archivos de la Braden y el torrente de documentos y revelaciones que han surgido en Estados Unidos en los últimos años. Todos ellos nos muestran relaciones entre los servicios de inteligencia, el gobierno, las empresas, las universidades y la prensa que superan en mucho las más paranoicas teorías de la "gran conspiración".

En el plano económico han surgido también datos muy significativos. El desarrollo de la nueva izquierda en los años sesenta dio origen a un renacimiento del populismo norteamericano e hizo llegar hasta el Parlamento un fuerte movimiento antimonopólico que viene ganando cada vez más cuerpo en todo el país. Esto llevó a un gran número de estudios sobre la estructura económica actual de Estados Unidos que nos permite observar de muy cerca el comportamiento de los grandes negocios en el país. Entre estos estudios están las investigaciones realizadas sobre el sistema bancario norteamericano por la Comisión sobre Bancos y Monedas de la Cámara de Diputados dirigida por Wright Patman, un viejo populista que cree firmemente en la relación entre democracia, competencia y pequeña empresa.

Los datos que obtuvo esta comisión prueban de manera muy tajante el creciente control o influencia que viene ganando el

sistema bancario norteamericano sobre el conjunto de la estructura económica a través de las compañías o departamentos de fideicomiso. Estos departamentos agencian acciones de particulares y, en los últimos años, son los depositarios de las acciones oriundas de los fondos de pensiones de los trabajadores de las grandes compañías. Las acciones controladas por los departamentos de fideicomiso de los bancos comerciales sumaban 300.000 millones de dólares en 1971.

Cerca del treinta por ciento (30%) de estas acciones estaban en manos de los seis más importantes bancos de Nueva York. Entre estos bancos, hay cuatro mayores que dominaban el sesenta y cuatro punto cinco por ciento (64,5%) de las acciones en fideicomiso de los bancos de Nueva York. Ellos son el Morgan Guaranty Trust Co., el Chase Manhattan Bank, el Bankers Trust Co. y el First National City Bank. Estos bancos tienen enormes mecanismos de presión y control sobre las empresas más importantes de EE.UU. Los seis mayores bancos de Nueva York, además de los préstamos que realizan, controlan más del cinco por ciento (5%) de las acciones de 965 corporaciones norteamericanas y tienen 1,489 interrelaciones de sus directores con los directorios de 1,295 corporaciones. Los cuatro mayores bancos a que nos referimos controlan la mayoría de estas empresas.

Es destacable que estos cuatro bancos a que nos referimos y particularmente tres de ellos (Chase, First y Morgan) aparecen juntos en numerosas compañías, lo que explica por que los Rockefeller que controlan el Chase, los Morgan que tienen el Morgan y el Bankers Trust, así como los Stillman-Rockefeller que dominan el First, tienen profundos vínculos entre sí. Estas relaciones son una consecuencia natural del proceso de concentración económica que va obligando a los diversos grupos económicos a relacionarse entre sí, conformando un único gran grupo. Esto se consolida por las propiedades mutuas de acciones de estos mismos bancos. A título de ejemplo, pues es un fenómeno general, el Chase tenía en 1966 el dos punto treinta por ciento (2,30%) de acciones de su propio banco, el uno punto sesenta y dos por ciento (1,62%) del First, el uno punto

sesenta y cinco por ciento (1,65%) del Morgan, y el uno punto treinta y tres por ciento (1,33%) del Bankers.

Vemos entonces que estos bancos tienen importantes relaciones entre sí y conforman un poderoso imperio que puede tranquilamente establecer una política común en contra de un país. Los hechos que vienen ocurriendo en Chile muestran claramente que el Chase Manhattan Bank, el Morgan Guaranty Trust y el First National City Bank establecen un vínculo entre las principales compañías que han realizado presiones económicas sobre Chile y que parecen apoyar el plan presentado por la CIA y la ITT para ahogar económicamente al país.

Empecemos por la ITT. Según los estudios de la referida Comisión de la Cámara de Diputados de Estados Unidos publicado bajo el título de: *Commercial Banks and Their Trusts Activities: Emerging Influence on the American Economy*, la ITT tiene en su directorio un hombre del directorio del Chase y otro del First. Al mismo tiempo, tanto el First como el Morgan administran fondos de esta empresa. Los mismos First y Chase tienen dos directores cada uno en la dirección de la Anaconda Co., amén de administrar junto con los Morgan varios fondos de esta compañía. El Chase, como se sabe, controla la Cerro Corp. Asimismo, el Morgan y el First tienen un director cada uno en la Boeing Co. y el Chase tiene control sobre el ocho punto siete por ciento (8,7%) de las acciones de esta compañía de aviación. En cuanto a la Ford, tiene dos directores comunes con el Morgan y uno con el First, así como el Chase administra seis de sus fondos de seguros de empleados.

Por fin, tenemos la Kennecott, el Morgan Guaranty Trust tiene un director entrelazado con ella y controla el diecisiete punto cinco por ciento (17,5%) de sus acciones, además de administrar tres de sus fondos de seguros. Al mismo tiempo el First National City Bank de Nueva York tiene dos de sus directores en el directorio de esta compañía minera.

Si nosotros agregamos a estos datos los importantes vínculos de los Morgan con el *Time*, el *New York Times*, el *Wall Street Journal* y McGraw-Hill que edita el *Business Week* entre otras revistas y

vemos que el Chase tiene un director en el *New York Times* y tenemos presente a los centenares de empresas en que estos bancos tienen influencia o control, podemos apreciar la extensión de la amenaza económica que realizan sobre Chile. La importancia de estos datos es mayor cuando sabemos la influencia que tienen los Rockefeller sobre el ala "liberal" del Partido Republicano, el estado de Nueva York y el gobierno de Nixon. Pero debemos preocuparnos aún más al saber que el Chase poseía cerca del veinticuatro por ciento (24%) de las acciones de Yarur y se pueden establecer muchas relaciones entre estos grupos económicos y la economía chilena y latinoamericana.

Estos datos deben servir para que el pueblo chileno se prepare para enfrentar poderosos enemigos, dentro y fuera del país.

Chile Hoy, 27 de agosto al 4 de octubre de 1972

LAS CONDICIONES POLÍTICAS DEL GOLPE DE ESTADO

El país vivió en la última semana una amenaza de golpe militar. Desde hace algunos años, más particularmente desde el movimiento de "Tacna", se ha acentuado en el país un ambiente golpista que es muy común en otros países de América Latina y que suele preceder a los golpes de Estado. En realidad, un esquema golpista no se puede montar de una vez. Tiene que ser probado en múltiples oportunidades, tiene que irse imponiendo progresivamente a la conciencia del país. Los esquemas de golpe fracasados forman parte de la preparación del golpe que triunfará. No se deben despreciar, por lo tanto, los golpes anunciados y no realizados. Como toda acción humana, la realización del golpe de Estado supone la existencia de ciertas condiciones que me gustaría sistematizar en este artículo.

La primera condición para el golpe de Estado exitoso es innegablemente el convencimiento del sector hegemónico de la clase dominante de la necesidad de recurrir a este tipo de acción. En situaciones muy excepcionales su participación puede ser solamente neutral, como en el caso del pronunciamiento que llevó a Velasco al poder. Esto no quiere decir que se necesita contar con el apoyo de toda la clase dominante. Los esquemas pregolpistas tienen por objetivo ganar este apoyo o neutralizar a los sectores más vacilantes. En la consecución de este fin cumplen un papel

muy importante los grupos armados de derecha, los provocadores que crean un clima de anarquía social y desmoralizan el poder existente.

Llegamos así a una segunda condición, muy importante para el golpe de Estado, que es la existencia de sectores desplazados de la oligarquía, que rompen la barrera del comportamiento institucional y buscan arrastrar al resto de la clase dominante hacia su lado. Estos sectores se convierten en los cuadros militantes de la ultraderecha y ganan muy rápidamente los sectores más bajos de la clase media que, debido a su falta de formación profesional y a sus condiciones de vida inseguras, adhieren muy fácilmente al radicalismo de derecha (o de izquierda). Por fin, en los sectores del lumpen encuentran una tropa de choque capaz de agilizar su política y ponerla en práctica en escala más amplia.

En una fase siguiente, cuando adhiere al ultrismo el sector hegemónico de la clase dominante, surgen los cuadros de clase media alta, atraídos por la viabilidad del golpe y por el apoyo del sector hegemónico de la burguesía, los recursos económicos más abundantes, las mejores técnicas de acción. Se mejora la propaganda, se amplía la base militar.

A partir de este momento, el golpe se convierte en una cuestión seria. De los grupitos fascistas se pasa a las grandes acciones de masa, del apoyo de sectores marginales de las fuerzas armadas se pasa a la corrupción de los altos mandos, de la propaganda en pequeños órganos de prensa se pasa a los llamados insurreccionales abiertos en la gran prensa. El golpe pasa a ser una actividad de alto nivel y pasa a conmover las instituciones más sagradas: las fuerzas armadas, la iglesia, la justicia, el parlamento, etc. Se cumple así la tercera condición. En este instante, todo el vasto conocimiento técnico que maneja la CIA y sus importantes contactos internacionales con los medios de comunicación, los grupos económicos, los gobiernos y grupos políticos son orquestados para servir al golpe. Es interesante notar que muchas veces estos diferentes grupos no saben exactamente a quiénes están sirviendo y creen estarse aprovechando de la situación para sus propios fines. No cabe duda,

sin embargo, que solo algunos pocos disponen del conjunto de la información y manejan los esquemas de acción alternativos en que prevalecerá un grupo u otro de los varios que forman la conjura.

Y aquí se plantea una cuarta condición muy importante para el golpe: el apoyo o la complicidad de los sectores centristas o progresistas del espectro político. Es evidente que el golpe en 1964, en Brasil, hubiese sido imposible sin el apoyo de Juscelino Kubitschek y la capitulación negociada de João Goulart. Del mismo modo, el golpe boliviano de 1971 no se hubiese realizado sin la adhesión incondicional del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y la vacilación de amplios sectores nacionalistas revolucionarios. Ni Hitler hubiese llegado al poder sin la complicidad de Hindenburg, ni Mussolini sin el apoyo secreto de la monarquía, etcétera. Es importante constatar, sin embargo, que estos sectores son inmediatamente expurgados del poder cuando se consolida el triunfo fascista. No fue sin razón histórica que se hizo célebre la frase de Tomic: "Cuando se gana con la derecha es la derecha la que gana". La verdad es aún más dramática cuando se gana con la ultraderecha. Tomemos el caso de Brasil. En 1964, Castelo Branco era un simple desconocido que controlaba el Estado Mayor de Goulart y lo traicionó a favor del golpe. Juscelino Kubitschek controlaba a la mayoría del parlamento que eligió a Castelo presidente y consolidó el golpe. Pocos meses después, Castelo Branco tenía fuerza suficiente para suprimir los derechos políticos de Kubitschek y de varios de sus correligionarios de partido.

El quinto factor que determina en realidad la posibilidad del golpe es el carácter del gobierno contra el cual este se ejerce. Si él se afirma verdaderamente en las masas y está dispuesto a enfrentar hasta las últimas consecuencias al golpismo, sacándole poder económico y político, reprimiendo despiadadamente sus maniobras conspirativas, demostrando a los sectores neutrales que es capaz de mantener la seguridad y el orden en el país y de aislar los intentos golpistas de la derecha; si es, por lo tanto, un gobierno revolucionario y no reformista, la semilla del golpe no tiene como imponerse. En este caso, a la derecha solo le queda el

insano camino de la guerra civil. Cuanto menos libertad de acción posea, menor será el daño que podrá hacer al pueblo.

El camino de la guerra civil es mucho más complejo y exige un apoyo internacional y fronterizo amplio. Pero una clase en decadencia, logrando influir fuertemente sobre vastas capas intermedias, no acostumbra retroceder frente a las desgracias que provoca su reacción desesperada. Si alguien duda de esto, que se acuerde de los campos de concentración nazistas y de la destrucción casi total de la vegetación y la muerte de millares de hombres en Vietnam.

Chile Hoy.

¡BENDITA CRISIS!

Los diarios de derecha insisten en presentar la situación actual del país como una grave crisis económica. Muchos economistas de izquierda tienden a hacer un diagnóstico similar. Es necesario, sin embargo, clarificar los términos que se utilizan. Lo que se entiende en general por crisis económica es más bien un fenómeno coyuntural de desajuste o desequilibrio entre la oferta y la demanda. Las crisis capitalistas se caracterizan siempre por una oferta superior a la demanda. Debido a su carácter explotador, el sistema capitalista no puede poner la capacidad productiva existente al servicio de todo el pueblo. Se produce así la situación paradójica de que los productos sobran mientras las grandes masas pasan necesidades y no pueden adquirir esos productos. La única solución para las crisis económicas capitalistas es que se contraiga la producción, restableciéndose así el equilibrio perdido entre la oferta y la demanda.

En los países socialistas o en proceso de transición hacia una economía socialista, el problema se plantea de manera absolutamente inversa. En el socialismo no existe la limitación de la demanda por la capacidad de compra. Los únicos límites para el consumo son las necesidades de los consumidores y la oferta de los productos. Como las necesidades de los consumidores están siempre en crecimiento y la capacidad productiva es siempre insuficiente para atender estas necesidades humanas el sistema socialista no puede tener crisis económicas. Desde un punto de vista burgués se puede

decir lo contrario: el sistema socialista está en constante crisis pues hay en él un constante desequilibrio entre la oferta y la demanda. Este punto de vista es completamente equivocado, pues reduce dos situaciones esencialmente distintas a una igualdad formal. El desequilibrio provocado por una demanda insuficiente tiene su origen en el funcionamiento contradictorio y antipopular del sistema capitalista y se soluciona a través del sufrimiento de las masas. El desequilibrio existente en el sistema socialista es el resultado del insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas y solo se soluciona históricamente a través de un continuo proceso de superación de las limitaciones del conocimiento y de la organización humana. Igualar dos situaciones tan diferentes en su esencia, en su dinámica y en su solución, no es una actitud científica.

Tradición de clase

Fieles a su tradición de clase, los órganos de prensa de la derecha y sus economistas nos entregan el típico razonamiento burgués sobre nuestra situación económica, intentando hacernos creer que vivimos una “crisis económica” cuya solución se encuentra en los manuales de la “ciencia económica” burguesa. Pero ¿cómo podemos hablar de “crisis económica” si aumentamos la producción en cerca del ocho por ciento (8%) al año, si crece el consumo de las masas, si aumenta la tasa de empleo?

¿Pero no vivimos una crisis de abastecimiento, una crisis de divisas, una crisis inflacionaria? Claro que sí. Pero todos estos problemas son parte de una crisis general de crecimiento, una crisis positiva planteada por el aumento del consumo de las masas, por el aumento de la producción, por desnudarse la verdadera crisis que está detrás de las apariencias. Esta es, pues, una crisis de contenido revolucionario que apunta hacia el desarrollo de las fuerzas productivas y no hacia la contención de la oferta; hacia una reestructuración del sistema productivo y del comercio exterior y no hacia un restablecimiento del equilibrio perdido. Que apunta hacia el socialismo y no hacia la miseria, el desempleo y la anarquía.

Crisis política

A pesar de ser económica en su origen y en su solución final, la crisis actual es absolutamente política en lo que se refiere a las condiciones para encaminar su superación. En última instancia, solo una transformación socialista puede dar respuesta a los problemas creados por la política económica en curso. A pesar de que se puede demostrar en varios aspectos de la realidad nacional, esta afirmación se hace aún más evidente cuando analizamos la llamada crisis del comercio exterior.

Los países dependientes participan de la estructura del comercio mundial en una posición de inferioridad. Vendedores de materias primas, productos agrícolas y más recientemente de productos industrializados que utilizan un alto porcentaje relativo de mano de obra, estas economías están sometidas a una estructura de precios monopólica que favorece los productos que ellas importan y desfavorece los que ellas exportan. De esta manera, nuestra balanza comercial tiende a deteriorarse a largo plazo. A pesar de que en ciertas ocasiones (como el auge de la guerra de Vietnam), se elevan los precios de nuestros productos de exportación (caso del cobre) la tendencia dominante a largo plazo es en sentido contrario. De cualquier manera, el intercambio mundial es desfavorable para nuestros países.

Débil estructura

Al mismo tiempo, la estructura de servicios que poseemos es muy débil, lo que nos lleva a pagar enormes divisas en seguros y fletes cobrados a precios monopólicos.

Así también ocurre en el plano de los servicios técnicos y las regalías por concepto de utilización de tecnología extranjera, cobrados a precios exorbitantes, en función del monopolio que las leyes internacionales aseguran a los propietarios de marcas y procesos de producción, comercialización, etcétera. Anualmente

se evaden de nuestros países enormes cantidades de divisas para pagar tales derechos de explotación del conocimiento humano.

No dejan de ser importantes también los gastos en viajes, las remesas clandestinas de dólares al exterior, los negociados cambiarios, las sobrefacturaciones, etcétera.

Pero la explotación más directa y más amplia se realiza a través de las remesas de ganancias siempre excesivas que permiten recuperar en plazos muy cortos enormes inversiones realizadas en nuestros países a través de mil y una formas de financiamiento, sea del estado de los países de donde provienen dichas empresas, sea de nuestros menguados recursos públicos.

El resultado de esta situación de conjunto no podía ser otro que un balance final extremadamente negativo para nuestras economías. Al final de cada año nuestras relaciones económicas internacionales presentan un “déficit” siempre creciente ¿cómo cubrir este déficit? Solo hay un recurso: el préstamo extranjero de gobiernos y particulares. En la práctica, gran parte de las importaciones que realizamos se inscriben en estos programas de “ayuda” hechos para financiar una explotación de nuestros pueblos que de otra forma sería imposible. De hecho, los contribuyentes de los países dominantes financian la exportación de productos de sus empresas que de otra forma no tendrían compradores, así como la operación de estas corporaciones en el exterior. Ayuda real no existe. Todos los planes de Estados Unidos tienen por objeto financiar las exportaciones de productos sin precios competitivos en el mercado internacional; financiar la instalación de empresas norteamericanas en el exterior; financiar la colocación de excedentes agrícolas sin mercado; financiar la venta de armamentos obsoletos, etcétera.

A pesar del carácter explotador de esta “ayuda” ella no es gratuita; tiene que ser pagada, así como los intereses respectivos. El resultado de esta situación es la acumulación de una enorme deuda externa, cuyo servicio toma hoy día cerca del veinticinco por ciento al treinta por ciento (25% al 30%) del valor de nuestras exportaciones. Profundizando así nuestra crisis de comercio exterior y al mismo tiempo, nuestra dependencia de un flujo constante

de la “ayuda” externa bajo las más diversas formas. Nuestros países se ven bajo el control político de sus financiadores, que amenazan en todo momento con suspender la ayuda, no entregar los créditos o piden el derecho de intervenir en la política económica interna para asegurar el “buen uso” de los créditos.

¿Qué pasa cuando un país hiere los intereses de los grandes grupos económicos internacionales? En el caso de Chile, el país se posesionó inmediatamente de las enormes ganancias de las empresas del cobre y de algunas empresas industriales extranjeras. Pero esto fue acompañado de inmediato con la rebaja violenta del precio del cobre que puede ser atribuida en parte a la disminución de la guerra de Vietnam y en buena parte al manejo difícilísimo que disponen los grandes grupos ligados al cobre. Como podemos apreciar con los datos que proporciona este número de *Chile Hoy* y sus vínculos expandidos por todo el mundo.

Al mismo tiempo aumenta la presión internacional sobre el abastecimiento de las compañías de cobre, sobre los compradores de esta mercancía, etcétera. Se inicia así un cerco directo a este sector económico en el mundo capitalista.

En segundo lugar, se detiene de inmediato el flujo de las llamadas “ayudas”, lo que es muy bueno a largo plazo pero provoca de inmediato el desabastecimiento de muchos productos y la paralización de varios planes de inversión. Se paralizan también los créditos para nuevas inversiones y se empiezan a crear problemas para refinanciar la enorme deuda. El resultado es el agotamiento inmediato de las pocas y artificiales reservas existentes.

Se produce así una crisis, pero no una crisis económica producto de un “desequilibrio” entre distintos factores. Se produce la crisis estructural. Una vieja forma de dominación entra en debacle causando enormes dificultades inmediatas, pero abriendo camino al mismo tiempo al establecimiento de nuevas relaciones económicas internacionales y a la reestructuración completa del aparato productivo interno. Porque el aspecto más negativo de este sistema de relaciones económicas internacionales explotadoras que hemos descrito está en sus efectos al interior de nuestras

economías: se establece una economía basada en el control monopólico de la producción y la circulación de mercancías; se integra un sector muy pequeño de trabajadores al aparato productivo; se orienta la producción hacia el consumo de lujo de las minorías; se deja subutilizada gran parte de la capacidad instalada; se corrompe a los sectores dirigentes locales, las élites culturales, políticas y las técnicas, poniéndolas al servicio de la explotación nacional e internacional.

Las soluciones que nacen de una crisis estructural son, pues, sustancialmente diferentes de la que sugiere la “ciencia económica” y superan en mucho el puro nivel de las políticas económicas. No se trata de restablecer el equilibrio en el comercio exterior, equilibrio que de hecho nunca existió y que se resume en un aplazamiento constante de los problemas básicos a través del endeudamiento acumulativo. No se trata tampoco de restablecer el equilibrio disminuyendo las exportaciones en general. Si alguien tiene que pagar esta situación, que no sea el pueblo chileno, sino los banqueros y acreedores responsables de esta crisis.

Son muchos los países que se encuentran en la misma imposibilidad de pagar sus deudas externas, pero les faltan condiciones políticas para realizar una política honorable frente a sus acreedores. Chile debe ir con la cabeza erguida a la renegociación de su deuda externa y no debe temer la situación final de no pagar simplemente sus deudas externas, aplazándolas para el futuro. Si esto puede provocar la ira de los banqueros, los hombres de negocios y los políticos burgueses, provocará sin duda la admiración y el apoyo de los pueblos de los países subdesarrollados y de los políticos honestos, que comprenden la gravedad de la situación que se plantea. El hecho de que la crisis estructural en desarrollo pueda llevar a una tensión tan grande anuncia momentos difíciles y muchas posibilidades de presiones y conflictos crecientes. Tales consideraciones pueden ser aún más graves si tomamos en consideración el hecho de que la economía norteamericana se está recuperando de la crisis que la hundió en la baja de producción y en el desempleo entre 1969 y 1971. Esta recuperación ha hecho

restablecer la confianza de la clase dominante norteamericana e hizo renacer planes de una ofensiva mundial que tienen a Chile muy directamente en su mira.

La ayuda de los países socialistas tiene un contenido muy distinto de la norteamericana, incluso entre países europeos como Suecia podemos encontrar una actitud de ayuda sincera, motivada por intereses económicos o políticos muy distintos. Ella puede no solo ayudar a resolver problemas estructurales, como el de su orientación básica, puede servir para superar algunos problemas inmediatos de importación de productos de consumo popular.

Pero lo más importante de la crisis actual no reside en esta reorientación de sus relaciones internacionales, sino en las exigencias que hace a la estructura interna. Ella plantea la necesidad de llevar a la práctica un plan de inversiones a corto plazo, lo que solo se puede realizar con la creación del área social y el establecimiento de una planificación centralizada. Ella plantea una reorientación de las pautas de consumo que lleve a una nueva utilización de las divisas así como a una diversificación de las fuentes externas de abastecimiento que conduzca a una mayor aproximación con los países del Tercer Mundo. Por fin, ella exige una rápida reorientación de la estructura agraria en base a grandes planes de diversificación de la producción.

El aumento de consumo de las masas crea una presión por una solución positiva de la crisis, aumenta la capacidad de movilización, crea una conciencia aguda de las debilidades del sistema productivo actual y de los obstáculos que representa la propiedad privada de los medios de producción. Se abre así una situación favorable a una amplia movilización de masas en torno de cuestiones concretas de corte nítidamente socialista.

En resumen: se ponen en tensión todas las fuerzas productivas del país y el capitalismo dependiente salta en pedazos bajo la presión económica y política de las masas ¡Bendita Crisis!

Chile Hoy, 6 a 12 de octubre del 2002

FUNDAMENTOS INTERNACIONALES DE LA ESTRATEGIA DE LA DERECHA

La victoria de la Unidad Popular en Chile se produjo en un momento histórico extremadamente positivo que le permitió consolidar en gran parte el proceso de lucha de masas del cual nació.

En el plano internacional, Estados Unidos estaba en el auge de la más grave crisis económica vivida por el capitalismo en la posguerra. Relacionado con esto se vivía en todo el mundo capitalista bajo el impacto de un fuerte ascenso de masas, que tuvo en el Mayo Francés su momento más espectacular, y que se proyectó en los años posteriores en un movimiento más moderado pero muy activo y poderoso.

En el plano latinoamericano, este ascenso no solo se expresó en grandes movimientos de masas, cuya expresión más extrema fue "El Cordobazo" argentino, sino que también influyó en las fuerzas reformistas más moderadas, reflejándose en una ola nacionalista cuya expresión más extrema fue el documento de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana, Cecla.

A esto se agregó la formación de los gobiernos militares nacionalistas en Perú y Bolivia. De esta manera, la clase obrera y el movimiento popular chileno tenían cubiertas sus fronteras con gobiernos progresistas en estos países, y con un poderoso ascenso de masas en Argentina.

Dentro de este contexto internacional representaba un peso especial el crecimiento económico y militar de la Unión Soviética, que sobrepasó en esta época a EE.UU. tanto en poder militar como en producción de acero. Al mismo tiempo, la Unión Soviética y los partidos comunistas demostraban importantes cambios de estrategia política que se habían expresado en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969. Estos cambios estratégicos apuntaban en la dirección de una política más agresiva en relación con el imperialismo en el plano de la confrontación partidaria y la decisión de levantar la bandera del socialismo como objetivo inmediato en América Latina y otras regiones.

Crisis capitalista, ascenso de masas, radicalización moderada del movimiento liberal, surgimiento de gobiernos nacionalistas, cambios de política en los partidos comunistas conforman una coyuntura internacional favorable para el movimiento popular. En este contexto vence la Unidad Popular en Chile. Esta victoria era la expresión del grado de radicalización que había alcanzado este proceso internacional en el país. Frente a él, la clase dominante se había dividido y en el Partido Demócrata Cristiano había triunfado su ala más progresista.

Como en otras partes de América Latina, los nuevos sectores urbanos e industriales modernos de las clases dominantes se disponían a entregar el latifundio para conservar el liderazgo de las fuerzas populares menos politizadas. Esta política, apoyada por la Alianza para el Progreso, había creado fuertes desconfianzas y roces entre los diversos sectores de la clase dominante. Al mismo tiempo, grandes sectores de masas se decepcionaban con el reformismo burgués o pequeño burgués que no había resuelto ninguno de sus problemas y no había sido capaz de cumplir con su programa moderado.

Frente a esta división de la clase dominante y a la creciente decepción popular, el reformismo solo podía salvarse buscando radicalizarse más. Abríase así el camino para que los sectores más radicalizados del reformismo lograsen conducir la campaña. Si la izquierda no hubiera aprendido la lección de 1964 y se hubiera

presentado con un programa nacionalista y democrático, habría sido posible que el reformismo renovado hubiese logrado imponerse. Pero en el cuadro internacional y nacional que describimos no había lugar para un programa nacionalista de liberación nacional. La izquierda se presentó frente a las masas unida bajo la clara dirección de los partidos obreros, con un candidato marxista y agitando la bandera del socialismo. La estrategia reformista fracasó y también el revanchismo derechista.

El rápido bosquejo de este cuadro internacional que hemos trazado nos ayuda a explicar el comportamiento del imperialismo y la derecha frente al Gobierno Popular. No había unidad estratégica ni esquemas claros de acción, había mucho miedo de producir una situación extremadamente conflictiva en el plano internacional desfavorable para el imperialismo.

Es necesario ver, sin embargo, que este cuadro internacional está cambiando rápidamente, lo que nos hace anunciar situaciones distintas. La economía norteamericana empieza a recuperarse económicamente, a pesar de tener aún dificultades bastante serias; en Estados Unidos y Europa está en ascenso una ola conservadora que ataca las posiciones conquistadas por la izquierda en los últimos años; en el plano internacional la Unión Soviética comienza a perder posiciones importantes, lo mismo que en el Oriente Medio. Todo hace pensar que el imperialismo está recomponiendo sus fuerzas y preparando una nueva ofensiva. Chile es uno de sus blancos principales.

Es en este contexto que debemos analizar el embargo del cobre por la Kennecott, la unidad política alcanzada por la derecha y el actual movimiento "gremialista". No se trata de hechos circunstanciales, sino de una profunda revisión estratégica en función del cambio de correlación de fuerzas a nivel mundial.

DOS AÑOS Y EL PROGRAMA

Cuando se conmemora el segundo aniversario del Gobierno Popular, se hace necesario un balance de lo realizado y de lo que queda por realizar.

De hecho se ha cumplido casi con todas las tareas antiimperialistas y contra el latifundio. El viejo orden colonial-exportador fue golpeado definitivamente en Chile.

Se nacionalizaron todas las riquezas básicas del país y se terminó con el latifundio. Al mismo tiempo se nacionalizó el sistema bancario y el comercio exterior.

Pero si las medidas del Gobierno Popular se hubiesen reducido a los sectores mencionados nos habríamos quedado en el marco de una revolución de la liberación nacional muy radical. Sobre tales bases podría prosperar en Chile un fuerte capitalismo monopolista de Estado que utilizaría estas transformaciones radicales en beneficio de la acumulación de capital. Se habría creado así algo similar al régimen revolucionario institucional de México. Con ello se habrían evitado los conflictos con el capital extranjero que sabe muy bien que tales formas de liberación nacional, al abrir camino al gran capital, no hacen más que preparar el terreno para el dominio del capital imperialista. Se habría contentado así al *New York Times*, a *El Mercurio*, a la democracia cristiana y a todos los "progresistas" del mundo, y solo se habría sacrificado al pueblo chileno y la dignidad nacional. Pero la Unidad Popular ha seguido otro camino

y ha buscado poner en práctica todo su programa, desafiando de antemano al imperialismo y todos sus aliados, conservadores o progresistas.

Fue así como el ministro de Economía Pedro Vuskovic inició las requisiciones de las empresas monopólicas provocando la ira y la desesperación de la burguesía e iniciando la formación del área social de la economía en base a un claro principio socialista. El ministro afirmó en esta ocasión a los obreros que el área social estaría constituida por las empresas más avanzadas, las más importantes, las más necesarias para una futura planificación de la economía. Desesperados, los patrones recurrieron al “boicot” de la producción y buscaron envolver ideológicamente a la clase obrera con la tesis de la “empresa de trabajadores” — hoy en pleno olvido—. La respuesta de la clase obrera entonces muy tímida y poco segura de sus propias fuerzas fue, sin embargo, decisiva. Los obreros no solo impidieron el “boicot” patronal sino que tomaron posesión de las empresas y las pusieron a funcionar a su más alto nivel.

Estos parecen actualmente días lejanos, pues son parte de un proceso consolidado. Pero en aquellos momentos no faltaban quienes dudaban de la disposición de lucha del proletariado chileno.

Al lado de las requisiciones y compras de empresas que abrían el camino revolucionario se generaba la fuerza que habría de convertirse en el futuro en la mejor defensa de este camino: empezaban a surgir los mecanismos de control obrero de la producción y de participación en la gestión de las empresas estatales. Estos se extendieron luego al campo de la distribución, con la formación de las JAP.

También cumplió su papel la política de redistribución del ingreso, el convenio Central Unitaria de Trabajadores-Gobierno (CUT-Gobierno) y la democratización de la CUT a través de las elecciones directas. Todos estos factores permitieron al proletariado como clase influir en la vida nacional y sentirse responsable directo del proceso en curso. En el campo, los Centros de Reforma Agraria, a pesar de todos sus defectos, buscaron abrir al campesinado el

camino de la empresa colectiva, evitando el peligro de crear una pequeña y mediana burguesía rural que apoyaría las pretensiones neocapitalistas de la burguesía urbana.

Pero estamos a mitad de camino. Llegamos así a la cuestión de las perspectivas para el futuro. La situación actual es sumamente compleja pues tiene en su seno una fuerte contradicción. Por un lado, no se han completado las tareas de destrucción de la base económica del orden capitalista y tampoco se ha derribado su armazón institucional. Por otra parte, se ha gestado en el país una economía nueva formada por un área social amplia y se han creado, sobre todo en la actual crisis política, varios organismos de poder popular que no están dispuestos a volver atrás en sus conquistas para amoldarse al aparato democrático burgués. La contradicción entre el viejo orden decadente y el nuevo orden emergente empieza a entrar en una fase aguda que puede estallar en cualquier momento.

Además, falta destruir el imperialismo en el sector moderno de la economía donde impone su tecnología. También en el plano internacional continúa la dependencia: la deuda externa, la venta del cobre y el abastecimiento de productos en el mercado mundial capitalista. Todos sabemos como tales factores son aprovechados para bloquear económicamente el país. En cualquier momento puede precipitarse una grave crisis en este campo que obligue al gobierno a tomar medidas más radicales. En el campo, no se ha resuelto aún si habrá o no un área social predominante, dejando abierto el camino al capitalismo mediano y pequeño.

Es evidente también la limitación que representa el aparato administrativo del estado burgués, construido para dar empleo a vastos sectores de las capas medias, que no cumplen ninguna función útil y que representan un enorme gasto.

La falta de articulación de las empresas del área social, su inestabilidad por la ausencia de una ley que garantice la propiedad estatal, la subsistencia de un aparato funcionario anárquico y pletórico, dificultan la implantación de la planificación económica de cuyo pleno desarrollo depende la instauración del poder popular.

Pero todas estas dificultades, que son muy bien aprovechadas por las clases dominantes en decadencia para transformarlas en ejemplos de ineficiencia del Gobierno Popular, representan la resistencia de un orden en decadencia. Si la clase obrera logra consolidar y profundizar los avances orgánicos de los últimos días, nadie, ni la más encarnizada guerra civil logrará paralizar el proletariado chileno. Si los dos últimos años y particularmente las tres últimas semanas no lograron convencer a los escépticos, les convencerá la fuerza de su puño.

¿HABRÁ PAZ SOCIAL?

Hay en este momento una expectativa de “paz social” en Chile como fruto de la participación de figuras militares en el actual gabinete. La clase obrera y las masas populares junto a los militares demostraron que pueden mantener funcionando al país, aún con la paralización de un sector importante de los transportes, del comercio y de los profesionales, auxiliados por el sabotaje y la presión económica internacional. Se supone, pues, que las fuerzas de derecha se han convencido de la fragilidad de su táctica insurreccional y buscan un camino de oposición legalista. Esta suposición es sin embargo falsa, pues admite que la derecha puede arriesgar los últimos instrumentos de control económico que mantiene sin actitudes desesperadas. Al contrario de lo que muchos piensan, la táctica de la derecha es esencialmente defensiva y está determinada no por sus deseos o voluntad, sino por el avance de las masas que ella busca contener desesperadamente. La paz social solo le podrá servir si contiene este avance de las masas.

Pero, ¿podría el Gobierno Popular, por razones tácticas, paralizar la ofensiva popular para alcanzar una tregua hasta las elecciones? ¿Qué condiciones sociales son necesarias para que exista una paz social?

En primer lugar, es necesario establecer una situación de crecimiento o estabilidad económica donde la repartición del producto

social sea un problema secundario. En tales condiciones, la lucha de clases se ablanda y permite gobiernos relativamente tranquilos.

En segundo lugar, se hace necesario un consenso social en torno a la legitimidad del Gobierno existente y su ecuanimidad en la lucha de clases. Esto quiere decir que un gobierno de paz social tiene que aparentar estar por arriba de las clases y no puede alterar el *statu quo*. Debe ser, por lo tanto, en esencia no revolucionario y, como máximo, reformista.

En tercer lugar, este gobierno debe disponer de los recursos administrativos que le permitan implementar normalmente sus planes de acción. ¿Puede el actual gabinete conseguir estas condiciones hasta marzo?

En primer lugar, vivimos una profunda crisis económica, cuyo origen último es la destrucción del orden capitalista dependiente imperante en Chile. Esta crisis ha llegado a un punto muy agudo en el presente, que se expresa en la escasez de divisas y en la inflación. El propio presidente se ha referido a la necesidad de establecer una economía de guerra en el país ¿pero guerra en contra de quién? Guerra en contra de los gastos de divisas excesivos, practicados fundamentalmente por el consumo suntuario de la gran burguesía y de la alta clase media. Guerra para sustituir rápidamente gran parte de los productos esenciales que se importan. Guerra contra el sabotaje internacional del gran capital, que busca empujar al extremo las dificultades de divisas del pueblo chileno. ¿Cómo se puede resolver tal crisis sin profundizar la lucha de clases en Chile, aumentando el control estatal de la economía, racionalizando la producción y el consumo?

Por otro lado está la inflación, que ha alcanzado un ciento treinta por ciento (130%) en ocho meses. Cuando la inflación llega a este límite tiene que ser contenida drásticamente. Y solo hay dos maneras de contener la inflación: paralizando el aumento de precios. En el primer caso se aumentan las ganancias y se estimulan las inversiones de los capitalistas, y por eso es la única manera de paralizar la espiral inflacionaria en los países capitalistas. En el segundo caso, se deprimen las ganancias de los capitalistas y ellos

disminuyen las inversiones o buscan aumentar los precios a través del mercado negro o burlando el control de precios. Para impedir tal situación es necesario estatizar el máximo de empresas para imponer un real control de precios, controlar directamente la mayor parte de la distribución para evitar el mercado negro y, por último aumentar la vigilancia popular sobre los sectores privados que subsisten.

La situación no permite, por lo tanto, una tregua de la lucha de clases en este momento. La burguesía sabe de esto y busca desesperadamente movilizar al pueblo contra el gobierno. Si este vacila y acepta sus argumentos, si paraliza su ofensiva, si no profundiza la lucha de clases y lanza sus teóricos, propagandistas y agitadores en la línea contraria; si no utiliza su poder y autoridad para denunciar a la burguesía, sancionarla y despojarla de poder, la crisis puede volcarse en contra de él, entregándose a los sectores medios el control ideológico de la burguesía. Es innecesario señalar los efectos negativos que esta posición defensiva tendría en la prueba electoral y en la propia estabilidad del gobierno.

No puede haber, pues, consenso en tal situación y el gobierno no puede situarse sobre la lucha de clases adoptando una política ecuanime. Por más que se esfuerce, va a estar bajo el constante ataque del gran capital y muchos sectores del capital mediano e incluso del pequeño. El gran capital no puede aceptar que continúen las requisiciones, que el crédito sea usado a favor del área social, que el poder económico del Estado no lo favorezca. No puede permitir, sobre todo, que se continúen desarrollando los gérmenes de poder popular que nacieron en el país, especialmente en la última crisis. Pues a través de un uso correcto de esos instrumentos, sin sectarismo ni electoralismo, sino en una firme política dirigida a atender los intereses populares, el pueblo avanza en conciencia y va destruyendo progresivamente las ilusiones electorales de los capitalistas y sus aliados. Es muy poco probable, pues, que la derecha acepte una "paz social" que la someta a tales condiciones.

Por último, en el plano administrativo se hace cada vez más patente la incapacidad del actual Estado burgués para permitir la

implementación de un plan de desarrollo de largo alcance y superar su inmovilismo y anarquía. De esta manera, se va haciendo cada vez más necesario desplazar hacia los trabajadores, los pobladores, las dueñas de casa, las tareas de organización del abastecimiento de la producción, de la distribución.

No se cumple así ninguna de las condiciones que permiten una “paz social” hasta las elecciones de marzo. Para conservar su autoridad y los avances ya alcanzados, el Gobierno y los trabajadores se verán obligados a profundizar sus conquistas, utilizando los mecanismos existentes y ampliando sus bases de poder popular. La oposición no aceptará esta forma tan dinámica de “paz social” y continuará intentando paralizar este proceso de transformación antes de las elecciones, buscando desesperadamente un camino insurreccional. La democracia cristiana no se sentirá jamás satisfecha, pues la “rectificación” que pide al gobierno es la capitulación de su programa. El problema de la paz social trasciende así la presencia de los ministros militares en el gobierno. Ningún militar, ningún representante de la autoridad puede dominar un proceso de lucha de clases que haya alcanzado el grado del chileno en el momento actual.

EL GIGANTE OBRERO

El martes las calles de Santiago se inundaron otra vez de obreros organizados y disciplinados, combativos y alegres, para conmemorar dos años de Gobierno Popular y para despedir al Presidente Allende. Quien haya mirado con detenimiento aquellos rostros marcados por el trabajo y el sufrimiento, aquellas mujeres con sus niños en brazos, aquel electrizante clima de solidaridad y voluntad revolucionaria, podrá comprender con mucho más facilidad la profundidad de los descubrimientos teóricos del marxismo y podrá dar forma de carne y hueso a las formulaciones más abstractas de la teoría.

Al comentar las discusiones teóricas de los años 30. Isaac Deutscher llamaba la atención sobre la fe aparentemente metafísica de los viejos bolcheviques en la clase obrera. Para un joven moderno, señalaba Deutscher, esa fe parecerá algo muy artificial. No lo era así para los que vivieron la Revolución rusa y vieron a esa fuerza social en las calles, en las empresas, en los campos de batalla y conocieron en la práctica su capacidad de lucha y de liderazgo político.

Renacimiento del radicalismo obrero

Para un joven que vive en Chile de 1972, la realidad es sin embargo completamente distinta de la que Deutscher imaginaba para los jóvenes modernos. Porque conoce de cerca esa fuerza

histórica, puede leer y comprender sin problemas a los viejos bolcheviques. En cambio, le parecerán extrañas y falsas las elaboraciones “teóricas” que los “científicos” sociales y políticos burgueses y pequeño burgueses realizaron en las décadas de 1950 y 1960 para anunciar el fin de la militancia obrera, el fin de las clases sociales, etcétera. De hecho, el ciclo de expansión económica del capitalismo de la posguerra había dado origen a un movimiento obrero amarillo, dominado ideológicamente por la burguesía, por el pacifismo, por el reformismo. Los que creyeron sin embargo que esto era el fin del radicalismo obrero estaban profundamente equivocados. La nueva crisis capitalista que se anuncia en 1968 marca el renacimiento del radicalismo obrero a nivel internacional. El movimiento de Mayo en Francia, los “Veranos calientes” de Italia, las huelgas obreras de Inglaterra, “El Cordobazo” en Argentina, son simplemente expresiones máximas de un movimiento mundial.

Chile no solo no se queda atrás en este proceso, con la huelga general de 1968 en la que murieron seis obreros sino que ofrece además un ejemplo de organización y disciplina de clase que causa espanto y admiración. Con la constitución del Gobierno Popular y la disciplina revelada en los nerviosos días de septiembre a noviembre de 1970, se anuncia la aparición en escena de un movimiento político de alto nivel.

Acumulación de experiencias

Son muchas las experiencias concretas que va acumular la clase obrera chilena desde 1970 hasta hoy. A lo largo de la lucha política general contra la derecha en la que demuestra una actitud serena, una ausencia de sectarismo y una gran capacidad de buscar y establecer aliados, fueron muchas las experiencias novedosas que anuncian un mundo nuevo.

Este es el caso de la lucha por la formación del área social de la economía. En esta tarea, la clase obrera tuvo que desempeñarse en un campo nuevo de actividades y de responsabilidades que enfrentó con gran firmeza. No solo fue su tarea “tomar” las empresas

que cabía requisar, controlar los actos de sabotaje de sus patrones y sustentar la lucha contra los enemigos de clase dentro y fuera de la empresa. Más importante aún fueron sus tareas después de requisadas las empresas. Abandonados por los antiguos gerentes y técnicos, frente a interventores jóvenes y en general inexpertos, los obreros lograron no solo mantener la disciplina de trabajo, sino también aumentar la producción, plantear nuevos esquemas de abastecimiento, inventar repuestos, realizar trabajos voluntarios, buscar capacitarse técnica y políticamente para las nuevas tareas. Las fábricas chilenas se convirtieron en el microcosmos de la nueva sociedad emergente en Chile.

Pero la clase obrera no se quedó encerrada en las empresas. Tuvo que enfrentar de inmediato los problemas del abastecimiento creando las juntas de abastecimientos y precios. Frente a las amenazas de la derecha, los obreros se vieron obligados a coordinar sus actividades para vigilar y defender sus empresas y resolver problemas más amplios de abastecimiento e incluso de distribución de productos. La crisis de octubre, al obligar a la clase obrera a asumir la dirección económica del país, obligó a desarrollar estas formas de organización, consolidando los coordinadores de los cordones industriales y creando los comandos comunales, nuevas expresiones de su capacidad orgánica.

Hoy día, la clase obrera chilena descubrió su fuerza y su poder. Además creó formas de organización que la capacita para dirigir gran parte de la vida económica, social y política del país. La reunión del área social le ha planteado la tarea de participar muy directamente en la planificación económica del país. La importancia creciente de la CUT en la vida nacional aumenta día a día sus responsabilidades.

El obrerismo: peligroso enemigo

El obrero chileno es un hombre en plena transformación, que asume día a día nuevas responsabilidades y gana en conciencia y en conocimiento de la realidad económica, política y social de su país.

Falta muy poco para que él asuma directamente el control político de toda la vida del país. Para realizar esta tarea que se encuentra casi al alcance de sus manos, los obreros chilenos tendrán que doblegar a su más poderoso enemigo: el obrerismo. El obrerismo es aquella actitud política que crea una valorización mítica del obrero, que transforma el obrero concreto en una especie de semidios y que, lo que es peor de todo, lleva a los obreros a preocuparse por sí mismos y no por la sociedad. En este libro siempre rico de sugerencias y enseñanzas, el *¿Qué hacer?*. Lenin insiste sobre la necesidad de que la propaganda revolucionaria se preocupe en entregar a la clase obrera una visión lo más amplia posible de los problemas del conjunto de la sociedad, a nivel internacional y nacional. Todo intento de hacer que la clase obrera se vuelque en sí misma es contrarrevolucionario y reformista.

Más que nunca es importante esta enseñanza de Lenin. En el Chile de hoy día la clase obrera se está convirtiendo en dirigente real de la sociedad. Ella no puede, ni por un solo instante, dejarse llevar por una actitud economicista y gremialista. Si logra entender claramente el verdadero sentido de los avances que ha logrado, hará realidad la Revolución chilena, poniéndose al frente de los campesinos, de las amplias capas del proletariado y del semiproletariado chileno, arrastrando consigo a la intelectualidad, los técnicos y los trabajadores independientes, neutralizando la pequeña y la mediana burguesía, dividiendo a la clase dominante, superando las vacilaciones de las direcciones pequeño burguesas, rompiendo los modelos convencionales y apoyándose fundamentalmente en su propia experiencia, aprendiendo de una manera creadora de los otros procesos revolucionarios.

La capacitación: tarea nacional

Para estar a la altura de todas estas tareas los obreros chilenos sufren evidentemente la ausencia de una formación cultural, científica y técnica adecuada. Por esta razón, el problema de capacitación de la clase obrera se transforma en una cuestión vital y decisiva.

El encuentro de capacitación sindical promovido por la CUT es un ejemplo de esta inquietud. De él se desprende no solo la necesidad de entregar a los obreros elementos técnicos y formación sindical, sino también un conocimiento de la economía y la sociedad, de las teorías revolucionarias, de las experiencias históricas. Es evidente que la CUT sola no está capacitada para responder las necesidades de capacitación y educación de una clase que pasa a asumir las tareas históricas que hemos planteado.

Hay que pensar, pues, el problema de la capacitación obrera en una escala nacional. La clase obrera tiene que poner a su servicio "todo" el aparato educativo del país, ya y ahora. La educación primaria, secundaria y universitaria tiene que pasar por una reforma rápida e incisiva, bajo una presión fuerte y combativa de la clase obrera organizada en la CUT, en los partidos populares, en las nuevas formas de poder popular y en el Gobierno.

Es absurdo aceptar que el enorme aparato educativo existente en el país continúe siendo utilizado con un sentido burgués y pequeño burgués en un momento en que la clase obrera tiene tal hambre de conocimientos. Es absurdo aceptar que las editoriales, la prensa, la radio, la televisión y todos los instrumentos de comunicación continúen ignorando estas necesidades de la clase obrera. Es imposible aceptar que la Universidad de Chile y otras universidades continúen aumentando sus gastos y manteniendo al mismo tiempo sus salas de clase desocupadas en las noches, cuando hay tal hambre de conocimientos. Es imposible aceptar que las carreras universitarias continúen teniendo el carácter de formar profesionales liberales para una sociedad que los obreros están liquidando a cada día. Es imposible aceptar que la educación media continúe formando pijes sin profesión, dejando de lado la formación profesional para las grandes masas. Es imposible aceptar que no se haya liquidado el analfabetismo en el país. Es imposible aceptar que la izquierda continúe despreciando las actividades educacionales y que sea derrotada en las universidades y entre los estudiantes secundarios, principalmente por su incapacidad de entender el papel de la enseñanza en el proceso revolucionario en curso.

Clase obrera, dirección real de la sociedad

La clase obrera necesita estar a la altura de los acontecimientos, no solo al avanzar en su conciencia general del proceso, en sus formas de organización, en su capacitación política inmediata, sino también para exigir que los nuevos políticos, ingenieros, científicos, administrativos, médicos, técnicos, profesionales del país, sean hombres de mameluco o hijos de estos hombres, que los nuevos agrónomos sean campesinos o hijos de campesinos, etcétera.

Hay que pensar en escala nacional. Hay que pensar en términos de la plena utilización de los recursos existentes. Hay que pensar en términos de capacitación del conjunto de la clase, superar el artesanado, poner al servicio de la revolución todos los instrumentos técnicos de la sociedad.

La clase obrera chilena no puede paralizarse en medio del camino: las tareas son gigantescas, pero más gigantesco es el objetivo final de la lucha obrera: crear una sociedad sin explotados ni explotadores. El gigante obrero renace frente a nuestros ojos cargados de escepticismo pequeño burgués. Hay que retomar la fe de los viejos bolcheviques; la clase obrera chilena la justifica.

Chile Hoy, 1 a 7 de septiembre de 1972

CORPORACIONES MULTINACIONALES, IMPERIALISMO Y ESTADOS NACIONALES

La denuncia del presidente Allende en las Naciones Unidas, el pedido del Gobierno chileno de que se haga una investigación internacional sobre el tema y la decisión del senado norteamericano de iniciar un ciclo de audiencias de tres años sobre el asunto, dirigido por el senador Church, han puesto en el orden del día internacional el tema de las empresas multinacionales. Hace cerca de cinco años que los círculos especializados se vienen preocupando del surgimiento de este nuevo tipo de empresa internacional y se han hecho varios estudios especializados y amplias investigaciones que nos permiten conocer sus características generales y sus tendencias básicas.

Pero, ¿qué son estas empresas multinacionales de que tanto se habla? Desde el Renacimiento se conocen empresas comerciales que operan a nivel internacional y que explotan directamente el comercio y parte de la producción colonial. También, al final del siglo XIX, se produjo un gran desarrollo de la economía internacional en base a los *trusts*, empresas de los países dominantes que controlaron la producción de materias primas y productos agrícolas en los países coloniales y que formaron intrincadas redes de intereses industriales, comerciales y financieros a nivel internacional. América Latina ha sido terreno preferido para la acción de estos grupos económicos como la Standard Oil y la United Fruit,

entre otros. Los trusts y carteles han controlado y monopolizado el comercio mundial y gran parte de los negocios nacionales desde el fin del siglo XIX hasta la década del 30, en la cual a consecuencia de la crisis económica mundial capitalista de 1929 se inicia un proceso de proteccionismo y autonomía económica que acentúa la lucha por los mercados internacionales y lleva a la Segunda Guerra Mundial.

Después de esta, la economía capitalista tuvo que realizar importantes cambios para superar la crisis económica de los años 30 de la cual no habían salido aún, para recuperarse de la destrucción provocada por la guerra y para responder al desafío de un mundo colonial en rebelión y una economía socialista en expansión y fortalecimiento. Para enfrentarse a esta situación novedosa era necesario reforzar no solamente el papel del Estado en la economía de manera de integrar y unificar en el plano nacional los intereses del capital, sino también aceptar en el plano internacional la hegemonía clara y patente de Estados Unidos, que había emergido de la guerra con una superioridad económica, tecnológica, política y militar evidente sobre el resto de los países capitalistas. La vida política internacional se divide así en dos grandes bloques bastante integrados entre sí. De un lado, el naciente bloque de los países socialistas reforzado por la revolución china en 1949; del otro, el bloque de las economías capitalistas integrado relativamente bajo el liderazgo norteamericano.

Este proceso de integración fue, al mismo tiempo, causa y consecuencia de la formación de las empresas multinacionales que se convirtieron en su célula orgánica. La fuerza económica de Estados Unidos en el plano mundial, el poder de su moneda, la presencia de sus tropas en todo el mundo, el peso de su ayuda financiera crearon el ambiente ideal para una expansión explosiva de las inversiones de las empresas norteamericanas en el exterior. A diferencia del pasado, estas nuevas inversiones no tenían por objeto controlar la producción y el mercado de materias primas que se habían consolidado en las décadas anteriores y que en la posguerra se convirtió en un aspecto secundario de las inversiones, ellas se convirtieron en una potencia económica extranjera dentro de los países.

Las nuevas inversiones internacionales de posguerra se caracterizan, en primer lugar, por su nuevo destino sobre todo hacia Europa, Canadá y Japón, permitiendo a las empresas norteamericanas crear una verdadera potencia económica nueva en el interior de los principales países industrializados. En segundo lugar, ellas se caracterizan por una acentuación creciente de las inversiones industriales, comerciales y aún en servicios. Esto significa que ellas pasan a crear empresas vinculadas al mercado interno de los países hacia donde van. Al contrario de los *trusts* que creaban en general empresas volcadas hacia el mercado mundial, de carácter exportador, dedicadas en general a explotar materias primas o productos agrícolas, las nuevas empresas que se crean en el exterior se meten en la estructura productiva interna de estos países, se convierten en parte de su economía nacional y se benefician así muy directamente de todo el proceso de reactivación internacional de la economía capitalista de posguerra.

Los efectos de esta nueva etapa de la inversión internacional son muy importantes a nivel de los países que sufren sus efectos. Sea en los países desarrollados, cuya burguesía se ve repentinamente amenazada dentro de su propia casa, sea en los países dependientes, en los cuales se había fortalecido en los años 30 un brote de burguesía industrial que vio completamente fracasados sus sueños de crear una economía nacional autóctona e independiente, en todos estos casos se veía el inicio de una nueva etapa de la economía mundial capitalista bajo la hegemonía norteamericana.

Pero estos efectos no limitaron el plano de las economías nacionales. También cambiaron significativamente la estructura y los modos de operación de las corporaciones capitalistas. Las grandes empresas, que concentraron la mayor parte de esta expansión internacional del capital, cambiaron su propio carácter: de empresas nacionales con fuertes intereses en el exterior que complementaban sus negocios internos se convirtieron con mitad o un tercio de sus negocios en el exterior. Este cambio cuantitativo representa un cambio cualitativo que afecta profundamente el propio carácter de la empresa.

Los intereses de las corporaciones multinacionales no se vinculan solo a la suerte de algunos productos básicos en el mercado mundial. Sus expertos y sus dirigentes tienen que conocer razonablemente las condiciones del mercado interno de cada uno de los países donde realizan inversiones y tienen que basar su programación financiera y de inversiones en un conocimiento y dominio profundo de las condiciones económicas internacionales. Dado su poder y la dimensión de sus intereses, no pueden quedarse en una actitud puramente de expectativa sino que tienen que operar directamente en el sentido de crear lo que ellos llaman un “clima” o “ambiente” adecuado para sus inversiones en todos los países.

Así como a nivel interno el capitalismo tiene que recurrir cada vez más al Estado para organizar y defender sus intereses, también a nivel internacional se hace cada vez más necesaria una intervención permanente y sistemática del Estado. En el período anterior, el Estado entraba a defender los intereses de sus empresas en el exterior a través de la presión directa de sus tropas y sus marinos —como lo conocieron tantas veces los latinoamericanos— de la presión económica directa y de los mecanismos financieros. En la posguerra estos mecanismos se hicieron más complejos y se refinaron extremadamente. Se crearon los programas de “ayuda” externa, se desarrollaron los mecanismos multinacionales de fijación del valor de las monedas de compensación financiera, de préstamos, de asistencia técnica financiera, etcétera. En todos estos casos, el gobierno norteamericano intervino o interviene directamente para no solo garantizar los intereses del capital internacional, sino también para abrirle camino, crear facilidades para su expansión, conseguirle mercado interno, determinar la política económica de los países de manera de favorecer sus intereses, bloquear la expansión de sus posibles competidores, etcétera.

Así los intereses del capital internacional, hoy día encarnado en las empresas multinacionales, se hacen carne y uña con su Estado nacional de origen, que no solo representa en este nuevo contexto los intereses nacionales sino que asume directamente la función de líder gerente y defensor de los intereses del sistema capitalista

mundial que se identifica directamente con los intereses de la célula de este sistema: las empresas multinacionales.

El crecimiento de las empresas multinacionales significó la creación de verdaderos monstruos económicos y financieros que adquieren una tal autonomía de decisión y acción y que crea una cantidad tan grande de intereses que no solamente provocan graves conflictos entre sus partes como entre su conjunto y las distintas economías nacionales y sus respectivos Estados. Esta nueva anarquía internacional provocada por el capitalismo ha puesto en cuestión la hegemonía norteamericana en el mercado mundial y ha provocado una profunda división en el interior de la clase dominante de estos países. Los intereses del gran capital internacional empujan hacia una nueva economía mundial con plena libertad de movimientos para los capitales internacionales lo que llevaría a acentuar parte de los problemas económicos que vive hoy día Estados Unidos y terminaría de debilitar definitivamente las empresas volcadas hacia el mercado interno norteamericano. La razón para que esto suceda es que las empresas multinacionales empiezan a cercar desde afuera al mercado interno norteamericano. Aprovechando la mano de obra barata de los países dependientes o aún de importante desarrollo capitalista, las corporaciones multinacionales se aprovechan de su control de las principales industrias de estos países para exportar hacia el mayor mercado del mundo: Estados Unidos. Con eso entran en competencia con empresas norteamericanas que a pesar de ser importantes y grandes han concentrado sus actividades en el mercado nacional en sectores industriales en que Estados Unidos no puede competir como los textiles, industrias alimenticias o incluso buena parte de las piezas y repuestos de la industria automovilística, electromecánica, etcétera.

Corporaciones multinacionales y Estado

Se profundizan así las contradicciones entre el gran capital internacional y los intereses del (relativamente) mediano capital

norteamericano, de grandes sectores del movimiento obrero norteamericano, que ven en esta política una amenaza de desempleo creciente, y de gran parte de la pequeña burguesía. La situación es contradictoria, pues no hay ninguna duda de que las corporaciones multinacionales no pueden realizar sus planes de control de una nueva economía exportadora industrial internacional si no cuentan con un decidido apoyo del Estado norteamericano y de su fuerza económica nacional que le aseguren la hegemonía y el control sobre las principales economías exportadoras. Los casos más graves son los del Japón y Alemania que disponen de un poder de maniobra suficientemente fuerte para no solo bloquear la entrada y el control del capital norteamericano sobre sus economías como para competir fuertemente en el mercado norteamericano en los países hacia los cuales se dirigen las principales inversiones.

Frente a una reacción política interna en contra de su concepción de la economía mundial, las empresas multinacionales que tienen su base de operaciones en Estados Unidos se ven en la necesidad de controlar este frente interno antes de aventurarse a una nueva política agresiva de expansión en el exterior. Por esta razón se formó en este momento un fuerte bloque conservador en Estados Unidos cuyo objetivo principal es retomar el control y la hegemonía económica internacional de Estados Unidos, bastante amenazada con la crisis del dólar y de la balanza de pagos, así como con sus enormes problemas internos. Su objetivo final es, sin embargo, la creación de esta nueva economía mundial completamente controlada por las empresas multinacionales, los Estados nacionales, los sectores populares y el bloque cada vez más compacto del capital internacional.

Una cosa es cierta, en esta nueva etapa imperialista: los Estados nacionales, particularmente el norteamericano, tendrán que actuar mucho más intensamente para organizar y administrar esta nueva economía internacional.

Estos hechos tienen gran interés para entender el desarrollo de las luchas antiimperialistas en nuestro tiempo y particularmente

en Chile. La posibilidad de la experiencia chilena y el carácter disfrazado que adoptó el bloqueo imperialista a Chile se deben en gran parte a las dificultades económicas y políticas que enfrenta el imperialismo en la etapa actual. Estas dificultades se van solucionando progresivamente y se va abriendo el camino para una nueva coyuntura internacional marcada por un violento intento del imperialismo norteamericano de retomar sus posiciones perdidas y su incontrastable hegemonía.

Los pueblos del mundo deben prepararse para días muy duros de confrontación internacional. La bonanza que parece anunciarse como consecuencia de las nuevas relaciones internacionales entre Estados Unidos, China y Unión Soviética, de los anuncios de paz en Vietnam, etcétera, no son nada más que partes de un juego violento por la hegemonía mundial capitalista. Por algún tiempo estas confrontaciones quedarán enmarcadas en el plano económico. En este momento, Estados Unidos prepara, sin embargo, la formación de un ejército de profesionales, altamente equipado y entrenado, una especie de ejército de marines que pueda garantizar militarmente la ofensiva política y económica que prepara el gran capital.

Las corporaciones multinacionales, el Estado norteamericano y su política imperialista se juntan siempre, con mayores o menores diversificaciones tácticas cuya importancia no se debe olvidar, para imponer al mundo el régimen del capital en la única forma en que puede sobrevivir en nuestros días: integrado internacionalmente bajo la hegemonía norteamericana y en base a las corporaciones multinacionales.

COMANDOS COMUNALES Y ELECCIONES

Desde la crisis de octubre se ha generado en el país un importante movimiento de organización popular que vino a consolidar un proceso de gestación de poderes independientes de los trabajadores. La dimensión de la crisis económica, creada debido a la distribución del ingreso a favor de los trabajadores, la estatización de gran parte del aparato económico, las presiones del imperialismo y el sabotaje de la burguesía, han obligado a los trabajadores a tomar la iniciativa para resolver los distintos problemas que enfrentan y para garantizar los avances que han realizado. Los trabajadores han descubierto en este proceso que hay que establecer su propio poder en las empresas no solo para garantizar su funcionamiento y el aumento de la producción, sino también para defenderlas de la contrarrevolución. Ellos han descubierto también que los problemas de abastecimiento y vigilancia exigen una coordinación entre los consejos de empresas y formaron los Comités Coordinadores de los cordones industriales. Pero junto a las tareas de orden productivo se plantean graves problemas en la órbita de la circulación, la distribución de productos esenciales, el control de los precios, así como en lo que respecta a la organización de la vida comunal que incluye la recreación, la educación, la vivienda, los transportes y tantos otros. Para responder a estas necesidades los trabajadores se han organizado en las JAP, en juntas de vecinos, en centros de madres, etcétera. Las necesidades de responder al

desafío patronal de octubre pusieron en tensión a todos los organismos de poder local y los llevó a coordinarse en los Comandos Comunales, la formación de estos, que continúan surgiendo y desarrollándose después de la crisis, significa un importante paso en el sentido de la generación de un nuevo poder democrático en el país. Un nuevo tipo de democracia, formada desde abajo hacia arriba, con principios de representación mucho más directos, estrechamente dependiente de la iniciativa directa de las masas.

Esta nueva democracia anuncia la aparición de un nuevo Estado en Chile, que supere en mucho a la democracia burguesa y sea la base de una democracia socialista. El nuevo Estado, como lo planteamos en artículos anteriores, no puede nacer de la cabeza de los juristas, sino de la práctica revolucionaria de las masas. La tarea que les incumbe a estas es la de sistematizar los procesos reales en curso en el país.

Pero al lado de la nueva democracia socialista que emerge, está la vieja democracia burguesa que todavía rige formalmente la vida política del país. En marzo de 1973 se va a realizar una elección bastante decisiva para el movimiento popular chileno. En ella se resolverá la cuestión de si la institucionalidad burguesa actual servirá de base al establecimiento de la nueva legalidad socialista o si el Parlamento continuará siendo utilizado como un arma de la reacción para impedir el proceso revolucionario en curso en el país. Esta no es una elección cualquiera y sería absurdo que ella se desarrollara completamente al margen de las nuevas formas de poder popular que han surgido en el país.

¿Cómo se podría comprometer la expresión del nuevo orden con el viejo orden? ¿Cómo se puede combinar lo nuevo con lo viejo? El genio político chileno ha encontrado siempre fórmulas imaginativas para resolver situaciones de este tipo. ¿En qué consiste la esencia de la situación? En que el nuevo orden participe del actual proceso electoral sin dejarse contaminar por su carácter burgués y sin servir al electoralismo y al sectarismo.

Para lograr tal resultado los Comandos Comunales deben plantear su independencia relativa frente al actual proceso electoral,

pero participar de él al mismo tiempo. Esto es posible en la medida en que los Comandos Comunales pasen a hacer un estudio sistemático de las necesidades de cada comuna, con la participación de todos sus moradores, independientemente de su posición política en las elecciones, de manera de poder elaborar un programa de transformaciones revolucionarias en la vida de la comuna. Este programa debe inevitablemente proponer una nueva forma de organización de poder y administrativa al nivel de las comunas y de la articulación entre ellas. Debe plantear de manera clara las necesidades de abastecimiento, salud, recreación, educación, transporte, vivienda, etcétera, de la comuna a través de una amplia encuesta junto a las bases.

Luego este programa debe ser entregado a todos los candidatos que merezcan el respeto de la comuna, para que ellos firmen un compromiso con este programa y planteen la forma de combinarlo con las transformaciones políticas y económicas a nivel nacional. Conforme al grado de concordancia y compromiso que esos candidatos lleguen con el programa de la comuna, en una amplia discusión con las bases organizadas y en asambleas lo más amplias posibles, los moradores decidirán sus preferencias. La tarea de los Comandos Comunales será, desde entonces, asegurar que se cumpla con este programa.

¿Será posible un proceso de discusión política tan amplio y tan separado del control inmediato de los partidos en el Chile de 1973? Sí, porque la actual estructura partidaria antes de servir al pueblo lo está metiendo en una camisa de fuerza. La democracia cristiana representa de hecho una pluralidad clasista que no tienen las mismas posiciones políticas. Las bases obreras, campesinas, de pobladores y de técnicos de la democracia cristiana se identifican en lo esencial con el proceso revolucionario que vive el país. Si se les entregan condiciones objetivas podrán superar el marco partidario e ideológico en el cual quedan prisioneras por fuerza de la tradición, del miedo, de la ignorancia y también de la conducta sectaria de muchos militantes de izquierda.

La Unidad Popular no tendrá ninguna dificultad para apoyar un programa generado en tales condiciones, reconocer los órganos de poder popular, llegar a un firme compromiso con las bases comunales, convertir a sus diputados en representantes de estas bases. También sus militantes, al nivel comunal, podrán ponerse al frente de los comandos y ganar a los trabajadores de todas las tendencias para un gran debate sobre sus problemas inmediatos. Los efectos inevitables de una movilización como esta serían, por un lado, el desenmascaramiento de ciertos partidos frente a su bases, por su incapacidad para coincidir con un programa que se base en un poder popular y en un nuevo Estado emergente, y por otro lado, llevará a un significativo fortalecimiento de este poder emergente, a una toma de conciencia respecto de sus tareas y sus posibilidades históricas, a un desarrollo de su capacidad orgánica y, por fin, a una visión clara de las tareas que hay que implementar en cada comuna y a nivel nacional.

La Unidad Popular no puede ser ya solamente la expresión de algunos partidos políticos, de militantes y simpatizantes de los partidos de izquierda. La Unidad Popular tiene que convertirse en la representación de todo el pueblo trabajador organizado. Para esto, ella tiene que llevar hasta las últimas consecuencias el proceso que inició y desplazar progresivamente hacia las nuevas formas de poder popular las tareas de elaboración política, de gestión administrativa, de acción económica, de organización de la vida social. Solo así, la Asamblea Popular dejará de ser una idea o un punto programático, para convertirse progresivamente en la base del nuevo estado socialista que emergerá en Chile de las manos callosas de sus trabajadores.

MÁS ALLÁ DE LOS PORCENTAJES

Se aproxima el 4 de marzo. Estamos entrando ciertamente en un período de amplia discusión sobre el verdadero significado de las próximas elecciones parlamentarias. La derecha ha intentado dar el carácter de plebiscito a este proceso electoral, de manera que una votación inferior al 50 por ciento por parte del Gobierno pudiese parecer un rechazo a la gestión que realiza y la legitimación para su derrocamiento o la “rectificación” de su conducción. Radomiro Tomic y otros sectores de la democracia cristiana han desmentido claramente este significado, pero el principal candidato Eduardo Frei, ha planteado con igual claridad esta tesis. En un viaje de gran significado nacional, el Presidente Allende ha combatido frente a amplias concentraciones de masas esta interpretación, demostrando que un porcentaje cercano al 40 por ciento representaría una victoria política para la UP y una reafirmación popular de su programa de gobierno.

Para la izquierda el actual proceso político tiene una significación de orden defensivo y otra de orden ofensivo.

Desde el punto de vista defensivo, se trata de derrotar la conspiración derechista que aspira a derrotar el actual Gobierno. En este sentido, apremiada por el tiempo, que trabaja en su contra, la derecha ha realizado enormes gastos con enorme esfuerzo y desplegando todas sus energías.

Esta ofensiva reaccionaria buscaba reducir el apoyo del gobierno a menos de un tercio del Congreso: transformar el proceso electoral en una pretendida “concesión” del gobierno a las fuerzas “democráticas” y por fin darle el contenido de un plebiscito que divide el país en pro y anti-UP. Su fracaso debería provocar una gran desesperación del adversario y un gran desconcierto en sus filas. Dada esta situación, y sobre todo el error de cálculo de la derecha de haber puesto su meta en los dos tercios y haber creado este tipo de expectativa en las masas, se abrirá paso a una poderosa ofensiva en el plano nacional.

En este sentido, el período actual debe tener también un carácter ofensivo, básicamente de acumulación de fuerzas. En él se hace posible no solo agrupar internamente las fuerzas de unidad de la izquierda, sino concentrar en torno de ellas amplios sectores de masas. La derrota de las pretensiones golpistas de la derecha producirá indudablemente un aumento de la mística de las masas y los resultados electorales pondrán en el orden del día el problema del poder en el plano nacional.

Se hace necesario prepararse así para la nueva coyuntura que se abrirá en el período post electoral. Para eso es necesario corregir algunos errores que se hicieron claros en el período actual: la poca claridad estratégica sobre la etapa que estamos viviendo ha dado un carácter excesivamente táctico al enfrentamiento electoral: de ahí la poca o la casi ninguna significación que adquirió el programa electoral de la Unidad Popular, el proyecto de una nueva Constitución, el papel de los nuevos organismos de poder, etcétera.

Esta indefinición se justifica en parte porque hay todavía importantes cuestiones estratégicas a clarificar dentro de la UP y que se revelaron en el debate PS-PC. La clarificación de este debate ayudará a definir las fuerzas en el interior de la UP y los resultados electorales mostrarán, de alguna forma, cuáles de ellas alcanzaron mayor resonancia en las bases. Pero es indudable que después de marzo se planteara la necesidad de dirimir en buena medida estas diferencias, intensificando la discusión interna y forjando claros principios de actuación conjunta para la próxima

etapa, aprovechando correctamente las limitaciones del enemigo. Es indudable que los resultados electorales globales contarán mucho para definir el carácter de la nueva etapa. Si la UP obtiene una votación cercana al cuarenta por ciento (40%), el *impasse* político continuará en buena medida a pesar de haber derrotado las pretensiones golpistas inmediatas de la derecha. Si la votación supera con mucho aquella marca, la UP se verá en condiciones muy favorables para quebrar el empate político en curso en el país, dividir a sus adversarios y marchar resueltamente hacia la creación de una nueva sociedad.

Para la derecha la elección tiene también un carácter defensivo, sobre el cual no ha puesto suficiente énfasis, por su desesperación frente al tiempo. Busca mostrar que es una fuerza respetable y que puede agrupar bajo su dirección política a la mayoría de los votantes del país. En la lucha entre la DC y el PN se entrecruzan dos líneas que no siempre se dividen en términos partidarios: la del derrocamiento del Gobierno Popular y la de la "rectificación", cuyo objetivo es contener las medidas socialistas del gobierno y permitir la supervivencia de la pequeña y mediana burguesía en el plano económico y político, con fuerza suficiente para iniciar una contraofensiva más poderosa cuando la correlación de fuerzas les sea más favorable.

En el plano ofensivo la derecha busca los dos tercios para derrocar el gobierno o dar un carácter plebiscitario tal a las elecciones, que permita continuar hostigando al gobierno aún cuando este obtenga una alta votación. Pero los objetivos ofensivos de la derecha encuentran algunas barreras. En primer lugar, no tiene un plan de "reconstrucción nacional" que ofrecer. La consigna de la "reconstrucción" tiene un vacío estratégico. Su única sugerencia "positiva" es esa especie de "camino económico yugoslavo" propuesto por Frei. Pero este camino solo sería posible a través de una negociación con la UP, que es muy mal vista tanto por la derecha de la DC como por amplios sectores de la UP. Es evidente también que tal alternativa dividiría las fuerzas opositoras y debilitaría el frente logrado para las elecciones. Sin dejar de ser una hipótesis

en juego en el proceso político, contra ella operan muchas fuerzas sociales concretas, particularmente el grado de concientización y poder de movilización que ganaron las masas populares en el país, revelado sobre todo en el cuestionamiento del proyecto presentado por el ministro Orlando Millas para permitir la negociación de las empresas en manos de los trabajadores. Esto hace muy difícil un acuerdo que pueda agradar al mismo tiempo a la derecha de la DC y a las masas de la UP.

¿Qué pasará entonces? ¿Qué podemos esperar para después de las elecciones?

No hay duda que la derecha va a intentar desesperadamente convertir los resultados electorales en la base de un plebiscito y va a intentar prolongar su ofensiva hasta después de las elecciones. Se hace claro el peligro de nuevas asonadas, atentados y del siempre querido y amenazado paro patronal. Si la derecha sigue este camino encontrará una resistencia popular mucho más encarnizada que la de octubre de 1972. Desde entonces las fuerzas populares avanzaron en organización al mantener y ampliar los comandos comunales y los coordinadores de los cordones industriales; al realizar una reunión de planificación del área social y un importante encuentro campesino nacional, al ganar experiencia en el combate a la especulación, al haber reforzado las JAP e iniciado formas más directas y racionales de abastecimiento. La derecha se encontrará con una resistencia y una contraofensiva muy superiores a las de octubre pasado.

Es posible entonces que ella quiera radicalizar la confrontación, dando inicio a la guerra civil en el país. Esta pretensión solo tendrá algún asidero si encuentra una base de apoyo en las fuerzas armadas. Si intentara actuar exclusivamente con sus grupos operativos, se abrirá camino para que se organicen milicias populares en apoyo a la acción de las fuerzas armadas, y actuando coordinadamente con ellas, se inaugurará una nueva etapa en el proceso revolucionario chileno. Por estas razones, cabe suponer que la derecha lo pensará muchas veces antes de intentar una acción de este tipo. Si lo hace, deberá revelar sus apoyos internacionales aún no

claros para la opinión pública, los sectores de apoyo en las Fuerzas Armadas que no se conocen claramente, el poder del fuego que ha logrado acumular clandestinamente y una organización paramilitar de mayor envergadura que la que mostró hasta el momento.

La nueva institucionalidad

Por otro lado, las fuerzas populares se verán en la necesidad de responder de manera ofensiva a las provocaciones de la derecha, lleguen o no hasta el paro patronal. En estas nuevas condiciones, parece evidente que será necesario enfrentar de manera mucho más sistemática los problemas económicos, sociales y políticos del país, atacándolos en bloque, con unidad, decisión y concentración de los recursos disponibles. Entre ellos ganarán mayor relevancia inmediata la formación del área social en un plazo corto, por el método que sea posible; el establecimiento de un real control estatal sobre la distribución, racionalizándola a favor de las grandes mayorías; la instauración de la participación sistemática de los trabajadores en las empresas del área social y mixta y del control obrero en el área privada; el lanzamiento de las bases de una planificación nacional de carácter obligatorio que inicie las inversiones de infraestructura para un gran avance económico nacional; la ampliación y gratuidad de los servicios públicos básicos (salud, escolaridad absoluta, alimentación escolar masiva, y en los locales de trabajo, salas cunas, habitación, reforma urbana, etcétera); el enfrentamiento sistemático de los grandes problemas sociales como la criminalidad, la prostitución, el alcoholismo, el ausentismo en el trabajo. Finalmente se hará necesario atacar de manera más sistemática los problemas culturales (arte para todos, nuevo contenido del arte, formación artística de las masas, masificación del conocimiento científico, desarrollo de los museos y bibliotecas, reforma de la enseñanza).

Para realizar estas tareas se hará necesaria una mayor integración de la dirección política de la izquierda que permita atacar los problemas en forma unitaria y sistemática, utilizando de manera

mancomunada los medios de comunicación de masas en fuertes campañas publicitarias.

La mayor dificultad y limitación para que estos problemas urgentes puedan ser enfrentados está en la falta de un poder popular centralizado, con una organización no burocrática, basada en una nueva institucionalidad. En este sentido se hará indudablemente presente la lucha por la conformación de un nuevo poder y una nueva institucionalidad, como aspecto esencial de la lucha por la toma final del poder. La cuestión más difícil de resolver en este plano es que se muestran vacíos los intentos de establecer esta nueva institucionalidad por el método puramente abstracto de dibujar una nueva sociedad en un proyecto constitucional. Es muy significativo el vacío en que cayó el proyecto de la nueva Constitución, por la ausencia de un medio real donde discutirlo y hacerlo vigente. Parece claro por lo tanto que a pesar de verse ayudado desde arriba, el nuevo orden institucional tendrá que nacer desde abajo, desarrollarse en la práctica y al final ser reconocido legalmente. Así, los Comandos Comunales ampliarán su poder de decisión y serán escuchados por las bases y, por el aparato burocrático. Tendrán ciertamente que coordinarse a nivel local y provincial y por fin, a nivel nacional. En este momento se podrá plantear claramente el establecimiento de una nueva Constitución que reconozca en el plano legal las nuevas formas de poder que se dieron a las masas, a través de una nueva constituyente, o de los otros mecanismos que existen para enmendar la carta fundamental.

La nueva etapa que se abre después de las elecciones será pues extremadamente rica. En ella las fuerzas populares actuarán en gran parte condicionadas por la reacción de la derecha. Si la derecha baja su fervor insurreccional, deberá enfrentar un movimiento de masas en ascenso con un plan sistemático de establecimiento de un nuevo poder en el país. Si la derecha sigue el camino de la subversión, obligará a las masas a apurar este camino, cortar etapas, radicalizar el proceso. En un caso o en otro, los trabajadores chilenos sabrán unirse, actuar con decisión, unir los otros sectores sociales a su alrededor, ganar el apoyo de los trabajadores

latinoamericanos y del mundo entero, realizar las transformaciones revolucionarias que el momento exige. De esto pueden estar seguros los reaccionarios.

EL LEÓN IMPERIALISTA RUGE OTRA VEZ

Inesperadamente, el gobierno de Estados Unidos rompe las conversaciones con el gobierno de Chile sobre el aplazamiento del pago de la deuda externa. Después de admitir la posibilidad de que se pudiera discutir el aplazamiento de la deuda paralelamente a las medidas jurídicas (y de presión económica oculta) para obtener una compensación financiera por la nacionalización del cobre, el gobierno norteamericano cambia súbitamente de posición. Exige del gobierno chileno el pago de los 700 millones que piden por sus empresas nacionalizadas y los 1.700 millones de las deudas contraídas por los gobiernos anteriores. El problema será trasladado a la reunión del Club de París a realizarse en mayo próximo.

Esta nueva actitud de agresión directa al gobierno chileno puede significar un aumento de la crisis económica del país a niveles aún desconocidos. Puede significar no una demora, sino un corte definitivo en el abastecimiento de repuestos y materias primas esenciales para el funcionamiento del país. Puede corresponder no a un "bloqueo invisible", sino a un bloqueo directo sin disfraz. El gobierno chileno ha tomado varias medidas que permitan neutralizar esa acción y disminuir las consecuencias de este bloqueo.

Razones de una agresión

¿Cuáles serían las razones que llevan a Estados Unidos a una actitud tan agresiva?

En primer lugar, el gobierno norteamericano tiene que estar profundamente enojado con sus aliados de la oposición. Ellos le hicieron creer que podrían convencer al pueblo chileno de que estamos frente al mayor descalabro administrativo de nuestra historia. Es posible incluso que tanto los burócratas de la CIA y del Departamento de Defensa como los políticos y burgueses criollos creyesen en su propia propaganda. El hecho es que el fracaso electoral de la derecha revela que el verdadero descalabro lo viven las clases dominantes. Muestra también que la derecha y la ultra-derecha han dicho más verdades, a pesar de su delirio: el camino electoral no garantiza, de ninguna manera, la derrota de la Unidad Popular, y no puede impedir el ascenso de masas en el país. Parece, pues, evidente que tanto los estrategas norteamericanos como sus aliados internos han llegado a la conclusión de que se hace necesario llevar más lejos la presión y busca la caída pura y simple del gobierno.

En segundo lugar, hay que tomar en consideración el contexto internacional de la política norteamericana que, como lo hemos advertido varias veces en esta revista y en otros artículos, evoluciona de una posición defensiva que fue producto de la crisis entre 1963 y 1971 hacia una política ofensiva que busca recuperar las posiciones perdidas en el período anterior. La situación económica varió profundamente desde la segunda mitad de 1971. Estados Unidos logró realizar una buena recuperación económica, presentando un índice de crecimiento cerca del seis por ciento (6%) en 1972. Por otro lado, sus adversarios del Mercado Común Europeo presentaron bajísimos índices de crecimiento económico, excepto su aliada Inglaterra. También la inflación norteamericana se atenuó —a pesar de un cierto repunte en 1973—, en tanto la europea aumentó. La Unión Soviética que venía ganando una enorme supremacía económica en los últimos años, bajó a tres punto cinco

por ciento (3,5%) su cuota de crecimiento en 1972. Este conjunto de factores alientan a la clase dominante norteamericana hacia una política agresiva para recuperar posiciones perdidas. Esta política se manifiesta por ejemplo en la desvalorización del dólar para permitir el abaratamiento de los productos norteamericanos en Europa y Japón, disminuir el valor de las reservas monetarias de esos países y exportar hacia ellos la inflación norteamericana. Así también las medidas proteccionistas del mercado interno norteamericano, la política internacional de entendimiento directo y bilateral con la URSS, China, Europa y Japón la retirada de las tropas en Vietnam para permitir mayor movilidad militar en otras áreas, etcétera, hacen parte de una nueva fase de la política internacional del Gobierno de Estados Unidos, claramente definida en los discursos presidenciales.

El león de la Metro ruge otra vez y asusta con su violencia a los espectadores ingenuos, pues el león es de celuloide (o el tigre es de papel). A pesar de las mejorías inmediatas que la recuperación económica le puede traer al capitalismo norteamericano, este no tiene muchas esperanzas hacia el futuro. Desempleo y su secuela de criminalidad, violencia, alienación, pobreza, etcétera, aumento de la explotación de las masas, conflictos cada vez más agudos con los trabajadores organizados, ausencia de un proyecto unificador de su pueblo, aumento de la industria de guerra, profundización de sus contradicciones con los intereses de los pueblos de todo el mundo, hacen de esta violencia un derroche de sangre inútil, como fue la guerra del Vietnam. Cuba venció el bloqueo imperialista, Vietnam y los pueblos indochinos vencieron su ejército, Chile también vencerá.

Como se relacionan los hechos

Es muy interesante relacionar esta nueva agresión norteamericana con las sensacionales revelaciones que brotan como agua de las audiencias del Senado norteamericano sobre la ITT en Chile. Confirmando revelaciones anteriores y ampliándolas

sustancialmente, se involucra en este plan a las más altas figuras del Gobierno norteamericano. Desde el Presidente Nixon — que habría dado la orden a Korry de ejecutar el plan— hasta el vicepresidente Agnew —a quien se le agradece su colaboración para cambiar los criterios de la comisión antitrust en relación con la compra de una empresa—, incluyendo a Kissinger —que se comprometió a pensar sobre la posible utilización de un millón de dólares para, según se supone, presionar al Parlamento chileno—, a Charles Meyer —que también estuvo envuelto en la historia del millón de dólares— y el propio presidente de la CIA, Richard Helms —que se encargó directamente del asunto—, van desfilando las más altas autoridades responsables del Gobierno y la política externa norteamericana. También aparecen las autoridades menores, encargadas de la ejecución del plan, como el señor William P. Broe, encargado nada más y nada menos que de las operaciones clandestinas de la CIA en América Latina.

Sería cómico notar —si no fuera asqueroso tanto cinismo— que los diarios de derecha intentaron presentar estos hechos como la acción de una compañía internacional descarrilada —a pesar de que se involucraron en el plan el Bank of America, la Anaconda, la Kennecott, la Pfizer y otras grandes empresas que parecen no se adhirió completamente al plan—. *The New York Times* llegó al colmo del cinismo al considerar que la ITT ensució el maravilloso prestigio de la libre empresa. ¡Cómo si esta fuera la primera intervención del gran capital en el mundo! Otros señalaron que el Gobierno norteamericano no oyó las “sugerencias” de la ITT, a pesar de que Nixon, Agnew, Kissinger y Meyer no solo las oyeron, sino que buscaron aplicarlas, frustrándose por razones ajenas a su voluntad. Así eximió a los personajes locales involucrados explícitamente en los planes y jamás aclararon su actuación, como el expresidente Frei, el entonces ministro de Economía Andrés Zaldívar y el exgeneral Viaux.

¿Cómo reaccionarán ahora estos voceros frente al rompimiento de negociaciones por el gobierno norteamericano? Ciertamente se buscará aislar este acto de las dificultades creadas para envío de

repuestos y materias primas. Así también, deberán ser vistos como algo completamente ajeno a la suspensión de los créditos chilenos, incluso en las organizaciones multinacionales en que participa, como el BID, la suspensión del envío de armas, los ostensibles apoyos a los medios de comunicación de la oposición, las costosas campañas publicitarias de las fuerzas antirrevolucionarias en Chile y en el exterior, los embargos del cobre chileno hechos por la Kennecott, etcétera. Tales hechos no indican, para estos santos personeros políticos, cualquier ligazón con el plano de la CIA y la ITT en contra de Chile.

Es hora de contraatacar

Tales análisis y el hecho de que haya habido vacilaciones, dificultades, fracasos en la aplicación de tales planes, no deben engañar al pueblo chileno sobre la estrategia imperialista para Chile. Cada vez más le va quedando como único recurso la intervención abierta del propio gobierno norteamericano. Se hace necesario por lo tanto prepararse para una lucha cada vez más cruenta en el plano nacional e internacional. Se hace necesario tomar la ofensiva en esta lucha, alertando al conjunto de la opinión pública con pronunciamientos de los partidos y del gobierno, campañas masivas, etcétera, que muestren los efectos que tendrá para el país. También se hará necesario organizar comités populares unitarios de carácter antiimperialista que movilicen a todo el pueblo en contra de los enemigos externos e internos que nos agreden. Movilizar en las fábricas, escuelas, barrios y predios agrícolas, realizar mítines regionales y nacionales, preparar la opinión pública mundial, incluso la norteamericana, para responder a la agresión creciente.

Por fin, como un ejemplo para los pueblos dominados por el imperialismo, no habrá otra salida que declarar la suspensión unilateral del pago de la deuda externa y expropiar las empresas imperialistas que todavía existen en el país. A pesar del cuidado con que las fuerzas revolucionarias chilenas buscaron evitar un

enfrenamiento tan duro, el imperialismo parece que no nos va a dejar otra salida, como no le dejó a Cuba.

La prepotencia con que el imperialismo toma su recuperación económica y la desesperación con que ve el crecimiento de la hostilidad mundial y latinoamericana en contra de su política lo pueden llevar a actos cada vez más violentos. La única forma de parar su pata asesina y hacerlo rugir de dolor es golpearlo, aún con más fuerza, con la unión de los pueblos explotados.

El león de la Metro ruge otra vez... que sea de dolor.

007 CONTRA CHILE

A pesar de su desprecio por sus antepasados y sus pretensiones de racionalismo, el hombre moderno es un gran creador de mitos. Mitos modernos y dinámicos, pero siempre mitos. Uno de ellos es el agente secreto, el 007 que funciona como explicación de muchos hechos históricos, fuerza que se sobrepone a los hombres comunes por sus conocimientos y entrenamientos excepcionales, así como por los fabulosos aparatos de comunicación, destrucción, etcétera, que controla.

Es indudable que, manejando esta visión mitológica del hombre de la CIA, la izquierda haya buscado su enemigo donde no estaba. El agente medio de la CIA es un hombre con doctorado, que ciertamente tiene conocimientos básicos de karate, de tiro y de armas de destrucción, pero cuyo entrenamiento principal está ligado a su formación profesional. Es ante todo un especialista, un profesional como cualquier otro, y no desempeña ninguna actividad peligrosa ni aventurera. Su vida es bastante burocrática; realiza tareas normales de administración, informes, asesoría, etcétera. Es claro que la CIA, como toda organización policial de inteligencia, paga a alcahuetes (a veces de alto nivel), entrena tropas especiales para ciertas acciones (como la invasión de la Bahía de Cochinos en 1961), y eventualmente vincula sus agentes con acciones peligrosas. Sin embargo, no es esa su rutina, esta es más bien burocrática. Gran parte de las tareas peligrosas no son hechas por sus propios

agentes, sino por personal *ad hoc*, contratado especialmente para esas funciones.

Una única demostración de que el agente secreto es identificado con el personaje del 007 la dio el vicepresidente de la ITT frente al Senado norteamericano cuando le preguntaron si sabía que había hablado directamente con un agente secreto de la CIA: respondió que entendía que no, puesto que sus contactos habían sido en locales públicos, donde había siempre muchas personas.

Información militar

La CIA se preocupa fundamentalmente de obtener información sistemática sobre lo que pasa en el mundo, sobre el desarrollo de ciertas ramas militares, en especial las de mayor adelanto tecnológico, sobre los planes e intenciones de los gobiernos enemigos y amigos, sobre la acción de los grupos “subversivos” e insurreccionales, de manera de orientar la política del gobierno norteamericano (y no hay nada más ridículo que separar las acciones de la CIA de las del gobierno, a pesar de que eventualmente su director pueda operar con bastante autonomía). Toda esta información, catalogada y sistematizada por un cuerpo de algunos millares de funcionarios la CIA que tiene un total cerca de 200 mil, sirve para orientar la Política, con P mayúscula, del gobierno y no solo sus acciones secretas. Los funcionarios de la CIA intervienen en las actividades antiinsurreccionales del Pentágono, en las ayudas técnicas, militares, policiales, etcétera, de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), en la política de ayuda económica del Banco de Exportación e Importación (Eximbank), en las investigaciones de las universidades y centros de investigación privados de Estados Unidos y de muchos otros países (como lo reveló públicamente la revista *Ramparts*), en las misiones comerciales y culturales, etcétera.

Hay pocos especialistas en problemas del desarrollo, en asuntos orientales y cubanos que no tengan que ver, en algún momento con la CIA. Algunos de los teóricos principales del campo fueron figuras fundamentales en la dirección de la CIA, como Rostov. Las

denuncias de *Ramparts* mostraron muy claramente los vínculos profundos de la CIA con órganos de masas norteamericanos, como el movimiento estudiantil, las centrales obreras, etcétera, donde no solo reclutó dirigentes, sino que pagó fuertes sumas para hacerlos funcionar.

Todas estas cosas son muy conocidas y han sido denunciadas por la izquierda durante años, incluso antes de que se hicieran tan evidentes como en 1965 y 1966, cuando se formularon un enorme número de revelaciones sobre su accionar. Ya en 1964 la CIA había reconocido en el Congreso norteamericano su participación directa en la invasión de Bahía de Cochinos, su mayor fracaso hasta la guerra de Vietnam, en la que tuvo a cargo varias operaciones muy importantes, igualmente fracasadas y con un alto costo de víctimas.

Resulta entonces terriblemente cínica la afirmación de “La prensa” en el sentido de que en 1964 las formas de acción de la CIA eran desconocidas. Nadie puede hacer creer a la opinión pública de Chile que los 20 millones de dólares que ingresaron al país para financiar la campaña del entonces candidato Eduardo Frei llegaron sin que este y su partido se hubiesen dado cuenta. Ni nadie va a creer que estos señores ignoraban que el organismo encargado por el gobierno norteamericano de realizar este tipo de operaciones era la CIA. Y en todo caso ¿qué diferencia hay entre que el dinero venga de la CIA o de otro organismo del gobierno norteamericano?

Ciertamente estos personajes locales estarían dispuestos a repetir la jocosa afirmación del vicepresidente de la ITT: “¿Cómo íbamos a saber que hacíamos cosas secretas y feas si todos estos compromisos los asumimos en locales públicos, si la plata era verdadera y no falsa, si los señores que la tratan se vestían como nosotros y no tenían cara de 007?”

El aliado de EE.UU.

¿Por qué no reconocer claramente que la democracia cristiana es un aliado de Estados Unidos y que como tal no tenía por qué rechazar el dinero que le daban para defender la “democracia”

amenazada? ¿Por qué no reconocer los hechos tan sabidos de que el flujo de recursos norteamericanos no dejaron de venir “a salvar la democracia” después de la victoria electoral y que Chile fue el país que recibió el mayor monto de ayuda per cápita durante el Gobierno de Frei, así como hoy día Brasil y Uruguay se disputan este lugar?

¿Por qué no reconocer que durante ese período ingresó un monto fantástico de fondos extranjeros a Chile, demostrando la confianza de los empresarios norteamericanos en la solidez de la democracia garantizada por la democracia cristiana?

¿Será porque tales hechos podrían explicar también que en ese período se produjo la más importante descapitalización del país; porque también en esa época se firmaron los acuerdos de la chilenización del cobre considerados excepcionalmente por los directores de las compañías frente a sus accionistas y que permitieron la mayor remesa de ganancia del sector en toda su historia?

¿Será porque esto explicaría acuerdos como los alcanzados con la Dow Chemical, que permitían a esta empresa consignar como capital suyo su *know how*, computándolo en millones de dólares, etcétera?

¿Habría alguna relación de casualidad entre la facilidad para aceptar los 20 millones de dólares de la CIA y estos excelentes resultados para las empresas norteamericanas en Chile durante ese período? ¿O será probable que todo fuera una coincidencia?

Habría que creer que toda esta plata entró a Chile sin conocimiento y sin ningún compromiso del partido político que se ve beneficiada de ella. Habría que aceptar que la política tan favorable al capital extranjero que siguió la Democracia Cristiana fue fruto de una equivocación, de un error de cálculo o de una ingenuidad política. Habría que creer que el Gobierno chileno de entonces no tenía ninguna información sobre las andanzas de la ITT y la CIA en Chile en 1970 y que todas las referencias que se hacen en los memorandos de la CIA y en los testimonios del Senado norteamericano son realmente fruto de una equivocación, de una calumnia contra honorables figuras nacionales.

Habría que creer como decíamos al comienzo de este artículo que el hombre moderno, a pesar de su desprecio por sus antepasados y de sus pretensiones de racionalismo, es un gran creador de mitos.

LA IRREVERSIBLE PENDIENTE DE LA GUERRA CIVIL

Vivimos en este momento la más profunda ofensiva contrarrevolucionaria lanzada contra el Gobierno Popular y su programa. Esta ofensiva es, al mismo tiempo, muy extensa: abarca el orden constitucional, sindical y de masas, militar y político partidario.

En el orden institucional, la mayoría parlamentaria de derecha ha planteado un desafío radical al poder ejecutivo al atribuirse el derecho de derrumbar sus vetos con simple mayoría. Como lo dijo el presidente Allende: "Quedaría abierta de este modo la brecha para la arbitrariedad y podría desembocar en una eventual dictadura del Congreso". En una acción paralela, que tiene como fin plantear su ilegitimidad, la Corte Suprema acusa al gobierno de romper el estado de derecho. Completando este cuadro de abierto cuestionamiento institucional, la Contraloría amenaza con tomar medidas y devolver las empresas a sus antiguos dueños.

En el plano sindical y de la llamada "oposición en las bases" se ha buscado utilizar las dificultades causadas por la inflación para dividir al movimiento obrero a través de un economicismo frenético. A la huelga del cobre, la de los marítimos, la de la locomoción, se suma la actitud permanente de los médicos, los comerciantes y otros sectores gremiales que tradicionalmente promueven un clima de intranquilidad. La campaña contra la Escuela Nacional

Unificada (ENU), con todas las distorsiones que implicó, muestra el interés de la oposición por convulsionar al país.

En el plano militar no solo vemos los aparatos armados en las calles, sino que también aparecen las bombas de trotil profusamente usadas contra las casas de políticos, negociantes o simples ciudadanos, las marcas con círculos rojos en sus paredes, anunciando un movimiento terrorista de gran envergadura. Esto se complementa con el abierto llamado a la guerra civil por parte de "respetables" senadores o personajes de segunda categoría como Thieme, de Patria y Libertad. No disminuyen los llamados a la actuación de las fuerzas armadas y los esquemas paramilitares proponen claramente servir a una rebelión militar.

En el plano partidario, la facción derechista de la DC se impone definitivamente y lanza violentas amenazas contra el gobierno, trazando una línea de oposición abiertamente fascista. La Juventud Nacional hace un llamado a la unificación del comando de la derecha. La conspiración deja de ser cerrada. El Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), que siempre ha demostrado un buen conocimiento de los planes de la ultraderecha, denuncia que el expresidente Frei asumió directamente el comando de las operaciones sediciosas e involucra a altos personajes de su gobierno en estos planes.

Se trata, por lo tanto, de una ofensiva muy extensa que busca coordinar y usar en una acción unificada todas las fuerzas con que se cuentan en el país y en el exterior (papel de los hombres armados por Marshall en Bolivia; acción de agitación de Thieme en Argentina, con plena cobertura de la prensa internacional; amenaza de falta de acuerdo posible en las próximas reuniones del Club de París, etcétera).

Una ofensiva tan extensa no puede dejar de tener un objetivo político significativo. Todo parece indicar que se tiene en la mira el 21 de mayo, cuando se inaugura el Parlamento. Se trata de probar, a través de alguna manifestación espectacular, que el país está dividido en dos poderes opuestos y conflictivos; de un lado, el ejecutivo, fuertemente apoyado en las masas y en las formas emergentes de

poder popular, o “una organización anti-Estado que va incrustándose dentro del Estado”, como lo dijo *El Mercurio*; del otro lado, el Parlamento, el Poder judicial y la Contraloría, respaldados por el movimiento “gremial”.

Toda guerra civil necesita de una oposición clara de poderes para realizarse. La división del país en dos poderes conflictivos permitiría a la oposición reivindicar la legalidad y pedir la fidelidad a estos poderes por parte de sectores de las fuerzas armadas. El país entraría claramente en la pendiente de la guerra civil, de manera inevitable. Los que están dispuestos a servir a este esquema en nombre de la fidelidad partidaria, bajo pretexto del “sectarismo” u otros errores menores de la Unidad Popular, deben asumir toda su responsabilidad histórica.

El momento es muy adecuado, porque desde el punto de vista internacional, la toma de posesión de Cámpora en Argentina puede dar un importante vuelco en la correlación de fuerzas internacionales a favor de la Unidad Popular. Al mismo tiempo un quiebre institucional en Chile podría disminuir el impacto reformista del Justicialismo. Rogers no pasea en vano por América Latina en estos momentos, y no puede estar ajeno a este desarrollo de los acontecimientos en Chile y su relación con Argentina.

No hay duda de que, si este es el plan de la burguesía como lo indican los hechos, se trata de un plan desesperado, muy audaz y definitivo, una lucha a muerte por la retomada del Estado y la contrarrevolución.

¡PODEMOS COMBATIR LA CATÁSTROFE!

Gran parte del cuadro político de enfrentamiento que vive el país en este momento encuentra su motivación inmediata en el proceso inflacionario que ha alcanzado un nivel sumamente elevado, muy próximo a la hiperinflación. Cuando una economía llega a esta etapa inflacionaria se desorganiza completamente y se hace imposible cualquier planificación de la producción. En general, los militantes de izquierda tienden a despreciar la inflación y a entenderla como un simple fenómeno subestructural que nada tiene que ver con la producción. Hemos combatido estas ideas en otros trabajos nuestros, intentando bosquejar una sistematización del problema que partiendo de los análisis de Marx en la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* y pasando por el estudio histórico del fenómeno inflacionario y sus relaciones con el ciclo económico, nos muestre como la inflación es de un lado la expresión sintética de la lucha de clases por la redistribución del ingreso dentro del capitalismo, y del otro, un resultado de la acción de los monopolios por conservar sus ganancias obligando al Estado a gastar recursos superiores a sus ingresos para mantener, sea la demanda, sea la inversión. La inflación en nuestro tiempo ha ganado dimensiones nuevas en virtud de la acción de los monopolios.

Por otro lado, la teoría estructuralista ha buscado presentar la inflación en los países subdesarrollados como una consecuencia estructural de la baja oferta de productos provocada por la baja

producción. Si bien este fenómeno existe, determina un cierto nivel de la inflación y ponerlo como la explicación es una posición ideológica que busca aislar los fenómenos arriba mencionados de la lucha por la distribución del ingreso entre los varios sectores de la sociedad y de la acción del monopolio.

Pero estos aspectos del proceso inflacionario pasan a tener una forma distinta cuando la inflación empieza a alcanzar índices superiores al cuarenta por ciento (40%) y cincuenta por ciento (50%). A partir de este momento, los mecanismos inflacionarios comienzan a adquirir una cierta independencia y pasan a expresar una profunda lucha por conservar las posiciones ya alcanzadas anteriormente. Los grupos y clases sociales pasan a luchar desesperadamente por garantizar sus ingresos anteriores. A partir de este instante, la especulación, la búsqueda desesperada por inmovilizar el dinero en mercancías o bienes inmuebles, la imposición de los más fuertes que pueden fácilmente tomar la iniciativa de aumentar los precios, el enfrentamiento entre sectores asalariados por garantizar un ingreso diferencial que les sea más favorable, la desesperación de los pequeños empresarios rentistas que ven desaparecer el poder de compra de sus ahorros, etcétera, van conformando un cuadro social caótico.

Las empresas no pueden planear sus actividades pues tienen que hacer cálculos económicos muy complejos que incluyan una tasa inflacionaria siempre móvil e inestable. La angustia crece en todos los sectores de la sociedad y cunde la más profunda crisis económica.

Formas erradas para enfrentar la inflación

Por todo esto, nos parece absurda la pretensión de ciertos compañeros de alcanzar una alta tasa de eficiencia sin lograr parar el proceso inflacionario. Más ingenua aún nos parece la tesis de ganar los sectores medios con esta alta tasa de inflación. Pero el colmo de la ingenuidad, que pone en riesgo el proceso inflacionario en curso en el país y amenaza hundirlo decisivamente, es pretender combatir la inflación en Chile, en este momento, con mecanismos esencialmente monetarios y tributarios. Al predominio de esta tesis

en la actual orientación económica del Gobierno se debe su total incapacidad para enfrentar el problema.

Pero hay que tener claras las implicaciones políticas del problema. Intentar paralizar la inflación por mecanismos de esa naturaleza — cuya importancia no hay que negar, pero si, disminuir su peso relativo— significa buscar establecer un equilibrio económico absolutamente incompatible con la caótica situación que vivimos. Significa intentar restablecer un equilibrio entre la oferta y la demanda que solo se podría hacer a través de una violenta represión sobre los trabajadores. Significa establecer un equilibrio entre el área privada y social que es incompatible con las empresas que hoy día están en el área social y que quiebran la posibilidad de una acumulación del capital a favor del capital sin resolver definitivamente esta acumulación a favor del Estado y de los trabajadores.

La situación es, pues, muy clara y solo no la ve quien no quiere verla. O se intenta restablecer un equilibrio entre la oferta y la demanda bajando el valor de la fuerza de trabajo y volviendo a la economía anterior — cosa muy poco eficaz económicamente si no se pasa por una fuerte dictadura burguesa — o se profundiza el proceso de redistribución del ingreso, cambiando radicalmente el sistema productivo, rompiendo violentamente los mecanismos de mercado en beneficio de una distribución directa de los bienes según un plan racional. Tales medidas solo son posibles con el control estatal de la distribución y la formación rápida del área social.

La otra disyuntiva es también clara: o se establece un sistema económico donde el capitalismo de Estado controle los sectores de infraestructura de la economía y favorezca el desarrollo del capital en los sectores de mayor lucratividad con la ayuda del Estado, como lo plantea muy claramente el proyecto Hamilton; o el capitalismo de Estado integra el conjunto de las empresas básicas en los sectores principales de la economía y abre un proceso de planificación económica de carácter impositivo, para lo cual se hace inevitable completar el área de propiedad social y dar al Estado mayor poder impositivo sobre el resto de la economía.

Solo con la segunda alternativa se puede establecer una política de precios impositiva que quiebre la acción de los especuladores y del mercado negro y que permita a los trabajadores controlar el sistema productivo en el área social y a través del control de la producción en la empresa privada. Tal política de precios puede al mismo tiempo recuperar buena parte de los excesos de ingreso y permitir una cierta competencia en el sector de productos de lujo.

Al mismo tiempo, esta situación permitiría un mayor control del sistema financiero, de los préstamos y de las inversiones de manera de retirar el exceso de circulante, y disminuiría en buena medida los problemas de financiamiento del Estado al aumentar la parte del excedente económico que este absorbe.

Es bastante claro, pues que una política antiinflacionaria eficaz pasa necesariamente por resolver el impasse que se produjo en el país. Con un Parlamento lanzado completamente en una política de obstrucción sistemática, con el sabotaje permanente que la operación Proteco (Programa de Tecnología en Cómputo) incita en la vida económica, con un aparato legal que favorece siempre al capital, no es posible enfrentar seriamente la crisis que se avecina cada vez más violenta.

Se trata de un problema político

El problema es político y exige definiciones rápidas. En tales circunstancias históricas el tiempo cuenta mucho. Si la Unidad Popular no toma medidas claras de contención de la inflación, no profundiza el proceso revolucionario en curso, no caracteriza clara y definitivamente para las masas el papel obstruccionista y sedicioso de la derecha, como lo hizo brillantemente el proyecto de adelanto de reajuste, si la Unidad Popular no enfrenta la ofensiva global que ha armado la burguesía para aprovecharse y profundizar la crisis económica, paralizándola en sus gérmenes, como lo hizo brillantemente la CUT en contra de los aparatos armados lanzados explotando a la ENU, la situación derivaría en un peligroso espontaneismo de masas como en el caso de La Pincoya y en acciones

individuales que den caldo de cultivo para los constantes enfrentamientos armados que se desarrollan en el país.

Refiriéndose a la situación revolucionaria de septiembre de 1917, Trotsky afirmaba que la revolución es en gran medida un producto de la inercia social. Ella nace de situaciones tan conflictivas que ninguna de las partes se siente satisfecha y todos prefieren algo diferente que rompa de cualquier manera el empate.

La situación política en Chile camina rápidamente hacia este estado, la acción contrarrevolucionaria de la derecha precipita los acontecimientos, su desesperación en el plano internacional facilita su intento desesperado de resolver rápidamente el empate que a largo plazo camina en su contra. Y la inflación es la expresión más directa y condensada de esta crisis. Si el gobierno permite que los trabajadores pierdan el quince por ciento (15%) del valor de sus salarios al mes, que los pequeños empresarios no puedan reponer sus stocks con el dinero que reciben por los productos vendidos, que la economía se desorganice completamente a consecuencia de la imposibilidad de cualquier cálculo económico, si el gobierno y los partidos populares no entienden que a partir del doscientos por ciento (200%) la inflación empieza a saltar a trescientos por ciento (300%) y cuatrocientos por ciento (400%), etcétera, en meses, entonces no podrá controlar la situación económica y política en el país.

Nosotros hemos buscado en muchas ocasiones en esta revista demostrar que el momento decisivo de enfrentamiento no estaba cercano y que, en lo fundamental, los trabajadores estaban a la ofensiva y el proceso seguía un camino revolucionario. Nos sentimos con autoridad para advertir que en este momento el proceso empieza a caminar contra los partidos populares si ellos no asumen el control de la situación y no liquidan violenta y radicalmente la orientación económica por la consolidación que ha llevado la situación a un grado insoportable e inmovilizando, en buena medida, la fuerza del movimiento popular. Aún es tiempo de conjurar el fantasma y como lo diría Lenin, combatir la catástrofe que nos amenaza.

Chile Hoy, 25 al 31 de mayo de 1973

TRABAJADORES A LA OFENSIVA

Los trabajadores chilenos están en el centro del proceso de decisión política nacional. Ellos han sido la base principal de las importantes transformaciones políticas que se realizaron en los últimos años. Fue su decisión política la que permitió iniciar la formación del área social, completar la reforma agraria en sus líneas más generales, conquistar las riquezas nacionales de manos del imperialismo, iniciar relaciones con todos los pueblos, derrotar las diversas ofensivas de la derecha. Los trabajadores chilenos fueron objeto de fuertes presiones de los demagogos que buscaron meterles la idea de la "empresa de trabajadores" como forma de sobrevivencia del capitalismo y les respondieron con el apoyo combativo a la formación del área social. Los patrones trataron de engañarlos pagándoles para hacer huelga en octubre de 1972, y recibieron una respuesta combativa y revolucionaria. Hoy, los patrones y sus hijos bien educados de la Universidad Católica se desvelan en cariños y admiración por los "mineros" de El Teniente. Pero han fracasado en su intento de paralizar el país. Los mineros de El Teniente, los del Salvador, los de la Andina, han respondido que no. Han desconfiado con poca razón de este súbito amor del patronato chileno, de *El Mercurio* y otros instigadores de la violencia.

La clase obrera chilena ha revelado una gran madurez frente a esta tentadora ofensiva de la derecha. En la difícil situación económica que vive el país, es un acto de gran conciencia y decisión el que

los trabajadores del cobre no acepten la amable oferta del patronato chileno de darles todo el apoyo para aumentar en un cuarenta por ciento (40%) sus sueldos. Esta clase no lo hace sin embargo por razones de política defensiva, por no aceptar la “ayuda” patronal, por un apoyo al Gobierno. Su sacrificio tiene otras perspectivas. Los trabajadores saben, de un lado, que este presente griego tiene por objetivo fortalecer aquellas fuerzas que no solo en el pasado, sino también en el futuro, explotan a los trabajadores y están dispuestos a lanzar contra ellos un régimen de represión de corte fascista. Por otro lado, los trabajadores han vislumbrado en el actual proceso de cambios que vive el país los gérmenes de una nueva sociedad, por la cual vale la pena entregar sus vidas y su presente. En el Chile de hoy, el socialismo no es ya una idea lejana, una aspiración. Está impregnado en las conquistas de los trabajadores chilenos, en la participación, en la dirección de las empresas, en los Consejos Comunales, en las Juntas de Abastecimiento y Precios, en la experiencia de octubre, de la dirección de los obreros, de los más complejos problemas del país, y en muchas otras formas de dirección obrera y campesina de la sociedad y de la economía.

Viernes 15

Es pues comprensible que los trabajadores chilenos no hayan opuesto solamente una barrera defensiva contra la ofensiva patronal para quebrar su unidad en torno de sus aspiraciones económicas inmediatas. Cuando la crisis económica era usada por la derecha para iniciar una ofensiva total en contra del gobierno, que recurre a la rebelión institucional del Parlamento y del Poder judicial, al terrorismo y a la acción callejera, a la intriga y a la mentira, a la creación de situaciones de hecho de todo tipo, cuando la derecha cree tener en la mano al Gobierno Popular, salen los trabajadores a la calle en gloriosas jornadas que tienen su primer gran logro el viernes 15 de junio. Los trabajadores retoman las calles y empiezan a cambiar positivamente la correlación de fuerzas.

Pero la ofensiva de los trabajadores no tiene solamente esta expresión callejera, que es indudablemente su lado más dramático y espectacular. Su acción se prolonga hacia las empresas y los barrios populares, hacia los sindicatos y los cordones industriales, hacia los comandos comunales, que empiezan a revitalizarse. Desde lo más profundo del pueblo empiezan a reorganizarse sus energías debilitadas por un período de negociaciones y vacilaciones que siguió a la brillante victoria electoral de marzo.

Puesta en el centro de la vida nacional, presionada por la derecha y sus ofertas de mejorías salariales inmediatas, frente a una dirección política sin decisión para recoger las lecciones de octubre y marzo, los trabajadores chilenos decidieron asumir la dirección de la vida política nacional. Sus partidos principales han sentido la dimensión de la crisis y su órgano principal de representación, la Central Única de Trabajadores, ha asumido la dirección política de la lucha de masas en el país.

La CUT es hoy el centro de la ofensiva política de los trabajadores. Ella no solo programó una amplia sucesión de movilizaciones que culminará en la gran manifestación del jueves 21; levantó, además, ante el país una plataforma de lucha que debe congrega todas las fuerzas revolucionarias del país. El proceso asume un carácter de enfrentamiento decisivo y la clase trabajadora se pone en su vanguardia. La revolución está garantizada. De ahora en adelante se trata de mantenerse firme y poner el programa de trabajo en marcha. Una a una caerán las barreras institucionales, armadas, políticas, económicas que levante la burguesía para contener el avance revolucionario de los trabajadores. Ellos quebraron el caparazón legal que los abrigaba, pusieron a la luz del día para las masas el verdadero contenido de su legalidad. Hoy todo el pueblo chileno sabe que la legalidad burguesa no es una cosa que valga por sí misma, no es la expresión de un derecho y una justicia eterna. La derecha, sus parlamentarios y jueces se encargaron de demostrar que tal legalidad solo es respetada por la derecha cuando sirve a sus intereses. Cuando la clase trabajadora hace uso de ella para defender sus intereses y para avanzar en la construcción de

una nueva sociedad, la burguesía grita desesperada: “la legalidad nos mata”.

Cascarón podrido

Si la burguesía no respeta ya su legalidad; si la burguesía transforma el Parlamento en un circo de acusaciones constitucionales; si la burguesía transforma la justicia en la protección a los conspiradores abiertos como Viaux; si la Contraloría se transforma en un instrumento de devolución a los capitalistas de las empresas de los trabajadores; si la burguesía desmoraliza sus propias instituciones con tanto descaro, no serán los trabajadores quienes irán a defender este cascarón podrido. Los trabajadores tienen sus propios instrumentos legales, sus sindicatos, sus cordones industriales, sus comandos comunales, sus partidos, sus consejos de vigilancia, sus comisiones de protección del área social y tienen también un programa actualizado por la CUT en una clara plataforma de lucha.

Las fuerzas armadas ven claramente este proceso. Advierten que la derecha destruye día a día su propia legalidad y se embarca claramente en la sedición. Enseguida, comprueban cómo la derecha quiere usar los poderes del Estado que controla para paralizar la represión del gobierno contra su acción sediciosa. Cualquiera entiende que ningún gobierno puede tolerar una situación así, que no hay seguridad pública ni nacional en tales circunstancias, que cuando los poderes del Estado actúan de esta forma es porque saltaron hace mucho el límite legal y las bases de la convivencia democrática. Las fuerzas armadas tendrán que aceptar su función histórica en un proceso con el cual se fueron comprometiendo progresivamente. En 1970, se trataba de garantizar el derecho constitucional de un frente de oposición al régimen para llegar al gobierno. Enseguida, se trataba de asegurar al gobierno elegido las mínimas condiciones de orden público para poder aplicar su programa en contra de una derecha que buscaba insistentemente el camino del golpe. Luego se trataba de garantizar el funcionamiento

de la economía del país, el abastecimiento popular, el derecho de la clase obrera de mantener la producción. Y los obreros y soldados, mantuvieron lado a lado a Chile en marcha en contra de la sedición burguesa en octubre. Ahora la opción es bastante clara. Se trata de garantizar a los trabajadores, fuerza viva, núcleo heroico del Chile nuevo que emerge, el derecho de hacer funcionar el país en contra de una obstrucción parlamentaria y judicial que se halla francamente comprometida con una agitación política absolutamente sediciosa y con acciones terroristas.

No hay, por lo tanto, ninguna fuerza social en Chile, excepto la burguesía y los latifundistas, los profesionales de altos ingresos y sus pijes, los empleados que aspiran a ser patrones algún día, que estén dispuestos a apoyar el camino sedicioso de la derecha y que no reconozca legitimidad en la dura respuesta que exigen los trabajadores del gobierno y que ellos mismos están dispuestos a brindar. No hay fuerza social capaz de impedir que el gobierno programe y controle el abastecimiento, conforme ahora el área social y complementamente la reforma agraria, asegure el desarrollo implantando el plan económico, participe efectivamente del poder de decisión, establezca una dirección centralizada y operante, defienda lo conquistado y combata de manera organizada y centralizada la sedición derechista, abriendo camino hacia un Chile Socialista.

¿PODEMOS TRIUNFAR?

Hay un factor nuevo en el cuadro político del país, que provoca un sentimiento generalizado de inseguridad y extrañeza. Se trata de la gran capacidad de iniciativa que ganaron las masas obreras en el país, firmemente organizadas en torno de los cordones industriales y de la Central Única de Trabajadores. Acostumbrados a ver en los obreros una fuerza social importante, pero subyugada a las direcciones políticas de las clases medias y la pequeña burguesía, los políticos, funcionarios civiles y militares, particularmente aquellos ligados a la oposición, ven en estos hechos una amenaza de caos y anarquía.

Por otro lado, víctimas inconscientes de esta subestimación histórica de las masas obreras, los cuadros de vanguardia y los propios trabajadores ven con cierto escepticismo la posibilidad de dar el salto histórico hacia el poder. La pregunta que nace es muy concreta: ¿seremos capaces? ¿Podremos determinar la posición que asumirán los partidos, el gobierno y los militares? ¿Se subyugarán a nuestra voluntad y dirección los técnicos, científicos, profesores universitarios y todas estas entidades, que representan los intocables de nuestra sociedad?

Asimismo, surgen otras preguntas muy directas y concretas: ¿reunimos las condiciones históricas para triunfar? ¿No estaban en situación similar los trabajadores brasileños, bolivianos y uruguayos cuando cayeron bajo la bota de una dictadura militar?

¿Qué es lo decisivo en una situación como esta: la conciencia, la organización, las armas?

Estas preguntas deben tener una respuesta categórica, pues este no es el momento de vacilar. Pero hay que responderlas con honestidad y rigor, pues tampoco es el momento de engañarnos a nosotros mismos.

¿Nos amenaza el caos?

¿Son los trabajadores una amenaza de caos y anarquía? Los hechos ya lo han demostrado. Las grandes manifestaciones de masas que se han realizado en los últimos tiempos, muestran que las acciones del pueblo se caracterizan sobre todo por su disciplina y organización. Provocadas de todas formas, las masas obreras han contenido su ira y la han canalizado hacia la organización y el trabajo, fuentes de su superioridad histórica sobre los otros sectores y clases. Si en algún momento son llevadas al uso de la fuerza, sabrán canalizarla contra sus enemigos y no contra los inocentes y los sectores.

La historia ha sido pródiga en ejemplos de la combatividad, organización y disciplina de la clase obrera. No hay que confundir sus métodos de lucha con los del lumpen-proletariado, que tiende hacia la anarquía, el saqueo indiscriminado, las acciones inconexas. Pero no hay que esperar tampoco que en el caso de que la burguesía desate una guerra civil, se puedan contener las acciones de masas en esquemas demasiado rígidos y orgánicos. El proletariado obrero no podrá paralizar e inmovilizar a sus aliados más pobres y menos organizados, las inmensas masas subproletarias que rodean nuestras ciudades y llenan nuestros campos. Pero si la clase obrera asume claramente la dirección del proceso, como lo ha hecho en este instante, ella dará el tono general de la lucha y tanto los sectores más acomodados como los más pobres que la seguirán deberán encuadrarse dentro de sus métodos de acción.

¿Los obreros pueden conducirnos?

Lo que más llama la atención a los que están acostumbrados al doctrinarismo político de las formas tradicionales de actuación es la ausencia de sectarismo que se presenta en las bases. Los obreros de la Unidad Popular trabajan con absoluta amplitud con los trabajadores del MIR y de la democracia cristiana, estableciendo una fuerte cohesión de clase, en búsqueda de la formación de un verdadero y único partido de la clase obrera, partido de la revolución chilena. Este partido rebasa en mucho los límites de la Unidad Popular y de los propios obreros para transformarse en una gran fuerza de unidad nacional de los trabajadores contra los explotadores nacionales e internacionales. Se funden así los intelectuales y activistas formados en años de lucha con las entrañas de las masas populares.

¿Qué mejor respuesta puede haber a la pregunta que temerosamente nos formulamos? Los obreros no solo pueden conducirnos, sino que ya están en proceso de creación del instrumento colectivo que permite conducir las amplias masas del país y poner a su servicio a los intelectuales, los profesionales, los técnicos, los funcionarios, los políticos tradicionales dispuestos a colaborar, algunos empresarios y los militares patriotas.

¿Podemos triunfar?

¿Reunimos las condiciones históricas para triunfar? ¿Se asemeja nuestra situación a las de Brasil, Bolivia y Uruguay antes de sus golpes? ¿Qué condiciones habrá que reunir? ¿Cuál es la decisiva?

También estas preguntas pueden ser respondidas con objetividad y fe en las masas. Las condiciones históricas para triunfar son la conciencia, la organización y el control de los medios materiales fundamentales. La conciencia y la organización popular han dado saltos enormes en los últimos días y tienden a perfeccionarse, sobre todo si las direcciones políticas confían en ellas y no obligan

a las masas a dispersar esfuerzos en luchar contra sus propios dirigentes. Todo indica que esta condición se reúne y las organizaciones de poder popular marchan.

Lo más delicado se refiere al control de los medios materiales. Aquí no se trata solo de implementos de carácter directamente militar. Una guerra no se gana solo con armas. Tan importante como ellas son las líneas de abastecimiento en general, el apoyo logístico y la capacidad de alimentar las fuerzas combatientes. Es decisivo para una guerra el control de la producción. Esta condición la reúnen los obreros y campesinos chilenos que han ocupado varias empresas monopólicas y estratégicas. Es una condición fundamental para la victoria e incluso para disuadir a los inspiradores de la guerra civil, tener fuertemente controlados los principales medios de producción, materias primas, alimentos, etcétera. Hay así una correlación estrecha entre las condiciones para la victoria militar y la organización lo más rápidamente posible de una economía socializada, dirigida firmemente por los propios trabajadores, así como el establecimiento del control obrero de las empresas privadas.

Es fundamental, en este momento, combatir las concepciones militaristas que puedan plantearse, buscando separar la cuestión de la defensa y vigilancia, de la lucha revolucionaria por asegurar las conquistas realizadas y la organización general de las masas. Ambas cosas deben estar ligadas indisolublemente. Y lo estarán en la medida en que las masas obreras tengan la conducción política del proceso, pues ellas saben que lo decisivo de su fuerza no viene de la capacidad de disparar bien que tengan algunos hombres, sino de su organización general revolucionaria.

¿En Brasil y en Bolivia había tal organización? De ninguna manera se puede comparar el movimiento de masas existente en Chile con lo que existía en Brasil antes del golpe de abril de 1964. En aquel entonces la experiencia que las masas obreras brasileñas habían acumulado pasaba por cuatro huelgas generales no muy cohesionadas, y una organización sindical y popular en gestación en torno de un organismo coordinador. El movimiento campesino recién se organizaba y los obreros no habían realizado

nunca tomas ni ocupaciones de empresas. Mucho menos existían comités de empresa, ni cordones industriales o formas parecidas de coordinaciones locales.

En Bolivia, había y hay una tradición de luchas más avanzada, pero el movimiento obrero se encuentra muy localizado en las minas; el proletariado industrial, además de pequeño, recién empieza a movilizarse y los campesinos se encuentran divididos políticamente frente a los obreros, en un país en que representan cerca del 60 por ciento de la población.

En Uruguay, a pesar de los gigantescos avances realizados en los últimos años, el movimiento obrero recién abandona sus tradiciones sindicalistas y no posee formas de organización más avanzadas que los sindicatos.

Si la burguesía y el imperialismo que las instrumentó tienen en sus cálculos estas experiencias, se encontrarán con una barrera humana que los aplastará definitivamente.

SOBRE GOLPES NEGROS Y BLANCOS

La derecha ha desplegado en las últimas semanas todas sus fuerzas. Esto nos ha permitido medirlas y saber exactamente su poder frente al avance revolucionario de la clase obrera en Chile. Por otro lado, el movimiento de masas se ha retirado de la primera plana política por varias razones. Sea porque se produjo una gran confusión y divisiones frente al diálogo con la DC y el gabinete militar que llevaron a diferencias tácticas, exacerbadas por algunos sectores artificial y equivocadamente; sea porque las duras semanas de movilización de masas que comenzó contra la huelga de empleados de El Teniente, continuó con el período posterior a "El Tancazo", produjo un gran cansancio de las masas y un gran desgaste de energía que lleva a un período natural de reposición de fuerzas; sea porque las tareas de orden económico planteadas por el paro criminal de la derecha han concentrado sus energías en las fábricas y en los barrios populares.

El hecho es que en este período vimos a la derecha usar todas sus fuerzas mientras los trabajadores estaban en uno de los momentos más bajos de su movilización ¿Qué hemos podido comprobar?

Un arsenal insuficiente

La derecha ha usado y desplegado la mayor parte de las fuerzas con que contaba en las fuerzas armadas. Hemos visto con

gran asombro la acción insurreccional de un grupo de oficiales y soldados el 29 de junio; hemos visto como este acto había sido precedido de otros conatos de golpes descubiertos a tiempo; hemos visto movimientos para evitar el castigo de los culpables; hemos vivido en la semana siguiente una gran cantidad de rumores sobre golpes y emplazamientos al gobierno; hemos visto a la democracia cristiana y a la derecha reclamar la formación de un gabinete de militares, que les entregase la dirección del país, lo que fue conocido como “el golpe blanco”, hemos visto los allanamientos que buscaban producir un abismo entre los trabajadores y las fuerzas armadas; hemos visto una guerra de declaraciones de sectores de las fuerzas armadas contra el MIR en el momento en que “Patria y Libertad” anunciaba pasar a la clandestinidad y comenzaba a realizar centenares de actos de terrorismo; hemos visto acentuarse los allanamientos contra los trabajadores y partidos de izquierda en el momento en que los transportistas realizaban un paro contra la seguridad nacional aliados al terrorismo; hemos visto como varios marinos han sido apresados y según los datos revelados en esta edición de *Chile Hoy*, torturados, por defender el Gobierno Constitucional, según las denuncias del subsecretario del Partido Socialista. Hemos visto, en resumen, cómo las fuerzas armadas se vieron presionadas por fuerzas de derecha interesadas en la subversión y el enfrentamiento directo entre ellas y el pueblo.

Vimos por fin, como la dimisión de un general de la Fuerza Armada Chilena (FACH) fue utilizada por la derecha, llamando abiertamente a la sublevación militar; vimos atónitos, como desde la propia FACH sus servicios de relaciones públicas se sumaban a esta actitud buscando enturbiar un acto legal del presidente, dentro de sus atribuciones. La derecha ha desplegado, por lo tanto, todas sus fuerzas militares. Ellas son significativas, pero insuficientes para alcanzar su objetivo declarado de derrumbar al gobierno.

La escala institucional

Pero la ofensiva de la derecha ha llegado también a extremos en el plano institucional. No solo se ha creado un artificial conflicto de poderes en torno de las reformas constitucionales aprobadas por mayoría simple en el Congreso: también el Poder judicial y la Contraloría han lanzado fuertes ataques al gobierno, buscando caracterizarlo como ilegal e ilegítimo. El Partido Nacional y los 10 senadores DC han declarado claramente la inconstitucionalidad del gobierno. Han callado su boca frente a “El Tancazo” y algunos se han rehusado a atacarlo. No solo no han condenado el terrorismo, sino que incluso lo han justificado. No solo no han condenado el paro criminal de los camioneros, sino que lo han estimulado y apoyado, buscando extenderlo al máximo con el apoyo de un sector de la Democracia Cristiana y la vacilación de sus sectores más progresistas, con el claro riesgo de perder sus propias bases. Solo un cínico puede dejar de aceptar el hecho de que la derecha se ha puesto totalmente en la ilegalidad y ha optado abiertamente por el camino de la sedición, sin lograrlo a pesar de que sobre ella no cayó aún ninguna represión.

Pero hay todavía más: la derecha ha llevado su ofensiva “gremial” a su máximo límite. Ha llamado al paro a todos los sectores patronales que controla, a los profesionales, empleados y trabajadores a los que llega a través de la Democracia Cristiana. Así también la derecha ha llevado al extremo el movimiento terrorista que hasta ahora se había limitado a anuncios, realizando centenares de acciones, algunas de alta calidad técnica, como el apagón de luz, y el atentado contra el oleoducto.

Imposibilidad de un arreglo gremial para un conflicto no gremial

Algunas personas creen ingenuamente que para la derecha es posible aceptar, en tales condiciones, un acuerdo gremial que termine con el paro criminal. La derecha ha lanzado todas sus cartas.

Sabe que si no derrumba el gobierno ahora, en el contexto de este paro, debe desistir de un golpe por muchos años, y tiene que pasar a la defensiva. Aunque el gobierno accediera a todas las demandas gremiales del paro, la derecha no aceptaría terminarlo, aunque esto pudiese causar dificultades con algunos sectores de sus bases. Y aunque la mayoría de la democracia cristiana aceptase llegar a un acuerdo para terminarlo, no lo lograría, porque la derecha de este partido y la reacción en general no aceptarían tales decisiones.

El quiebre está hecho y nadie puede jugar sus fuerzas con tal extensión e intensidad y dar marcha atrás sin haber logrado ningún objetivo concreto. Los que se han comprometido con estas maniobras derechistas esperando poder paralizar las cosas en el punto que les fuese conveniente ya saben que esta posibilidad no existe. Así también aquellos que desde el lado de la democracia cristiana o de la Unidad Popular creyeron que se podría superar este enfrentamiento y ofrecer una sólida salida institucional que no pasase por un real aplastamiento de los insurrectos, los terroristas y sus estimuladores y financistas, van perdiendo progresivamente sus ilusiones. La unidad de la democracia cristiana después de la declaración de los 10 senadores es una utopía sin otro sentido que la cobardía de los que pretenden mantenerla. La magnanimidad del Gobierno Popular frente a estos actos se va convirtiendo en una actividad insostenible que se vuelca en menoscabo de su autoridad.

La derecha, según todo lo indica, tiene fuerza suficiente para impedir cualquier diálogo, cualquier solución "progresista" con fuerza militar. Y como los trabajadores han avanzado lo suficiente para plantear una política revolucionaria en este país, cualquier esquema centrista es una ilusión que no podrá cuajar sino por instantes muy breves. Del despliegue de poder que ha hecho la derecha queda claro que no tiene fuerza para cumplir sus objetivos; que ha tenido que caracterizarse claramente como una fuerza sediciosa sin poder hacer la sedición; que se ha convertido en una minoría agresiva, desesperada, terrorista; que ha impedido al sistema que representa alcanzar metas más modestas, pero más

capaces de aplazar el fin del sistema como las propuestas en los esquemas centristas que maneja un sector de la DC.

Contraatacar ahora

Habiendo asistido pacientemente a este despliegue de fuerzas, la clase obrera sabe que este es el momento de contraatacar. Como el 15 de junio representó una “parada de carro en seco” en contra de los golpistas, se plantea la necesidad de unificar fuerzas para una contraofensiva del mismo tipo. En este momento es la derecha quien está cansada; es ella quien se lanza violentamente contra la legalidad y las fuerzas armadas como institución; es ella quien se debilita día a día revelando claramente sus objetivos sediciosos. Los trabajadores han recuperado sus energías, la confianza en sus fuerzas y es el momento de salir de una actitud defensiva.

La derecha, el golpe, el centrismo con sus golpes blancos, han revelado su debilidad intrínseca. Si la clase obrera no aprovecha la coyuntura para dirigir al país contra la sedición, poniendo a su lado a todas las fuerzas vivas, completando el área social, resolviendo el problema del desabastecimiento, garantizando el control obrero del área privada, liquidando el capital especulativo y la inflación, castigando a los culpables del sabotaje económico, político y militar.

Los obreros deben recuperar la confianza en sus fuerzas, no a través de expresiones minoritarias, tomas y actos que demuestran antes una debilidad que su fuerza real. El camino es el de unirse en torno de su central obrera, coordinando firmemente los cordones y los comandos comunales para dirigir el país, el país entero, junto a su gobierno, que debe adoptar claramente su plataforma. A pesar de que los enemigos son poderosos y pueden realizar bajas terribles en sus actos de desesperación, los hechos lo demuestran claramente: ellos no pasan de tigres de papel, que asustan y muerden, amenazan e incluso matan, pero que no pueden resistir a la fuerza organizada de los trabajadores. Hay solo un grito para el momento actual: ¡Chile será socialista!

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| CARTA ABIERTA AL PRESIDENTE HUGO CHÁVEZ | 7 |
| PRÓLOGO | |
| LAS LECCIONES DE CHILE: PODRÍAMOS VENCER | 11 |
| Un poco de testimonio personal | 11 |
| El programa de la Unidad Popular y su aplicación | 14 |
| El programa de la Unidad Popular postulaba lo siguiente: | 15 |
| PRÓLOGO PARA LA EDICIÓN VENEZOLANA | 25 |
| PARTE PRIMERA: LA TEORÍA | 27 |
| CAPITULO I | |
| CHILE: ORÍGENES Y PERSPECTIVAS DE LA UNIDAD POPULAR | 29 |
| La coyuntura internacional | 29 |
| La coyuntura chilena y la UP | 35 |
| CAPITULO II | |
| PROBLEMAS ESTRATÉGICOS Y TÁCTICOS DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA EN AMÉRICA LATINA | 37 |
| La conclusión más importante del presente Seminario | 37 |
| Vía pacífica, legalidad y lucha revolucionaria por el socialismo | 37 |
| El problema de las Fuerzas Armadas | 41 |
| El poder popular | 43 |
| Flexibilidad táctica e inflexibilidad estratégica | 45 |
| CAPITULO III | |
| LA UNIDAD POPULAR CHILENA Y EL CONTEXTO TEÓRICO E HISTÓRICO LATINOAMERICANO | 49 |
| El modelo "desarrollista" | 50 |
| Cambios en la correlación internacional de fuerzas | 54 |
| Las revoluciones latinoamericanas en la década del 50 | 59 |

| | |
|--|-----|
| Dos caminos divergentes del 60: Cuba y Venezuela | 62 |
| La experiencia latinoamericana y la UP | 67 |
| | |
| CAPITULO IV | |
| PROBLEMAS DE LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO Y LA EXPERIENCIA CHILENA | |
| UN BALANCE DEL SYMPOSIUM | 71 |
| Situación actual del debate | 72 |
| Las cuestiones más relevantes | 79 |
| | |
| PARTE SEGUNDA: LA PRAXIS | 91 |
| | |
| DOS MOMENTOS DEL PROCESO REVOLUCIONARIO | 93 |
| | |
| SOCIALISMO O LIBERACIÓN EN EL PROGRAMA DE LA UP | 95 |
| | |
| EL DEBER DE COMBATIR LA IDEOLOGÍA DOMINANTE | 99 |
| | |
| SOBRE LA DUALIDAD DE PODERES | 103 |
| | |
| CONDICIONANTES DE LA ESTRATEGIA IMPERIALISTA EN CHILE | 107 |
| | |
| ¿DEFENSA DE LA LEGALIDAD CONTRA LA INICIATIVA DE LAS MASAS? | 111 |
| | |
| CONSPIRACIÓN CONTRA CHILE: ¿PARANOIA O REALIDAD? | 117 |
| | |
| LAS CONDICIONES POLÍTICAS DEL GOLPE DE ESTADO | 123 |

| | |
|---|-----|
| ¡BENDITA CRISIS! | 127 |
| Tradición de clase | 128 |
| Crisis política | 129 |
| Débil estructura | 129 |
| | |
| FUNDAMENTOS INTERNACIONALES DE LA ESTRATEGIA DE LA DERECHA | 135 |
| | |
| DOS AÑOS Y EL PROGRAMA | 139 |
| | |
| ¿HABRÁ PAZ SOCIAL? | 143 |
| | |
| EL GIGANTE OBRERO | 147 |
| Renacimiento del radicalismo obrero | 147 |
| Acumulación de experiencias | 148 |
| El obrerismo: peligroso enemigo | 149 |
| La capacitación: tarea nacional | 150 |
| Clase obrera, dirección real de la sociedad | 152 |
| | |
| CORPORACIONES MULTINACIONALES, IMPERIALISMO Y ESTADOS NACIONALES | 153 |
| Corporaciones multinacionales y Estado | 157 |
| | |
| COMANDOS COMUNALES Y ELECCIONES | 161 |
| | |
| MÁS ALLÁ DE LOS PORCENTAJES | 165 |
| La nueva institucionalidad | 169 |
| | |
| EL LEÓN IMPERIALISTA RUGE OTRA VEZ | 173 |
| Razones de una agresión | 174 |
| Como se relacionan los hechos | 175 |
| Es hora de contraatacar | 177 |

| | |
|--|-----|
| 007 CONTRA CHILE | 179 |
| Información militar | 180 |
| El aliado de EE.UU. | 181 |
| | |
| LA IRREVERSIBLE PENDIENTE DE LA GUERRA CIVIL | 185 |
| | |
| ¡PODEMOS COMBATIR LA CATÁSTROFE! | 189 |
| Formas erradas para enfrentar la inflación | 190 |
| Se trata de un problema político | 192 |
| | |
| TRABAJADORES A LA OFENSIVA | 195 |
| Viernes 15 | 196 |
| Cascarón podrido | 198 |
| | |
| ¿PODEMOS TRIUNFAR? | 201 |
| ¿Nos amenaza el caos? | 202 |
| ¿Los obreros pueden conducirnos? | 203 |
| ¿Podemos triunfar? | 203 |
| | |
| SOBRE GOLPES NEGROS Y BLANCOS | 207 |
| Un arsenal insuficiente | 207 |
| La escala institucional | 209 |
| Imposibilidad de un arreglo gremial para un conflicto no gremial | 209 |
| Contraatacar ahora | 211 |

Edición digital
enero de 2017
Caracas - Venezuela.



